

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

THUNUPA

ENSAYOS

SEGUNDA EDICIÓN
1956

**PETROLEUM INDUSTRIAL SERVICES
COMPANY, PISCO**

Armin Franulic K.

Auspiciamos la difusión del conocimiento

© Rolando Diez de Medina, 2003
La Paz - Bolivia

[Portada y galería de fotografías de la primera edición](#)

INDICE

[DOS CRÍTICAS A THUNUPA](#)
[PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN](#)
[PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN](#)
[PRÓLOGO A SEGUNDA EDICIÓN](#)
[THUNUPA LEYENDA](#)
[THUNUPA PLANTEAMIENTO](#)
[THUNUPA REVISIÓN DEL PASADO](#)
[THUNUPA DISEÑO](#)
[SHILLER: ARCANGEL DEL IDEAL](#)
[PRELUDIO](#)
[PÓRTICO](#)
[MARCO](#)
[HOMBRE](#)

[POETA](#)
[EDUCADOR](#)
[DRAMATURGO](#)
[ALLEGRO](#)
[EL DESPERTAR DE LA CULTURA AMERICANA](#)
[FANTASÍA A LA MEMORIA DE MI PADRE](#)
[I.- EL IMPERIO RUBIO](#)
[II.- ¿QUE PEQUEÑOS SON LOS HOMBRES!](#)
[III.- LIBERTAD SIN RESPONSABILIDAD](#)
[EDUCACIÓN Y DEMOCRACIA](#)
[PARA SER BUENOS DEMÓCRATAS](#)
[RAFAEL MAYA](#)

[DOS CRÍTICAS A THUNUPA](#)

“Fernando Diez de Medina es uno de los grandes escritores sudamericanos que puede medirse con los mejores. Su palabra osada expresa una poco común profundidad de pensamientos. Desde los ensayos de “Thunupa” hasta su novela Mateo Montemayor, un relato del hombre sudamericano y su misterio, expresa a Bolivia literariamente india y como pasa con García Márquez, Rulfo, Asturias, Carpentier o Vargas Llosa, este escritor boliviano da a la literatura latino americana una dimensión universal”. (Del libro “Pensatori Contemporanei” El pensamiento vivo, vigoroso y actual de 15 luminarias. Editrice ELIA, Roma 1975, Prof. Bruno Mari, Universidad de Sassari, Italia)

“El decurso de Fernando Diez de Medina como escritor representativo de una Bolivia literariamente india, ha sido para mí una de las experiencias más instructivas y desconcertantes. No obstante, cuando publicó Thunupa, mi asombro —y las espesas columnas que le dediqué no lo contradicen— tuvo la prudencia de mantener un compás de espera, puesto que si en Thunupa se había aprehendido el gran mito del Santo Racial, éste estaba acondicionado a una atauja de técnica católica, que, de hecho, fue ley para todos los conversores coloniales” (Gamaliel Churata)

PROLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

Hace diez años, el 21 de septiembre, falleció el autor de Thunupa. Fueron varios los intentos de reproducir su obra y transmitirla a sus hermanos del Ande. Esfuerzos vanos que hoy, gracias a los adelantos tecnológicos, llega para quienes indagan sobre el Ande, sobre Bolivia, sobre su intelectualidad. Este libro de ensayos, entre los cuales el lector encontrará que muchos de sus conceptos y afirmaciones siguen vigentes medio siglo después, así como su mensaje poético en prosa que resumiendo la tradición Kolla, que fue su mayor dedicación, nos trae en un estilo propio el talento, dominio del lenguaje y capacidad creativa de este insigne vate boliviano que empieza a difundirse por Internet en justo homenaje a una excelsa personalidad americana, para solaz del lector, del estudiante, del investigador.

El Editor, La Paz, 2003

PROLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

¡Edifiquemos para un tiempo nuevo, oh corazones jóvenes ansiosos de durar!

Reúno estas páginas dispersas para afirmar una idea inquebrantable: la fe de los bolivianos en Bolivia, su esperanza de un futuro mejor.

Presurosas algunas, revisadas otras, nacieron en la búsqueda angustiosa: cumplir un destino. ¿Qué importa que unas vengas del pasado distante, otras de un ayer más próximo? Todo cuanto atañe al drama nacional, es actual, presente puro; urgencia de manifestarse sin reparos. A mitad del camino entre la republiqueta y la nación moderna, Bolivia busca su expresión, padece hambre de unidad, sed de coherencia. A nosotros, hombres de tránsito, colocados entre un mundo que caduca y otro que nace, corresponde vertebrar esa expresión, colmar hambre y sed, dar un sentido al duro presente, proyectar su mensaje al porvenir.

Acaso un día la nuestra sea llamada: la Generación de la Fe. Y esta será la mejor recompensa.
1947.

PROLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Nueve años atrás apareció THUNUPA, conjunto de ensayos. Al preparar esta segunda edición, juzgo necesario aclarar lo que sigue.

Este es, en cierto modo, un libro viejo y un nuevo libro. Porque de los ocho trabajados que componían la obra, tres han sido ampliados y refundidos en mi LITERATURA BOLIVIANA. Esos tres trabajos suprimidos son: Introducción al Tiempo Mítico, La Colonia, Perfil de la Literatura Boliviana. Quedan cinco ensayos conocidos: Thunupa, Para Nunca, El Pintor del Ande, Insurgencia de la Juventud, Un Novelista Kolla. A éstos se agrega doce nuevos trabajos: un ensayo sobre Schiller, un estudio acerca de la polaridad Europa - América, tres enfoques de un viaje a los Estados Unidos, una fantasía a la memoria de mi Padre, dos estudios presentados a la Conferencia de Libertad en Nueva York, dos elogios líricos a Cochabamba y Sucre, un apunte sobre el poeta colombiano Rafael Maya y una conferencia cívica dictada en 1955.

Se ha objetado, más de una vez, esta voluntaria mezcla de estética y política. ¿Por qué — se arguye— se han de confundir cosas tan distintas como el análisis literario y la crítica de los problemas nacionales?

Las inquietudes del ciudadano siguen un cauce; las del artista van por otro.

Respondo:

El escritor sudamericano no puede darse el lujo de especialización que distingue al europeo. Aquí, en nuestro continente criollo, el hombre de letras es actor y espectador del drama social. Interviene en las luchas y peripecias del pueblo. Obrero de una construcción intelectual, aspira a crear belleza; pero además de escritor lo acosan las urgencias de hombre, militante, político, polemista. No es que vivan escindidas dos personalidades en una: el escritor y el luchador; sino que luchador y escritor se unen en el arte de crear creándose. Solo puede hablar a su pueblo quien bajó a las calles a buscar la verdad; solo escucha el pueblo al que sube por los ásperos caminos de la pugna civil.

¿Qué fueron Sarmiento, Martí, Hostos, Montalvo, Gonzáles Prada, Lastarria, Tamayo? Grandes repúblicos, insignes escritores. Para ellos enseñar era aprender. Sirvieron de guías de ideas como de maestros de vidas. Esta es su mayor gloria: la servidumbre voluntaria, el aprendizaje sin desmayo, las “civitas” romana que en nuestra América convulsa ha de entenderse todavía como milicia irrenunciable del espíritu.

Pude componer libros depurados, elegir ensayos de belleza normativa. Preferí amasar arte y realidad, en estos años decisivos en que Bolivia toma conciencia de sí misma, aunque la dureza sangrante de algunos temas atente contra la elevación del conjunto.

No se pida al ensayista sud-americano la unidad ni la perfección de la urna griega: no cuajan ellas en nuestro medio ni al tiempo nuestro. América surge de la diversidad y del contraste; fragmentaria cuanto la vida misma, no puede aspirar, por ahora, a otro estilo que el brusco y desordenado de sus propios módulos vitales. Primero el hecho inmediato, la orografía primordial. Y cuando ya se conozca cimas y depresiones, se conformarán las cordilleras.

Por eso en THUNUPA en PACHAKUTI, en SARIRI —tomos de ensayo— junté deliberadamente el trabajo estético de tipo universal, con el estudio crítico de contenido nacional. Son las fuerzas-madres que polarizan el pensamiento americano: patria y mundo. Partir del rincón entrañable para proyectarse a la humanidad; regresar del sueño universal del humanista a la humildad del moroso y amoroso habitante de lo suyo.

En estos nuevos años conocí muy pocos Thunupas y ví proliferar innumerables pícaros y tontos. Más sigo creyendo que la nuestra es la Generación de la Fe y que Bolivia resurgirá engrandecida de su actual crisis de crecimiento.

1956

THUNUPA LEYENDA

“Samiri” o descansadero— dice la tradición Kolla— es la morada de los antepasados.

Elegid cualquier accidente del paisaje; una cueva, la prominencia de la montaña, esa colina ondulante, un árbol solitario, el lago inmóvil, una pirca de piedras. Son “samiris”. Hombres y animales en sus correrías por el altiplano, buscan un lugar de reposo, el asilo bienhechor que repara las energías perdidas y da nuevo acicate a la jornada. “Samiri” es el fuerte ligamen del suelo con su poblador, el don que “Pachamama” — la Tierra Madre — concede munífica a sus criaturas. Todo paraje, todo accidente natural, irradian una fuerza misteriosa que envuelve al viajero, cuando el

viajero como el poeta antiguo busca y absorbe los efluvios del paisaje. El indio acude a su “samiri” en son de protección; quiere fortalecer el cuerpo y elevar el ánimo antes de reanudar su marcha. Entonces el ancestro lo reanima con su viejo poder vitalizante, repara las fuerzas desgastadas, temple el espíritu medroso; y lo arroja otra vez al mundo de la acción. Así es el ancestro; envuelve y ampara al afligido. Así el hábito de los antepasados: levanta el corazón que sufre. Pero esto sólo lo sabe el Kolla, hijo de la Tierra, anterior al hijo del Sol. Y quien no se sumerge en sus mitos telúricos, ignora las culturas primitivas del Ande inmemorial.

“Samiri” — dice el indio — y un resplandor alado enciende sus ojos del bronce. La fe simbólica del cristiano, corresponde al culto animista del nativo por la naturaleza circundante. “Samiri” es pues una forma de la fe. Y viniendo a los presentes, en un tiempo de vacilación y pesadumbre, para los extraviados hijos de esta inmensa nación nocturna, ¿cual será el descansadero capaz de reanimarlos y elevarlos a una mística de resurgimiento nacional?

El “samiri” de los bolivianos debe ser la evocación del nombre de Thunupa.

Magno misterioso del tiempo mítico, Thunupa es también el nódulo vital del tiempo Nuevo. Numen cosmogónico, es una fuerza activa que moldea el universo andino. Numen teogónico, es el hijo de Wirakocha, profeta y caudillo de almas. Numen histórico, perdura con los orígenes del río Desaguadero. Numen moral, es el restaurador de la ley natural en las costumbres. Gran sabio y señor le llamó el indio, porque amparó al desvalido, desafió al poderoso, fue brújula y candela del proceso. Thunupa combate la iniquidad, predica justicia. Es amigo de los justos, enemigo irreductible de los déspotas. Y cuando nos sentimos vencidos por el terror de las punas desoladas, su recuerdo traspasa de piedad y de belleza la ruda longitud de la meseta. La montaña es Thunupa, porque trasciende virtud y fortaleza. El varón recto es Thunupa, crecido en la verdad y en la entereza. Y Thunupa es también esa fuerza interior que alienta en el corazón del hombre, muchas veces desfalleciente pero jamás vencida por el dragón que nos devora cada día.

Hay tres versiones del mito de Thunupa: la Kolla, la quechua y la española. Tomemos la primera, ya que las otras dos deforman el mito originario.

La leyenda Kolla refiere que el andino conoce a Thunupa desde los tiempos más remotos. Thunupa, hijo de Wirakocha el Creador de Universo, es uno de los héroes de la raza. Thunupa está presente y dirime la contienda entre el Mururata y el Illimani, allá en los albores de la cosmogenia andina, cuando mares y cordilleras modificaban la morada humana. Castiga la corrupción de los primeros moradores de Tiawanacu, transformándolos en piedra. Y su nombre aparece también en los mitos solares del Titikaka, luchando contra Yaurinka, la serpiente del abismo que amenaza las islas y los tronos. Pero el Thunupa histórico aparece un milenio antes de Atahualpa, a la caída del Tercer Imperio Kolla, cuando los nómadas del bosque y de los valles submarinos suben a la meseta, al amparo de la guerra civil que disgrega el Kollasuyo.

Deteníase el profeta en los poblados Kollas, bastándole un oyente para iniciar su prédica. Después llegaban otros como ovejas al redil, y al terminar su admonición un rebaño azorado veíale perderse en lontananza. Alto, bien conformado, su tipo ascético denotaba privaciones físicas. Vestía un hábito talar de lana finísima, ceñido por un delgado cordón de cáñamo. Sandalias de vicuña. Y una rama de olivo silvestre por báculo. Aventajaba a los fornidos kollas más que en la estatura, por la majestad de porte y de accidente: un andar tranquilo de nube, un habla honda y sosegada, un mirar cautivante como la llama de una lámpara de aceite. Regresaba con la aurora, reanudaba su prédica y volvía a marcharse con el crepúsculo; así por nueve días consecutivos, al cabo de los cuales emigraba. Al principio no se quiso dar importancia a sus palabras, pero niños y ancianos las recordaban y fue menester que todos se ocuparan de ellas. Thunupa prevenía contra la disolución moral; atacaba la violencia, la rapiña, la embriaguez, la poligamia; la reforma de las costumbres, clamaba por justicia y por templanzas. Sus ojos despedían amor al dirigirse a los humildes, desprecio al enfrentar a los mandones y a los “mallcus”; y al denunciar a los déspotas, su verbo solía encrespase de coraje. Un “chaiño” del Ande, ese pajarillo de vivaces movimientos, cuyo pelaje negrísimo y lustroso alterna con manchas de oro, jamás abandonaba el hombro del profeta. Y era en verdad su único atavío.

Transcurrido algún tiempo, Thunupa retornaba al mismo poblado, en viajes circulares que además de moralizador le iban creando fama de mago, pues su presencia coincidía con sucesos maravillosos. En Taraco, su llegada aplacó la tempestad. Ahuyentó la sequía en Aigachi. Dícese que aplanaba montes, protegía cosechas, sacaba el agua del fondo de las peñas. Y en Cacha, donde no había seres justos porque todos andaban contaminados de iniquidad, con serpientes de fuego calcinó la roca. La tercera vez que apareció en Carabuco, fue apresado por los guerreros de Makuri y conducido a presencia del caudillo. Impío, cruel, concupiscente. Makuri se mofó del profeta pero quiso valerse del mago:

—Tu palabra es humo — dijo el caudillo — ni molesta ni perdura. Más si eres hechicero, convierte este plomo en oro.

Negóse el peregrino a complacer al guerrero, y alzando la voz como el viento áspero y tonante de la puna, denunció sus crímenes conjurándolo a cambiar de vida:

— ¡Vuelve a la ley de Wiracocha! Despréndete de la culebra que te consume.

—¿ La ley...? ¡La Ley es Makuri! — replicó el déspota.

Y confiado en su fortaleza desafió:

— Lucha conmigo. Makuri no teme a guerreros ni a hechiceros.

Una expresión de tristeza veló el semblante de Thunupa:

— Necio — contestó — la culebra no debe luchar con el águila.

Entonces, el caudillo montó en cólera:

— ¡Es un impostor y un cobarde! — profirió — ¡Arrojadlo a hondazo limpio!

Y Thunupa fue lapidado por los honderos de Makuri. Los indios vieron cómo se abría la piel bronceada: un tajo profundo en la sien, la boca desgarrada, gruesos hilos de púrpura tiñendo el pecho descubierto. Cuando se alejaba, agotado y vacilante, todavía le persiguió la lluvia de las hondas derribándole tres veces. Pero el profeta volvió al siguiente día, y estaba intacto su cuerpo, inmácula su vestidura albísima. Y un pájaro aurinegro posado en su hombro. Y cuando los hombres de Makuri fueron a las fraguas para trabajar los metales, ya no los encontraron. Y fue que Thunupa, queriendo evitar la corrupción por la riqueza, había recogido los metales situándolos en las altas sierras, para que su posesión demande dolor y sacrificio.

Thunupa recorre el Ande por espacio de muchas lunas, haciéndose familiar su figura a los kollas: siempre desafiando al poderoso, protegiendo al desvalido, denunciando la iniquidad y el fraude. De sus muchos prodigios se cuenta en Sicasica, donde seres malvados prenden fuego a su lecho de paja, las llamas le guardan el sueño. Otra vez amarrado al poste de sacrificio por los mandones de Sorata, tres águilas se precipitaron velocísimas desde la cima del nevado y sueltan sus ligaduras. Thunupa sufre largas prisiones en las cuevas subterráneas de Carangas, y castigos extenuantes en Chuma, en Calamarca, en Ancoraimas, por combatir el mal. Los menos atienden su mensaje; los más le apalean y le expulsan. Mas el profeta no desmaya. La huella de su sandalia cruza montes y quebradas, pasa los ríos, cose como un hilo de fuego los pueblos diversos y dispersos del altiplano. A veces castiga la injusticia, obra prodigios, mitiga la desdicha, pero a menudo es víctima de los hombres, porque como todo reformador religioso debe expiar su grandeza en el dolor. Y aunque no puede extirpar el mal que se aposenta en los que mandan, es el refugio acogedor de los que obedecen. Thunupa es la esperanza.

Un día el inconforme decide marchar a Copakawana, donde sacerdotes corrompidos olvidan a Wiracocha por el culto totémico del Jaguar. Arrojando un vellón de su túnica a las aguas, Thunupa navegó en él hasta la isla de Itikaka, la peña sagrada en la cual deja esculpida la forma de su cuerpo. Itikaka morada mítica donde Wiracocha batió a la "Chamajpacha" — la edad oscura —,

conformó el Lago, y dió a los kollas númenes celestes y telúricos, infundió más confianza en su misión: uno perecerá para salvar a los demás. Fortalecido por la soledad y la meditación, Thunupa navegó después rumbo a Copakawana. Apenas puso pié en la bellísima península, los adoradores del Jaguar lo apresaron. Increpó el profeta a los zoólatras, atribuyéndoles el mal que cundía por los pueblos altiplánicos. Fustigó sus vilezas. Instóles regresar a la ley de Wirakocha. Y a pesar de los castigos con que fue amenazado, negóse a rendir culto a la espantable fiera que moraba en lo alto del peñón.

Entonces el "thaliri" de Copakawana, tras de consultar a los "amautas", dijo sordamente:

— El dios invisible murió hace muchas lunas. Ya no es. No tuvo descendencia. Pero el Padre Jaguar renace de felino en felino; y aquél que ostenta una mancha roja en la frente, ése es el Dios Vivo. El jaguar no miente; el Jaguar anuncia la desgracia y la victoria, protege las cosechas, ahuyenta las enfermedades y las plagas. Cada uno de sus movimientos, está ligado al destino de los "kollas". Por eso le cuidamos, por eso lo llevamos los guerreros de Makuri en sus escudos. Y sólo pide un poco de sangre.

Miró con lástima Thunupa a los magos:

— Ciegos... enjaulados... crueles... jaguares también vosotros — dijo — ¿Por qué inmoláis criaturas?

— La Madre Serpiente bebe sangre.

— ¡Miente la Serpiente y el Jaguar miente! — fulminó Thunupa —. ¿Qué sabéis vosotros, hijos del Mal? Antes que "Pachamama", la Tierra madre, antes que "Inti", el Padre Sol, fué Wirakocha el Dios Inextinguible. ¡No matéis, no hagáis fraude, no manchéis la misión sacerdotal! Dejad el culto ofídico, no hagáis humilladeros al felino: Wirakocha pide paz. La sangre de la serpiente para la piedra, la sangre del kolla para el kolla fluyendo tranquila hasta que Wirakocha la detenga.

— ¡Que perezca, que perezca!— prorrumpieron los magos. ¡Insultó a la Serpiente y al Jaguar!

— Aguardad — dijo el "thaliri" a su gente; y volviéndose al profeta insinuó: — Si retiras tus palabras, si reconoces la ley bermeja del Jaguar, te elevaremos a la dignidad sacerdotal. El Dios Vivo recompensa a sus servidores.

— No persigo el poder, sino la verdad — replicó Thunupa —. Yo soy el que sirve sin esperar recompensa.

— Que perezca, que perezca! — aullaron los magos.

Dispuso el "thaliri" de Copakawana que el profeta fuera castigado por su osadía. Llevaron a Thunupa a una colina pedregosa. Rasgaron su alba vestidura, hicieron mofa de su desnudez. Una lluvia de palos y de piedras cayó sobre el profeta. Bajaron luego el cuerpo exánime a la playa y amarrándolo al mástil de una frágil balsa de totora, lo abandonaron a merced del viento y de las aguas. Entonces las ondas del Titikaka se encresparon, brotó la tempestad de su seno hundiendo muchas embarcaciones, y la navecilla enfiló hacia el estrecho de Tiquina, pasmando a todos por su rapidísima navegación. Iba Thunupa en ella, escoltado por ejércitos de Illapa, mensajero ígneo de Wirakocha, señor de los relámpagos alados, del rayo que fulmina, de los truenos que ruedan y resuenan sin descanso. Conforme navegaban cargando la maldad humana, crecían balsa y profeta en estatura; y al llegar a la playa de Cachamarca era tal su grandeza y poderío que la tierra se abrió en canal vertiginosamente para darles paso. Hendió en mayor distancia la tierra que las aguas, hasta perderse por las azules inmensidades del Poopó. Y del surco legendario de la balsa de Thunupa, nace el curso fluvial del Desaguadero, río mítico que enlaza los dos mayores depósitos lacustres del Ande.

Pero el Inconforme no murió: un monte, un río, un camino lleva su nombre. Los kollas dicen que su balsa solitaria surca el Titikaka y se desliza por el altiplano. Deidad benéfica, suele tornarse a

veces punitiva y reparadora. Habla en el trueno, previene en el relámpago, castiga con el rayo. Sus manos venerables protegen las cosechas, su mirada suave mitiga la desgracia. Está siempre con los necesitados, siempre frente al déspota. Denuncia la iniquidad, exige justicia. Y para los hombres de fe, es símbolo de resurgimiento y de pujanza, porque él enseñó la constancia inquebrantable: sin llanto, sin fractura, sin quebranto. Fuerza moral superadora de infortunios! Es el piloto del alma india. Desde la oscura lejanía cosmogónica, Thunupa — mítico dios — sigue conformando el universo andino. En el duro presente, Thunupa — dios humano — prepara y fortalece voluntades para un futuro mejor.

Así es Thunupa: el Inconforme. Así es Thunupa: el Cristo Andino.

THUNUPA PLANTEAMIENTO

¿Qué sangre es ésta que nos mana del costado? Apenas removida, la herida entrañable se desborda.

Para el pesimista, todo anda mal en Bolivia por que se nada hizo bien: caótico el pasado, incierto el hoy, sombrío el futuro. País débil, inorgánico, desgarrado por sus vecinos, marcha a la zaga de los demás. La tierra invertebrada, la raza heterogénea, determina el caos psicológico; la nación causa la desdicha de sus individuos. Bolivia es una palabra. Bolivia no existe. Todo en su historia denuncia el contrasentido. Carece de un contenido nacional y sólo cuenta con fuerzas regionales, siendo lo más fuerte del país el altiplano; pero el altiplano es trágicamente hostil. Todo en él es duro. Difícil, agobiador. Montañas descomunales: la naturaleza nos ha vencido. Tierra despoblada, sin conductores, sin técnicos, sin capitales. Políticamente, habitamos la ficción. Sucre hizo Bolivia para impedir que una gran nación creciera al sur de la Gran Colombia. En realidad, jamás tuvimos puerto; somos la nación mediterránea por excelencia, alejada del mundo. Las pequeñas naciones sudamericanas — ¿tres, cuatro? — están destinadas a desaparecer, pero ellas tienen siquiera un alma, un estilo nacional. Nosotros ni eso. Nada nos unifica, todos nos separa: la geografía como la pequeñez moral en que nos debatimos. La nación es una unidad política y de espíritu, pero en Bolivia una parte del país tiende al Pacífico, otra al Atlántico; y el núcleo, la meseta central, queda terriblemente aislada. Estrechos de ideas, mezquinos de actos, los bolivianos ignoran dónde van. Mientras el mundo circundante se afirma cada día más — cada día, cada hora, hay más espíritu nacional en Argentina, en Brasil, en Chile, en Perú, en Paraguay — nuestro mundo interno se fracciona y se disuelve lenta pero inexorablemente. No somos nación; nunca fuimos. Y al cabo de la segunda contienda mundial. Quedamos tan rezagados como antes: sin población, sin caminos sin industrias, sin vías propias y directas de contacto con la civilización. Bolivia agoniza detrás de sus montañas. Nadie puede detener esa agonía.

Para el optimista, Bolivia es un prodigio, su nombre lo prestigia todo. Nada es lo que ha perdido; muchísimo lo que conserva: inmensos territorios, fabulosas riquezas. La clave del pasado americano, la futura grandeza continental, constituye en este gran país dormido, porque Bolivia duerme, en espera de su hora y su victoria. ¿Quién resistió mejor? ¡Nada puede contra ella!. Enclaustramiento y mutilaciones, desorden y ensimismamiento, su abrupta geografía, su difícil desarrollo, son meros accidentes: pasarán. No es malo el boliviano; si sabe odiar, es que sabe amar. Disciplinado por una dinámica social, irá muy lejos. El estilo nacional es hoy la dispersión, mañana será la integración de los contrarios. Escasean conductores, más nunca el necesario para el trance decisivo. El señorío estratégico y económico del hemisferio sur, lo ejerce la plataforma andina: todo converge y se comunica por el espinazo de la gran cordillera. Bolivia es la más fuerte realidad política y geográfica de América. Somos pocos pero osados, infortunados pero estoicos. Desordenados, pero tenaces y ambiciosos. ¿Qué importan los contratiempos pasajeros, las apariencias desfavorables? Somos los mejores, porque mantuvimos la nación frente al fatalismo histórico, en desigual competencia con vecinos más rudos y potentes. Sólo nos faltan organización interna y la adecuación de la técnica moderna. No necesitamos de nadie; el boliviano se basta a sí mismo. El suelo de oro. La raza de bronce. El espíritu de fuego. Nada nos falta, lo tenemos todo. Espacio para cien millones de almas, tiempo ilimitado para crecer explotando nuestras grandes reservas naturales. Bolivia es una gran nación en ascenso. Nadie puede detener ese ascenso.

¿Tiene razón el primero o el que acierta es el segundo? Ni la visión plorante del pesimista, ni el miraje excesivo del optimista. Miremos con ojos de Thunupa nuestro drama nacional.

No hay fatalidad, no hay mesianismo. Sólo una ley de crecimiento que impone abnegación, perseverancia, disciplina. Somos la nación en germen. ¿Cuál es nuestro puesto en América? No importa distanciarse de los primeros, si sabemos evitar ser de los últimos. No son los bolivianos consecuencia de una patria inerte y desdichada, sino la patria desdichada e inerte el defecto plural de los bolivianos rebeldes al equilibrio organizado. El pesimismo disuelve, el optimismo engaña, el sentido de proporción dice la verdad. Todo se hace difícil en Bolivia, porque el boliviano es difícil, complejo, contradictorio. Vivimos en los extremos: abatimiento o delirio de grandeza. Agorería o fanatismo. Pocos saben que la patria verdadera se prueba sólo en el anhelo y el desvelo de las almas. ¿Qué es Bolivia? Bolivia es una dura realidad y una gran esperanza. A nosotros queda confiado superar esa realidad y alcanzar esa esperanza. Patria es primero una idea; luego un hecho. La ética anterior a la geografía. La patria entrañable, la patria primordial, es siempre subjetiva. Y es en ella que se apoya y se edifica la otra, la patria jurídica, histórica y social. ¡Capitales, caminos, industrias! — clama el ansia utilitaria del siglo, olvidando que los grandes móviles de la vida fueron siempre románticos, y que sin una herramienta de fe no hay edificación colectiva. Nada es una voluntad actuante, si no viene impulsada por un ideal responsable. Patria es responsabilidad, servidumbre voluntaria, vigilia permanente. El combate de la fe y de la constancia que se muerde con el pan de cada día. Por eso el patriota responsable proclama: contra las almas relajadas, el espíritu de lucha. Contra la indolencia y el desorden, un principio de responsabilidad compartida. Contra el resentimiento que dispersa, la generosidad que liga y consolida. Y como todo idealismo acude a una estrategia para realizarse prácticamente, la estrategia nacional debe ser aquella de la marcha del indio: despacio y derecho a su fin. Son las obras desmedidas, las impacencias ardorosas las que pierden a los bolivianos. ¡Véd cómo avanza el autóctono por el océano altiplánico! Paso a paso, viajando de día y de noche, con ritmo lento pero seguro. Y es la marcha india, la que necesitamos para todos los modos de nuestra vida nacional e individual. Saber querer. Saber poder.

Aplicando la hermosa idea rilkeana, la Nación, como el mar, aunque tiene una designación en los mapas y entre los hombres, no es en realidad más que extensión, profundidad, movimiento. Debemos descubrir la extensión de nuestro territorio, la profundidad de las razas que lo pueblan, ajustar el ritmo de lo extenso con lo profundo. ¿Qué somos, qué podemos ser? Es toda la gramática para una construcción nacional. Somos la nación mínima; aspiremos al Estado orgánico. ¡Urge despertar! Más no al sueño peligroso del nacionalismo excluyente, que termina siempre en el absurdo imperialista, sino a la verdad de la nación entera y justa. Fuerte sólo para cortar la carrera de las mutilaciones territoriales y abrirse paso al mar; grande y magnánimo en la paz, en el trabajo, en la ordenación espiritual. En la América del Sur, donde existen ya potencias continentales, estados medios, y naciones mínimas, nuestra tarea presente debe mirar a un futuro próximo: el Estado orgánico, sin delirio de grandeza, sin penosas debilidades, para que entre la pequeñez turbulenta de los unos y el crecimiento desmedido de los otros, Bolivia represente el equilibrio justo de la salud consciente de sí misma.

Pregúntese al boliviano qué es Bolivia. No lo sabe. Dará mil respuestas vagas, sin acertar en la síntesis. Es difícil leer un mapa, porque se ignora el territorio. Poco dice el pasado, que llega sólo a través de un río de sangre y pesadillas. Historia y geografía, los dos instrumentos de precisión por los cuales los pueblos toman conciencia de sí mismos, escapan todavía a la comprensión nacional. Ignorantes instintivos y reactivos, los bolivianos duermen en el ocio. Estudiar es penoso. Aprender difícil. Moverse y ordenar el país, misión de titanes que muy pocos quisieran afrontar. Por eso escasea entre nosotros el estadista, el conductor de pueblos; y sólo tropezamos con teorizantes o ambiciosos, que van al poder en pos de utopías o de hacienda, con abstracción de la grave responsabilidad de hacer nación.

Bolivia, la verdad de cada uno, es el enigma para todos. ¿Qué sabe el montañés de los llanos orientales? ¿Qué el hombre de la llanura de los hombres del altiplano? ¿Qué el morador de las zonas templadas del trópico y del Ande? Las diferencias geográficas conforman la diversidad de los grupos étnicos; y el espíritu regresivo de la nación mediterránea — ensimismamiento, molicie, urañía — cunde por la extensión del territorio, cerrando el acceso a las almas como se cierran las regiones. Carecemos de un espíritu territorial. Enclaustrada en sus montañas, confinada en sus

fronteras despobladas, la nación padece ansia de unidad. Examinemos el drama geográfico: es análogo al sino psicológico: allí la desproporción abrumadora entre suelo y poblador, la diversidad y la distancia anulando cercanías; aquí el hermetismo y el recelo, la ruptura espiritual impidiendo entendimiento. La desazón que nace de contemplar la ignorancia en que vivimos respecto al territorio, acrece al observar los accidentes del paisaje humano. ¿Qué es el gobernante para el opositor? “¡Un bellaco!” ¿Qué el opositor para el gobernante? “¡Un despechado!” Y las dos facciones se combaten enconadamente, despedazando en lucha fratricida la patria que no pueden conciliar sus corazones. Caciquismo puro. Divididos y encontrados viven los bolivianos: divididos por designios de la naturaleza, encontrados en la tempestad de las pasiones.

Unos caen en el nihilismo disolvente, otros en la nación ciega y engreída; pocos son los que afrontando el caos aceptan la inmensidad de una tarea ordenadora, y sacando fuerzas de su propia flaqueza, levantan los soportes del futuro con las dificultades del presente. En Bolivia todos quieren mandar. Nadie quiere servir con humildad y honestidad, en dación de amor, como manda el Evangelio, como sirvieron todos los constructores de patria. ¡Osad, perseverad, buscad la energía en vez del oro! — dijo el pensador novecientista —. No basta. Hoy el mensaje es más explícito y severo. La energía pura, el atrevimiento sin brújula, la suficiencia orgullosa, desembocan al vacío. La nueva voz de orden es una prédica consciente de amor y de acción responsable. ¡Conoceos, disciplinaos, servid sin recompensa!. Necesitamos una moral de sacrificio contra la moral de utilidad que nos socava. La naturaleza crece en extensión, el hombre en profundidad, la patria, hija del suelo y del espíritu, en ambas dimensiones, que donde uno ignora la profundidad del sacrificio, tampoco alcanza la otra extensión de lo durable. A mayor trabajo, celo más hondo. Dinamizado el boliviano, comenzará a moverse el territorio; y por el despertar de hombres y tierras, ascenderá el rumor de la patria nueva. Es todo el ciclo poético de las naciones: extensión, profundidad, movimiento. Debemos descubrir la medida física de nuestro país; profundizar su medida espiritual; y recién con el dominio de la una y por la purificación de la otra sobrevendrá la patria surgente de un destino mejor, que al cabo el hombre señor de sí, del mundo y de las cosas, es el núcleo magno donde nacen y perecen todas las acciones.

Por tres caminos podemos avanzar a una patria mejor:

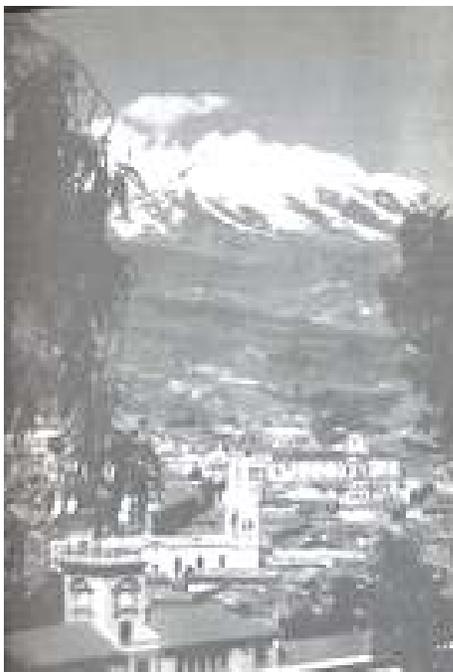
La revisión del pasado.
La dinámica de aventura.
La moral de sacrificio.

THUNUPA REVISIÓN DEL PASADO

Vamos al primero. ¿Cuál es la historia de este pueblo tan antiguo que su existencia no puede contarse en años, tan joven que tampoco puede medirse en siglos?

La leyenda negra de Bolivia nace de una experiencia muy ancha y de un juicio muy angosto. Fueron tantos los acontecimientos y tales los hombres, que la visión panorámica se pierde en el horizonte cárdeno cerrado de tumultos. En sustancia, en colorido, nuestro pasado republicano es el más novelesco del continente; de aquí que el historiador suela extraviarse, perdiendo la visión del conjunto por perder el episodio, cuya riqueza ornamental esconde muchas veces la noble severidad del edificio. La leyenda negra nace de las mutilaciones territoriales, del motín permanente, del caudillaje militar, de esa larga serie de infortunios y desórdenes propios de las naciones jóvenes. El espíritu festinatorio, esa impaciencia que un escritor señala como característica de la vida boliviana, a nada le aplican mejor que a la falsa interpretación de nuestro pasado: se ha visto poco, se ha entendido menos. La festinación y la impaciencia recaen, pues, sobre el juzgador. Y así nace la escuela pesimista: Moreno, Tamayo, Arguedas, son negadores de la nacionalidad. Blancólatra el uno, indianizante el otro, mestizófago el tercero, todos tres padecen un morbo psicológico de resentimiento y precipitación. Miran el conflicto lógico por su drama personal: Moreno, Tamayo, Arguedas, hombres-islas, islas-pensantes. ¡Estupendos resentidos! Porque la nación no se conforma a sus propias teorías abominan de ella, imprecán al destino, falsean la historia, reniegan de la raza boliviana — raza mestiza, raza compuesta, raza en formación — porque atentar contra uno de sus elementos étnicos, es ir contra el conjunto indivisible de los tres ingredientes principales que la componen. Bien leídos y en materia sociológica, Moreno amarga, Tamayo engaña, Arguedas

envilece. ¿Cuál es la herencia que nos dejan? El odio de clases, la destrucción de los valores, la negación del porvenir. Calamidades de la historia, bañan hombres y sucesos en la tinta negra de un pesimismo fatídico. ¡Tanta y cruenta injusticia para juzgar una patria que no ha terminado de nacer! ¿No dicen la biología política y la técnica económica que asistimos recién al despertar de Bolivia? Los agoreros prefieren preparar su entierro. Se ha proferido ya la palabra “liquidación”, sin medir el alcance nocivo del concepto, digno de pueblos seniles, no de colectividades jóvenes.



“Illimani”, el nevado arcangélico, señorea la urbe andina con su cumbre armoniosa.
(Foto Cordero)

Miremos el pasado republicano desde un ángulo visual más extendido, desechando la falta de probidad y la ignorancia de los sociólogos. Falta de probidad porque no es lícito medir a la infancia con la vara intolerante de la senectud. Ignorancia por desconocer las leyes de la historia, que con ser ciencia tan vasta, sutil y complicada, no deja de tener las suyas, aunque sea arriesgado definir cuándo soplan por ellas el designio divino, la causa natural, o el propósito humano. ¿Qué enseñan esas leyes? Que las naciones como los individuos son organismos en constante mudanza, que no caben en marcos rígidos por pertenecer a una norma fluctuante de formación y deformación. ¡Famosas naciones de la antigüedad, potencias de la época moderna! ¿Qué fueron en su origen o en determinado tiempo? Centros de abyección. La crueldad de los imperios asiáticos estalla al pie del himno védico. Grecia, madre creadora del arte y de la ciencia, engendra el pueblo más ingrato y veleidoso con sus hijos ilustres. La gloria de Roma vacila entre heroísmo y corrupción. El orden metafísico del medioevo tuvo que superar primero los horrores de la barbarie merovingia. Y en épocas más próximas: ¿no soporta Rusia siglos de esclavitud, antes de alcanzar su resurgimiento nacional? Inglaterra, dueña del mundo, sapiente conductora de pueblos, ¿no tiene un pasado oprobioso de crímenes y reyes fermentados? Historia es, pues, una sucesión de ondas contradictorias. ¡Ay del que edifica en la espuma sin reparar en la ola! El planteamiento nacional debe ser: no somos mejores ni peores que las demás comunidades que en el mundo han sido. ¿Miserias? Las tuvieron todas. ¿Grandezas? Ni nos sobran ni nos faltan. Rechazando por igual la lente rosa de los optimistas y la negra lente de agoreros, nuestra historia ha de mirarse por el vidrio blanco de la verdad. ¿Que nuestro pasado republicano es un descenso? Aunque así fuera; caer no es sucumbir. Hombres y naciones se miden por su entereza para levantarse después de una derrota. Esa rápida desorganización social propia de los Estados en formación, no entraña enfermedad sino salud. Es el vigor excesivo de naturalezas jóvenes que irrumpen de la crisis atropellando todo. La República, para nosotros, representa una durísima enseñanza y una augusta experiencia. Caos y promesa de resurgimiento. Esta patria desgarrada por todos los infortunios, lleva en sí misma el sello de su permanencia. “Bolivia, santa y mártir”— clama el novecentismo quejumbroso, sumiéndose en la niebla de la desdicha. ¡Estoica y fuerte Bolivia! — responde el alma joven, superando el desorden con la voluntad de ser.

Una nación no es como un hombre; necesita varios siglos para desarrollarse y redondearse — sostiene Ganivet— y su grandeza no se mide por lo intenso de su población ni por lo extenso de su territorio, sino por la grandeza y permanencia de su acción en la historia.

¿Conocen esta ley de crecimiento lento los historiadores tenebristas, los sociólogos jeremíacos que nos dieron un pasado de cieno? No la conocen. Su visión corta comienza en la República, ignorando que antes fueron la Colonia, el Incario, los Imperios kollas, la Gesta Andina, núcleos vivos, centros de irradiación espiritual que atestiguan nuestra antigüedad. La historia de Bolivia principia con la cosmogenia andina. Para comprender lo que somos, debemos saber lo que fuimos: políticamente somos los más jóvenes, históricamente los más antiguos. Bolivia, pequeño organismo nacional en el siglo XX, es la cuna geológica y cultural de América. Y si nuestra misión actual es una de equilibrio entre mesianismo y debilidad nacionales, no por ello hay que olvidar la grandeza de nuestra permanencia en la historia. La revisión del pasado es obra de la escuela: un mirar más largo, un horizonte histórico más extendido, un sentimiento más hondo del suelo y de la raza. Pero lo urgente consiste en rectificar el miraje republicano, que por su mayor proximidad es el que más influye en la formación del espíritu nacional.

El fetichismo por lo heroico es peligroso; mas un pueblo sin tradición, es el otro despeñadero de la historia. No hay nación por pequeña que sea, sin hijos representativos. Nosotros tenemos los nuestros; civiles y militares, grandes y pequeños héroes al fin, modeladores de virtud en el alto sentido carlyliano, a la medida de su medio físico y espiritual. Exagerarlos, sería injusto. Disminuirlos, ingratitud. ¿Hay ojos que no ven la llamada emancipatoria? ¡Ojos de ciego! ¡Oídos que no escuchan el clamor de las batallas? ¡Oídos de sordo! ¿Corazones que no sienten el sacrificio anónimo de millares de patriotas, que rindieron hacienda y vida por la libertad? ¡Corazones de piedra! Hay más lecciones en la Guerra de los Quince años, que cumbres en la andina cordillera. ¡Estudad, revivid la epopeya del pueblo en armas! Granan los ejemplos, las enseñanzas granan. Para concluir con la tesis humillante del “pueblo enfermo”, bastará el sentido resurrector y unificante de la gesta libertaria: todos fueron, si no grandes, dignos, lo mismo los caudillos que las muchedumbres. Y si el cholo Pedro Domingo Murillo va en cabeza, es porque supo llevar hasta el patíbulo su convicción de patria libre.

Quince años de lucha por la libertad... Es algo que no meditamos lo suficiente todavía. Aquí no lucen el paladín homérico ni el caballero medieval. Pero estos varones intrépidos que a fuerza de coraje y de constancia, conquistaron para nosotros el derecho de vivir libres de esclavitud, cumplieron el precepto senequiano: no dejarse vencer por nada, mantenerse siempre erguidos, en la prosperidad o en lo adverso, merced a la fuerza-madre interior, al eje diamantino del espíritu ¿Buscó alguno fama, poderío? Sólo el derecho de vivir en la igualdad; criollos, mestizos, indios, construyen con su sangre patria autónoma. Acobardado por la ausencia de un escenario épico fastuoso, hay historiador que lamenta la falta de héroes en la Guerra de la Emancipación. Los héroes se hacen a la medida de los pueblos: si grande es nuestra fe, grande será la tradición; si mísero el sentimiento nacional, mísero el recuerdo. El error está en pensar que sólo hay heroísmo en las batallas. Bolivia tiene dos tipos de héroes que constituyen las naciones: el héroe-muchedumbre y el héroe-conductor.

El héroe-muchedumbre está formado por labradores, peones, soldados, toda la variedad de la fauna social. En él se confunden el criollo acomodado, el cholo ambicioso, el indio resignado. Y ésta es, quizá, la más alta forma de heroísmo, porque nadie entraba a la multitud para hacerse un renombre, sino para servir oscuramente un ideal de libertad. Nataniel Aguirre ha evocado en *Juan de la Rosa* esos tiempos ejemplares, este libro relata en forma patética y poética, el dramático nacimiento de la república. Furor de actuar, afán de inmoción. Hombres y mujeres, niños y ancianos, rivalizan en valentía; las mujeres de la Coronilla, no son sino la concreción episódica de esa voluntad de ser nación. ¿Cómo pueblos diminutos, desorganizados, sin ciencia estratégica, sin equipo militar, pudiendo acabar con el Imperio Español? El héroe-muchedumbre en nuestra historia nacional, supera — si no en grandeza — en largueza al héroe-muchedumbre de cualquier país sudamericano. Por eso, habiendo sido los primeros en alzarnos contra el yugo peninsular, fuimos los últimos en obtener independencia. Y esto solo debería bastar — el sol de la constancia — para desmentir la negación de los sociólogos.

El héroe-conductor no es menos digno de renombre. Podríamos formar el Romancero Boliviano, si nuestros poetas buscaran inspiración en las vidas heroicas que animaron la Guerra de los Quince años. No hay figura que alcance la estatura de un Cid; pero varias que semejan nietos del Campeador. Comencemos por los precursores, porque con ellos nace la república. Los dos Catari, Alonso de Ibañez, Tupháj-Katari, son la primera lección del pasado inmediato. No es su intrepidez para el combate la que se debe recordar, sino la entereza con que abrazan un ideal de autonomía. Son ellos: los precursores, paladines de un torneo sin palenque rompiendo yugos como romper lanzas; y porque supieron entregar sus vidas por amor, la salvan — como dice el místico— para una eternidad de gloria. La gesta de los guerrilleros es cosa de maravilla, el heroísmo de la humildad contra el heroísmo de lo épico. Se sirve sin esperar recompensa. Se lucha, se sufre, se calla con estoicismo indio. Pero nadie se rinde. Unos eran fuertes y enérgicos, otros pequeños y nerviosos; todos estaban desnutridos, mal armados, acosados por un adversario más potente en recursos y en ciencia militar. Maestros de la estrategia improvisada, se adaptaban al lugar y al instante, cada cual peleando en su pequeño grupo, sin esperar ayuda, sin pedir ni dar cuartel, reducidos a su propia iniciativa y a su solo coraje. Los guerrilleros de Kutuzov, hostigando a las huestes napoleónicas después de Borodino, son menos grandes que los guerrilleros altoperuanos que salvaron de asalto en asalto, de retirada en retirada, de aventura en aventura, y en cinco mil días de lucha cruenta y desigual, el derecho a vivir libres de opresión.

¡He aquí un estado mayor que disputarían el mármol y la lira, escogido entre ciento dos caudillos, de los cuales sólo nueve sobrevivieron a la victoria final! Warnes, los dos Lanza, Mercado, Camargo, Zárate, Arze, Betanzos, el cura Muñecas, Méndez, Arenales, José Miguel García Lanza, Juana Azurduy de Padilla, y aquel don Manuel Ascencio Padilla, prototipo del varón justo y esforzado, cuyas hazañas bastan para el decoro de un pueblo. La Guerra de las Republicuetas, que arranca la admiración del historiador extranjero, ha sido subestimada por los bolivianos. Todavía ignoramos los tesoros de heroísmo y edificación moral que guardan las guerrillas: vidas extraordinarias, protagonistas de biografías que aún no se escribieron, porque habituado a vivir entre montañas, el boliviano no repara en eminencias geográficas ni humanas. Por sólo esta guerra trágica y genial, fecundada en mártires, proezas y caudillos, podemos decir que no somos hijos del azar, sino herederos de una epopeya de valor y sacrificio.

El santoral patrio es rico en figuras señeras. ¿Se quiere un modelo de adalides frustrados? Lo tenemos en Clemente Diez de Medina, gestor del movimiento abortado del 30 de marzo de 1809, combatiente en Maipo y Chacabuco, que después de sacrificar hogar y hacienda a la causa libertadora, cede el mando a Murillo comprendiendo que sus antecedentes familiares le impedirán conducir el movimiento revolucionario. En los primeros tiempos de la república, al conocer el atentado contra Sucre, Diez de Medina rompió con los hombres encerrándose veinte años en su finca de Calachapi. Así fueron los fundadores de la república: grandes en el hacer, grandes en el callar. ¿Se busca una figura romántica, que inmortalice el coraje y el lirismo de la raza? He ahí a Huallparrimachi, noble por su ascendencia indígena, noble por su origen hispano, noble por sus sentimientos. El dulce poeta quechua, que suavizara con su zampoña trémula el áspero destino de los Padilla, rindiendo la vida en flor en un combate, es el símbolo de esa juventud altoperuana que fue a la libertad por los caminos de la muerte. ¿Se pide un caudillo entero, tallado en fibra pura, capaz de sobreponerse a la flaqueza, a la calumnia, y a la ingratitud? Nombremos a Murillo, el valeroso, el astuto y calumniado, que redimió en la horca la desdicha de pertenecer a un pueblo negador de sus valores. El Caudillo de Julio es el arquetipo de la más alta varonía, de aquella que se recupera aún del error o caída para proseguir su misión. A Murillo hay que medirlo con la vara de la grandeza y de la miseria humanas: un hombre. Entonces aparece verdaderamente grande, porque no es el hijo del destino favorecido por los dioses, sino la criatura de su empeño que se forja aún contra el designio de los hados.

¡Estoica y fuerte Bolivia! ¿Por qué se mira sólo tu decrecer territorial, olvidando la virtud de un pueblo fortalecido por el dolor?

La República no es el caos, sino el resplandor sobre el abismo. ¿Qué oponer del reciente pasado político? Un puñado de nobles y altas enseñanzas. Por cien desastres, diez victorias; y no hablemos de empresas guerreras, sangrientas y fugaces, sino de aquel otro modo de victoria, cuando el hombre lucha consigo mismo al vencerse a sí, acaba por imprimir su propio decoro a la comunidad que lo contiene. Junto a la patria sombría del caudillaje y del desorden, se alza la patria pura de los varones rectos, si menor en estatura, mayor en fortaleza espiritual, que al cabo el tiempo

disuelve los horrores de los déspotas y magnifica la tarea de los justos. ¿Fueron las revoluciones pasto de ambiciosos? También el arma de los pueblos para defender su libertad. Por cada diez revoltosos asalariados, hay siempre un ciudadano consciente que lucha con desprendimiento en la monotonía republicana; y el sacrificio de ese hombre consciente nos redime del tumulto colectivo. No todo fue abyección e indiferencia. Baste recordar que cuando sable y espuela señorean el escenario patrio, cuando las gentes acobardadas enmudecen y la vida de los bolivianos pende del que manda, un tribuno salva la dignidad de su pueblo denunciando los errores del despotismo analfabeto. Evaristo Valle no es el único "thunupa" en la hoguera republicana; otros como él desafiaron virilmente al despotismo. No hay que detenerse mucho en las luces de Iruya, de Socabaya, de Ingavi, ni en las sombras del Pacífico, del Acre, del Chaco. Reflexionemos más bien en este milagro de resistencia; cómo un pueblo siempre impreparado, escaso en conductores, pobre de recursos, lucha valerosamente por sus fronteras afrontando las dos hidras del aniquilamiento nacional; un adversario más potente que golpea desde afuera y un enemigo interno que debilita desde adentro. El sacrificio de millares de bolivianos caídos en seis guerras, nos gana el derecho a la supervivencia. Bolivia debe tomar su fuerza de su propia debilidad: aprender de sus yerros, levantarse en las caídas, unificarse en el ideal y en el esfuerzo. La constante desmembración territorial sólo admite un corolario: conocerse, comprenderse, luchar por una estructura nacional firme y coherente. Compactarse.

¿Por qué se magnifica la patología histórica y no las enseñanzas éticas? Porque se confunde historia con anécdota y tradición con melodrama; pero se producirá un cambio de eje fundamental en el modo de concebir la historia y en la manera de enseñarla, en la formación misma de nuestro carácter nacional, cuando se conceda escasa atención a los bandidos y mucha a los honestos. El cambio de concepto, el cambio de enseñanza, deben ser totales: subestimar la destrucción, destacar los conductores. Todo ese período rojo, esa época sangrienta y de pesadilla, cuyos capítulos se nombran "belcismo", "melgarejismo", "dacismo", debe ser reducido a su mínima expresión. Basta de motines, revoluciones y traiciones. Todas las fechorías de los demagogos y los déspotas que entenebrecen nuestra historia, nada son frente a una sola vida de virtud y de trabajo. Es injusto, es pernicioso que concedamos tanto campo al recuerdo de figuras como Belzu, Melgarejo, Yañez, Daza y tan escaso a la memoria de Torga, Indaburo, Santistevan, Bosque, verdaderos guías de la grey cristiana. Los historiadores nacionales se acercan con morbosa preferencia a los tiempos de tumulto y de vesanía, volteando las espaldas al trabajo paciente y abnegado de los justos. ¿No es una aberración que hasta los niños sepan cómo fueron las Matanzas de Loreto, mientras pocos son los adultos informados del genio científico de Aspiazú? Si nuestro medio es rico en perfidias y desórdenes, es porque la escuela enseña perfidias y desórdenes; la finalidad pedagógica de enseñar con el mal ejemplo, se destruye frente a un morbo psicológico de imitación: la audacia, la traición, la irresponsabilidad, nos son inculcados con ese concepto policíaco de la historia, que hace de luctuosos sucesos memorables hazañas. ¿Cómo se debe enseñar la historia? En vez del motín y del botín, la servidumbre de las causas nobles. El superior espíritu de aventura, capaz de rendir la vida por un móvil altruista. La fe, la constancia, la abnegación de los caracteres intrépidos. La virtud paciente, la mansedumbre fuerte de los rectos. Y sobre todo la lección del idealismo consciente, de la energía contenida que sabe de dónde parte y a dónde llegará, contra la farolería caciquista y la violencia desatada, que con una mano levantan torres de grandeza y con otra las derrumban. Contra el genio levantisco de la raza, oponer la dura escuela ascética de los hombres de acción: hay que mirar largo y tendido sobre las rutas de Campos, de Palacios, de Vaca Díez, de Armentia, de Pando, de Suárez; geógrafos, exploradores, colonizadores, que abrieron con su celo y su desvelo las puertas de la gran nación futura. Estos son los auténticos creadores de patria, las vidas ejemplares que Bolivia debe honrar, infundiéndole a las nuevas generaciones ese "genio caminante" que hace de pequeñas colectividades grandes pueblos.

Una ley biológica determina: luchando, transformándose, violentando al azar se hacen las naciones. Si a cuchillada lenta la naturaleza, a puñal tajante la historia. En los cuerpos orgánicos como en las comunidades saludables, sobreviven sólo aquellos que resisten y superan el desastre. Bolivia, imán de adversidades ¿no es también la aguja magnética de un renacer futuro? La República ¿no ha sido un prodigio de supervivencia en el torbellino? Y este aferrarse inaudito a la vida; esta conciencia social en lucha desesperada con la barbarie; esta voluntad de resistencia obstinada ¿no valen por una ética de superación? Batalla sin tregua, gesta apocalíptica contra la naturaleza, contra el destino, y entre los hombres, acaso dará estabilidad a la nación cuando cada cual se haya templado en el dolor.

La historia — dice un moderno investigador — es como la vida humana: imprevisible, espontánea, como ella hija del momento, de la situación y del carácter diverso de los personajes de su drama. Se verifica en la lucha, por saltos y sorpresas, pasando de la hybris al equilibrio, por una ley bienaventurada de transformación. Los grandes pueblos no tienen “un” origen, “un” apogeo, “una” decadencia; están naciendo, creciendo, decreciendo, y renaciendo siempre. El saber histórico es pues un saber en movimiento, que fluctúa entre miseria y excelencias. ¿Qué la República ha sido entre nosotros un fracaso? Error de visión: sólo un contraste pasajero. Y aquí está, para demostrarlo, el friso heroico de los adalides, que Bolivia también los tiene como probanza de su decoro nacional.

¡Friso pindárico de los creadores y sostenedores de Bolivia!

Lo abre la pareja sagrada: Simón de América, José Antonio de Ayacucho, guerreros de leyenda, padres de pueblos, manes tutelares de la patria andina. Viene luego Santa Cruz, el Protector, cuyo genio político se anticipa en un siglo a su tiempo. Creador de las bases jurídicas y económicas del Estado naciente, el Mariscal de Zepita dió a Bolivia peso propio en el juego continental. Sin la espada de Ingavi, la obra del crucismo habría perecido. José Ballivián defiende y consolida la nacionalidad, combatiente afortunado, gobernante constructivo, Ballivián completa la tarea ordenadora de Santa Cruz. De mirar más largo el Hombre de Zepita, de zarpa más precisa el de Ingavi, ambos se integran y unimisman en la misión de afirmar una patria dispersa. Linares, la gran figura trágica de nuestra historia, aparece nimbado por el esplendor de un sueño excesivo y el halo tenebroso de una voluntad inexorable. Es el Reformador, el gran “Thunupa” republicano, que atiende a la enmienda de la conducta y arroja del santuario de la patria a los fariseos de bota, de levita, de poncho y de sotana. Queriendo hacer una nación, Linares se destruyó a sí mismo; y si un alma se mide por la estatura de su sueño, el Dictador era en verdad muy grande para un pueblo muy pequeño. ¿Qué decir de Frías, el incorruptible, que se mantiene sin mengua y sin reproche en la vorágine de las pasiones? Frías simboliza la tradición civil en su grado más excelso. Adolfo Ballivián, perfil romántico y sereno en el turbión del caudillaje, encarna el noble señorío de los patricios antiguos: buscad en él la pureza, el idealismo, la acción infortunada de los grandes soñadores. Campero o el deber. ¿No es así como debemos honrar al único caudillo militar que respetó la ley desde el poder? Narciso Campero es el despertar de la conciencia nacional, el Moisés paciente y esforzado que conduce a su pueblo entre riesgos y penurias, en pos de la tierra prometida de un destino mejor. A Campero hay que recordarlo en esa escena esquiliana del Campo de la Alianza, cuando envuelto en los pliegues de la tricolor sale al encuentro de un segundo ejército después de haber perdido otro, enseñándonos con su fe y con su constancia a ser hombres en la derrota. Arce minero y visionario de las ferrovías, también es grande a su manera; la Nación le debe empresas industriales, caminos, su vinculación por el riel a la costa del Pacífico; y un espíritu tenaz y laborioso digno de imitar. Baptista, tribuno insigne, católico militante, consumado político, no es menos admirable que Pando, geógrafo, explorador, y hombre de Estado, cuyo gobierno se asienta en el



La Llama y el aimára, compañeros inseparables en la desolación de la meseta. (Foto Cordero)

orden y en la responsabilidad. Montes, creador de la nación moderna, luciría sin desmedro junto a los mejores estadistas europeos. Aún dentro de las limitaciones de su época, jamás Bolivia fué más Estado, en el sentido político y realista del término, que durante los veinte años que la condujo — directa o indirectamente — la mano ordenadora de Ismael Montes. Montes o el carácter: he aquí lo que debemos aprender. Saavedra, caudillo intolerante y combativo, es el político que construye sin dejar de combatir. La nación le debe progreso y sentido previsor; y el ejemplo de ese estilo kolla de gran empuje que avanza a través del acierto o del error, de la cordura o la violencia, pero avanza siempre, porque avanzar es construir. Tejada Sorzano, el gobernante responsable, aunque su paso por el poder es breve, pasa en trance decisivo con eficacia y dignidad; hay que retener la enseñanza moral de ese trance. Y aún tenemos para cerrar el friso, dos figuras singulares. La imagen de la senectud extraviada: Salamanca, que aún dentro del error es siempre grande. Y el perfil de una malograda juventud: Busch, capitán del Chaco, símbolo de la osadía, del espíritu resurrector de nuestro pueblo, que fue a encontrar en el caño de un revolver, la patria que no pudo forjar con sus manos presurosas y angustiadas.

THUNUPA DINAMICA DE AVENTURA

Si la revisión del pasado entraña un nuevo sentido de patria, la dinámica de aventura será el instrumento para realizarla.

"Guerra es la vida del hombre sobre la tierra", enseña el Libro de Job. Y el mejor combatiente será siempre el inconforme, el rebelde contra sí y contra el mundo, el eterno insatisfecho en la aventura humana. El que se mueve, el que busca, el que combate. Mas no hay que confundir dinamismo con actividad desenfrenada, ni aventura con mero amor a lo desconocido, fuerzas ciegas que desembocan al vacío. Sólo cuando el pensar concierta con el obrar, cuando detrás de la acción hay un móvil responsable, aparece la dinámica de aventura, que es una explosión de energías físicas al tiempo que una disciplina espiritual. Movilizar el ser —cuerpo y alma al par— en una empresa de constancia y de conciencia. ¡Partir! Es hoy la voz de acicate. ¡Llegar y organizar! La meta que cierra la aventura. Basta de motines y oratorias, fuera la energía sin freno. El mundo necesita varones más fuertes y más ágiles, adecuados a una sociedad que será cada día más sabia, más sutil, más complicada y también más exigente.

Confiemos en un renacimiento nacional como confiamos en el poder resurrector de la naturaleza humana. Amar a estos indios, a estos cholos, a estos criollos bolivianos tales como son, con sus virtudes y defectos. Sentirse partícipes en sus ascensos y caídas, responsables por sus aciertos y sus yerros. Rechazar a los que perdiendo la confianza en sí mismos concluyen por perder el amor a su pueblo. Disentir de los que triunfando en la montaña, buscan patria grande para sus hijos en suelo ajeno. A los inertes rechazar, a los que soslayan el espíritu de disciplina por el espíritu de comodidad; a los censores implacables que adormecieron la fe de las multitudes con la exhibición de su miseria. Repudiar el desorden que paraliza, la politiquería que estrangula, el regionalismo que socava. Combatir el resentimiento, el impulso de pendencia, la explotación de los más. Pero aún reconociendo los males que nos afligen, presuponer la honradez intrínseca de cada cual, la capacidad regenerativa de los que erraron, el poder reconstructor de los que fueron fieles a su ideal. Pensar que no hay mejora donde no hay enmienda; que si anhelamos el resurgimiento colectivo, debemos empezar por una mística individual de disciplina y rendimiento. Es la hora del impulso consciente ley de la acción inteligente. Un partir que es un celar. Un andar que es un arder. Un llegar que es un partir. La tarea recomenzada del buen aventurero, sólo acaba con la vida; ¡siempre en ansia de mudanza y ordenanza, en busca del riesgo y del esfuerzo siempre!

¿Qué es lo que Bolivia necesita? ¡Hombres, solamente hombres! Voluntades de razón, no de violencia, la voracidad del negociante, no son los tipos de energía que requieren las naciones jóvenes; es la fuerza disciplinada la que mejor vive a la comunidad. Los pueblos tienen hambre de virtud, ser de eficiencia: aquí y en todas partes. Varones íntegros, generosos y resueltos, como aquel Guachalla que deseando sustituir el caciquismo por un sentimiento democrático, decía: "El pueblo mandará y yo obedeceré". No hacer patria con criterio de mercaderes y deportistas, sino con la norma del padre de familia bíblico: asentando la prosperidad de la casa en la virtud del hogar. Nada que se asemeje al varón rudo de la civilización utilitaria, simple energía, músculo puro, instinto sin

freno; mas el hombre fuerte dotado de alma y de razón; el que reconoce en la ley moral la ley de elevación de rango del universo; el que hace de la aventura humana una servidumbre voluntaria, un infinito aprendizaje en pos de una verdad y un bienestar que debe compartir con los demás.

Bolivia es un país nocturno: duerme. También los bolivianos son hijos de la noche: esperan. ¿Qué esperan? Acaso olvidaron que el hombre es criatura de sus obras y la nación hechura de sus hombres. Un inmenso territorio inexplorado, una pequeña población dormida, exigen la tensión salvadora del esfuerzo ininterrumpido: por la inquietud de los espíritus, al dominio del mundo y de sus cosas. Fuertes almas, viriles voluntades, para emplearlas en una dinámica de aventura, que sacuda el organismo nacional. Vikingos — diría Europa. Pioneros — la América del Norte. El Ande responde: "Mallkus", señores de sí y de su suelo. Mallku, sapiente nombre indio, cargado de sentido para el desorden actual. El que sabe mandar, pero también el que sabe obedecer. El que toma la carga más pesada porque se le dió la más alta jerarquía. El que anuncia, el que ordena, el que dirige la batalla del mundo y el combate de las almas. El primero en el peligro, el último en el goce. Mallku: la mitad lleno de brío, la mitad rica experiencia. El que conduce no por ambición, sino por un sentimiento de responsabilidad social. Mallku, identificado en la leyenda aimára con el pájaro totémico, que como el cóndor es el de más largo mirar y el de vuelo más osado.

¿Aparecerá algún día entre nosotros el juvenil e intrépido impulso de conocer y de actuar, que hizo la grandeza de los griegos? ¿El mozo veinteañero que diga a su padre: "me voy, la ciudad me hastía; quiero saber qué hay más allá, formarme en tierra virgen, luchando contra la naturaleza y el destino?" Esa juventud existe, aguarda su oportunidad; tal vez comenzó ya su tarea, en forma tan reducida y silenciosa, que no la percibimos todavía. Es la fuerza surgente que se anuncia en el muchacho conductor de camiones, aquel que fortalece su carácter por los pésimos caminos de la patria. Un camión se enfanga en el altiplano. Baján sus ocupantes, trabajan dos, tres horas, fracasan en rehabilitarlo. Alzan luego los ojos al horizonte y se ven perdidos en un páramo infinito: ¿dónde pedir auxilio? Por la desierta inmensidad de la meseta sólo hay silencio y soledad. Caminan largamente, hasta dar con una casucha indígena. ¿Qué puede darles el indio? Apenas tiene para su propio sustento; vive en la miseria y el abandono. Regresan los viajeros al camión y pernoctan en su plataforma arropándose como pueden. Al amanecer, recuperando energías, lucharán con el fango y saldrán adelante. Pero esa noche, el cielo estrellado, meditan acosados por el viento de las punas: nuestra patria es esta inmensidad, este silencio, esta miseria, este abandono. Necesitamos poblar esta inmensidad, ahuyentar ese silencio, combatir esa miseria, colmar y animar ese abandono. En ellos, los viajeros, en los que se movilizan por sus propios medios, en los que afrontan la inmensidad y la dificultad del territorio, en los que reflexionan, aprenden y vencen del medio circundante, ahí alienta el espíritu de lucha, la dinámica de empresa que la nación requiere para un desarrollo orgánico.

Hay que movilizar al boliviano dentro de Bolivia. Lanzarlo a la aventura geográfica, a la peripecia viajera, a la comunicación territorial. No en son de turismo fiscal o privado, que es el peor modo de viajar, sino en empresa de riesgo, en aprendizaje directo con los hombres y las cosas, en contacto entrañable con lo que se quiere conocer. Porque viajar, entre nosotros, es todavía una escuela de formación moral. ¡Guay del que carezca de espíritu de iniciativa! Una abrupta naturaleza, la escasez de lugares poblados, el mal camino, la incomunicabilidad étnica y regional, miseria, soledad, silencio, son las espuelas ascéticas que requiere un carácter fuerte. ¡Si la energía estéril consumida en las luchas civiles se hubiese empleado en la exploración del suelo! Entonces conoceríamos Bolivia en su entrañable realidad—suelo, raza, cultura — y conociéndola seríamos los dueños efectivos de nuestra inmensa heredad y los señores de su destino. ¡Viajar, viajar! Necesitamos criaturas de voluntad, viajeros incansables. El día que el valluno sepa cómo vive el llanero, el día que el llanero conozca cómo reacciona el hombre de las punas, el día que el montañés se entere de la psicología en los llanos y en los valles, ese día estaremos en los umbrales de un conocimiento nacional. Dinámica de aventura será pues un moverse dentro del propio y extensísimo solar; una marcha hacia adentro. Bolivia debe conocer Bolivia. Con riesgo, con tesón, con sacrificio; porque avanzar y aprender y hacer en un país nocturno, es tarea más dificultosa que prosperar dentro de las naciones diurnas, donde la acción humana se simplifica por la máquina y la técnica. Viajar, aprender, enseñar y aplicar lo que se aprende; como viajaba, aprendía, enseñaba y aplicaba lo aprendido Alcides D'Orbigny, el sabio francés que conoció Bolivia mejor que los bolivianos, porque supo recorrerla y padecerla en largos años de aventura científica, cuando viajar por ella era todavía una brava hazaña.

¿Cuál será el arquitecto juvenil? El hombre integral que pide la vorágine contemporánea: osado, aventurero, consciente de su fuerza, responsable por sus actos, infatigable en su adecuación al cosmos dinámico que habita. No precisamente el triunfador, sino el emprendedor de su proeza, si por proeza entendemos la transformación del ideal en realidad. Aventura ha de entenderse como llamado a la acción. Aventura es esa vibración secreta que impulsa a desconfiar del nombre, que aleja del alero paterno, del empleo burocrático, del respaldo económico y social, para buscar el fortalecimiento del carácter en solitario aprendizaje. Aventura es uno que sale del montón para decir su verdad; el que busca el peligro porque se avergüenza de lo cómodo y lo fácil. La aventura que nuestra juventud requiere no es una marcha de audacia hacia el poder, sino un lento y duro aprendizaje de saber. Saber práctico, saber directo, elaborado en el gran libro de la naturaleza: aprender a conocerse, para saberse organizar. Avizorar, explotar, removerlo todo, cada cual dentro de su pequeña órbita individual, insatisfecho siempre con lo hecho, porque no hay superación sin descontento. Bien mirado, lo que necesitamos en una muchedumbre de inconformes — no de resentidos — capaz de poner en marcha esta nación dormida con su fe, con su intrepidez, con su tesón. Aventureros del ideal, aventureros de la acción, no por recurso desesperado del fracasado social, que es la forma más baja de aventura, sino por dinámica de empresa, por voluntad de riesgo y creación, por sentimientos de responsabilidad moral en un país que exige mayor rendimiento a los mejores. Y no se piense que la aventura es patrimonio de caminantes y pioneros; también el sedentario hará su parte, porque el pensamiento es un modo de la acción.

Un extraño, un extraño inteligente que viniese de fuera, preguntaría asombrado del sopor nacional: “¿Pero qué esperan ustedes? ¿Por qué no se movilizan sobre esta inmensidad geográfica? ¡Muévanse, hagan algo, concierten sus esfuerzos!” Esta es, en el fondo, buena parte del drama nacional: estancamiento fisiológico, incomunicación interna, molicie espiritual. Apenas se comprende que nación intrínsecamente tan rica, sea potencialmente tan pobre; y es que el retraso colectivo proviene de la indiferencia y el desorden de las vidas individuales. ¿Debe la comprobación de este hecho sumirnos en el desaliento? ¡No! De pueblos más retrasados, surgieron mayores naciones. De orografías más adversas, comunidades más armónicas. De sueños más pesados, acciones más ligeras. ¿Qué aguardamos? La voz de mando ha de venir de adentro. Bolivia será una nación en marcha, el día que cada uno de sus hijos salga al encuentro de su propia aventura personal: despertar, despertándose; hacer, haciéndose; mejorar, mejorándose. ¡Todos inconformes! Porque nadie puede estar satisfecho de sí mismo en esta trágica agonía de montañas, donde la piedra parece atraer y detener la voluntad. ¡Todos inconformes, activos y resueltos todos! Cada cual piloto de su ruta. Acaso así alcancemos la estabilidad nacional, por el camino humilde y austero de una realización individual. No importa lo que se haga; hacerlo bien. Y cuando cada cual se haya movilitado hacia su propia perfección, una muchedumbre en marcha saldrá al encuentro de la patria que conquistaron nuestros abuelos, que usufructuaron nuestros padres. Y que a nosotros tocó padecer y rescatar en un presente adverso.

El mundo actual pertenece al entusiasta-dinámico: el que quiere hacer cosas. Al ideal del joven-águila que se desprende de la leyenda lawrenciana: voluntad de independencia, ansiedad de horizonte, pasión de altas empresas a costa de los mayores sacrificios. Y el alma siempre insatisfecha, porque el verdadero hombre de acción se templea en la discordia con el mundo, pero jamás termina la guerra civil de la conciencia.

Bolivia necesita almas ardientes, voluntades intrépidas, para subsistir como nación. ¡Alzaos de la conformidad y de la holganza! El mundo quiere ser conquistado; todos los días hay que descubrir el mundo. Que el espíritu de aventura despierte las almas y encorajine las voluntades, Una cruzada territorial toca a nuestras puertas; nuestra heredad inmensa pide acción. Necesitamos almas jóvenes y energías, que organicen su morada nacional con la misma pasión que la conozcan y recorran en sus modalidades regionales. ¡A conocer y padecer la patria, para rescatarla en el deber de cada día! Y cuando la juventud boliviana sea una muchedumbre en empresa de aventura, la nación estará saliendo de sí misma.

THUNUPA MORAL DE SACRIFICIO

Pero aún falta lo más arduo: la moral de sacrificio.

A la pregunta del adolescente que interroga: "¿qué es la patria?", sólo cabe una respuesta: "¡mira en ti: ésa es tu patria!" No son los hombres espejo de las patrias sino las patrias reflejo de sus hombres. Somos pequeños porque somos flojos. Practicamos el principio táctico del civilizado: buscar la línea de menor resistencia, para obtener las mayores ventajas a costa del menor esfuerzo. El dinero no es un medio para elevar al hombre, sino un fin en sí, un instrumento de poderío y de holganza, encargado de aminorar sus fatigas y de aumentar sus placeres. Nuestra debilidad nacional arranca de una moral colectiva de utilidad y de confort. Aburguesamiento, burocracia, pereza, son las tres plagas del carácter nacional; es la moral de la comodidad, que enerva y corrompe juventudes. Nos falta el idealismo del poeta, la intrepidez del pionero, voluntad de movimiento y de combate. Debemos alzarnos más que contra un estado general de molicie y chatura espiritual, contra ese espíritu de comodidad que roe lentamente al boliviano. Necesitamos una empresa de fe, una dinámica de aventura, un impulso de renovación. Abrirse paso no por el punto más débil, como lo practica una moral utilitaria, sino por la línea de mayor resistencia, la que buscan las almas abnegadas, porque saben que la verdadera victoria es hija de la dificultad y del esfuerzo. Necesitamos una moral de sacrificio.

Bolivia es un punto ardiente y lejanísimo, hacia el cual avanzamos todos partiendo de infinitos puntos geográficos, como convergen los radios al centro de círculo. Toda una vida es corta para marcha tan extensa. Cada camino como cada caminante: distinto y solitario. No importa lo que hagan los demás, si uno cumple honradamente lo suyo. Avanzar, avanzar sin tregua, venciendo obstáculos, devorando leguas, rechazando dudas, soportando castigo y sufrimiento. Como la muchedumbre de las aves en el "Mantic-Uttair", muchos sucumbirán por el camino, en pos de Simourgh, el ave maravillosa que conoce el secreto de la unidad divina y de los seres. Pero habrá una aurora de gloria, una de esas auroras que el Upanishad reserva para nosotros, para nuestros hijos, o para los hijos de nuestros hijos, en que millares de caminantes fatigados llegarán al punto que perecía ardiente y lejanísimo, y asomándose a su borde como al brocal de un pozo inusitado, se reconocerán en el espejo de sus quietas linfas: porque patria es la marcha de todos en la búsqueda incesante de uno mismo. Y quien quiera patria digna, se ha de aniquilar primero en el misterio de la servidumbre voluntaria y de la salvación por el dolor.

En un país donde todos quieren mandar y usufructuar, se necesita arquitectos de almas que rehuyan la insensata pedagogía de acrecentar al hombre físico en desmedro del hombre espiritual. Desconfiar del orgulloso y del violento, del cacique y de la espada, porque nunca de pequeñas pasiones salieron grandes causas. Volver los ojos al varón de entereza y de virtud. Exaltar en los que llegan, el genio de la verdadera juventud: pasión de ser y hacer comenzando por la pureza de conducta. Aspirar — como aspiraba Hölderlin — a una humanidad más alta por la elevación de cada cual.

Hay una desviación moral en la vida moderna. Se nos enseña ciencia mnemónica, conocimientos técnicos, prácticos administrativa; pero nada que permita pensar y proceder con rectitud. La eficiencia ha sustituido a la virtud, la moral utilitaria a la moral de formación espiritual. En el hemisferio sud, con raras excepciones, capataces y mandones hacen las veces del estadista. ¿Cuántos distinguen entre mandar y responder por ese mando? Muy pocos. Y el alma, en esta inmensa pugna de apetitos ¿cómo encontrará su propia jerarquía? La sociedad moderna no se cura por casos de conciencia. ¿Qué puede importar un alma a millones de seres empeñados en la lucha mortal de cada día? Y este es, no obstante, el nudo del problema: la sociedad se desintegra por falta de una estructura moral, de un principio de orden y de amor que dé sentido a sus manifestaciones exteriores. El derrocamiento de los valores espirituales, ha traído consigo la confusión social. Si aspiramos a restablecer el equilibrio entre hombre y mundo, aquí y en todas partes, debemos comenzar por enseñar virtud antes que administración; porque no hay saber positivo, saber práctico y estable, como recuerda Max Scheler, donde no hay previamente un saber de salvación.

Busquemos, formemos al " hombre de hombres" de que habló el poeta: fiel a su deber, a la amistad, a la pureza victoriosa de un ideal o de un amor lejano. El conquistador de su propia grandeza, aquel que considera la vida como una cruzada contra el mal, que hace de la debilidad una aspiración a la fuerza, y de la fuerza una responsabilidad indeclinable. El juez implacable de sí mismo, el protector de los demás. El insurgente, el resurgente, el que toma sobre sí la propia carga y comparte las ajenas. El héroe, en fin, en el sentido más noble y duradero: el que sirve, con olvido de la gloria y del dinero. Se dirá que este tipo de hombres casi no existe en Bolivia. Es verdad; por eso Bolivia subsiste apenas en el concierto de las naciones. Mas la salvación comienza por el reconocimiento de la verdad; y por uno que se salve, se rescatarán millares.

¿Cómo fortalecer a las conciencias mozas? Por la probanza de la virtud en la historia. Por un Linares, por un Frías, por un Campero, hay siempre diez mil bellacos. Bolivia es ese Linares, ese Frías, ese Campero; quedan su ejemplo, su obra y su zozobra. De los bellacos ¡nada! Y no importa que los más vivan en la holganza y el desorden si algunos son capaces de heroísmo y de humildad.

Hubo un tiempo en que el pionero norteamericano fue arquetipo de juventudes; representaba la energía dinámica, la astucia sabia, la voluntad incontrastable de ser y de poder. Contra ese varón osado, utilizado, alzó Rodó la imagen diáfana de Ariel, el genio de la razón serena, del idealismo delicado. Ambos corresponden a etapas superadas de evolución social. Del pionero surgió una gran democracia industrial. Del arielismo su antípoda; la pasión de soñar y de pensar con belleza, el sentimiento estético que ha hecho de pequeñas naciones centros de inquietud espiritual. Más no habitamos hoy el mundo primitivo y desbordante del pionero, ni la morada armónica del soñador. La era atómica, la civilización que ha hecho de la mecánica y de la biología los instrumentos más poderosos para el sondeo del hombre y la expansión del orbe que lo contiene, piden hoy algo más que el coraje del pionero, algo más que la pasión del soñador. Crecieron tanto las fuerzas, se han complicado en tal forma las actividades del civilizado, que espíritu y voluntad naufragarían si no buscaran el contrapeso de su mutua oposición. Los pueblos piden hoy varones justos y resueltos, activos y conscientes; ese tipo combinado de padre de familia y de estadista, a la manera rooseveltiana, que vela por las muchedumbres como velarían por sus hijos. El idealista-práctico, aunque suene a paradoja, que hace de sus sueños una edificación exterior, y de sus empresas materiales un riesgo espiritual. El hacedor de patria, activo y responsable por todo cuanto emprende. Ni energía pura, ni descabulado sueño; la visión lúcida de una severa realidad, que exige a los mejores el mayor rendimiento en el esfuerzo y el celo más extremo en el propósito. El nuevo precepto délfico reza así: "¡como tú seas, será ella; como ella sea serás tú!" Una moral de sacrificio debe reemplazar a la moral de utilidad que nos enardece y desgasta estérilmente. Una siembra de amor al instinto de odio que nos consume. Un principio de disciplina y de sometimiento mutuo, al caos convulsivo en que nos debatimos.

"No somos moradores, sino caminantes"— dijo Pablo —. Y toda vida es un camino de perfección. Pero el triunfo no es del que espera, sino del que avanza y desespera, porque en la búsqueda angustiosa está la salvación. Contra la vida opaca, la vida intensa. Contra la quietud que refleja, la inquietud que espolea y exalta. Contra la modernización, el fervor. ¿Cuál será nuestro camino? Cada uno persiguiendo la verdad de sus sueños: regresando con el sueño de su verdad cada uno. Las nueve furias que desgarran el cuerpo nacional no vienen allende las fronteras: son plantas autóctonas que brotan del suelo que las genera y reproduce. Debemos luchar contra el recelo, pasión de ensimismados. Contra la clausura de las almas, que decreta la aversión de las regiones. Contra el espíritu de encono y de venganza. Contra el afán divisionista. Contra la crítica injusta que deprime y extenua. Contra el desorden colectivo, factor de dispersión. Contra la irresponsabilidad individual. Contra el resentimiento — flor de pueblos enclaustrados — que no pudiendo llegar a la fricción abierta con el mundo, se hiere y se desgarran en el combate crudelísimo de sus propias criaturas. Necio el que diga: "Bolivia es el pueblo elegido de Dios". Infeliz el que afirme: "Es la nación condenada a desaparecer". Entre la excesiva afirmación y la negación desesperada, sólo cabe la ponderación nacional: "Bolivia es el espejo de los bolivianos". Levantémoslo, levantándonos. Si la primera centuria republicana fue un fracaso, la segunda puede ser un ascenso. El secreto de un resurgimiento nacional no reside en los programas políticos, cuanto en la revolución de los espíritus, cuando cada uno consciente de su deber actual y de su responsabilidad futura, erija con su conducta esa norma moral que hace la fortaleza del conjunto. Hombres: he aquí lo que Bolivia necesita. Pero hombres de verdad, que hagan el aprendizaje de la

varonía por el dolor consciente, por la acción metódica y constante, por el sacrificio deliberado del sensualismo reinante al cumplimiento del deber.

Desde el tiempo lejano de los abuelos y los bisabuelos, nos fue donada una imagen de la patria en el raptó tres veces poderoso de la sangre, del fuego y de la selva. Diosa augusta de la constancia inquebrantable, nuestra enseña tricolor toma de la vida la fuerza de la sangre; del alma un impulso ascensional de llamarada; de la naturaleza un ondular de selva oceánica. Y esa triple majestad del rubí, del topacio y la esmeralda flamea al viento libre del Ande envuelta en el milagro de un cielo tan puro y tan profundo, que se diría a un tiempo mismo el mar azul de una quimérica esperanza, y el sueño intacto en que se transparentan los cristales. ¿Qué nos pide tan serenísima hermosura? Un poco de fe, otro poco de valor. Una norma de austeridad en el pensar. Una moral de sacrificio en el hacer. Ser hombre es, precisamente, ser responsable. Y que cada cual sea digno de servidumbre a tamaña majestad. El oficiante de su enseña, será el forjador de su nación.

Un heroísmo humilde, que sirve sin aguardar recompensa. Un amor que no flaquea. Un hacer que no pregoná. Son la triple coraza del guerrero. Pero el caballero haciente de la época moderna, apenas difiere del andante caballero medieval. Por ni Dios, por mi Rey, por mi Dama — dijo el antiguo paladín. Por mi Fe, por mi Patria, por la Dama-Conciencia — responde el adalid contemporáneo—. No es tanto un querer mandar, cuanto un saber servir. Y en verdad sólo se salva el buen caballero, el siervo fiel, aquel que lo entrega todo a su conciencia y a su patria, para aniquilarse finalmente en la grandeza y en el júbilo de Dios Nuestro Señor.

THUNUPA DESIGNIO

"Samiri"... dulce y fuerte hechizo aimára. ¿Qué nos dice en su soplo auroral la palabra "Thunupa"?

Thunupa es hoy el espíritu evocador del pasado, superador del presente, augur del porvenir. Despierta, ordena, impulsa. La "khoragua" del profeta despide un dardo de traquita que rebota de corazón en corazón. Todo aquel que siente el roce o adivina el paso del divino proyectil, se pone en marcha hacia una verdad mayor. Porque Thunupa es el deseo de ser mejor, el anhelo de una dicha responsable. Es el fervor con que enterramos nuestros muertos, la solidaridad que nos ata a los actos de los vivos. Thunupa es el espíritu de sacrificio, la virtud de generosidad, el olvido de las injurias y los yerros. Es aquel sentimiento responsable que un día cogerá al indio desde la cuna para levantarlo al nivel del ser civilizado. La fe en el mestizo desordenado de hoy, que será la fuerza disciplinada de mañana. El severo rigor que exige a las clases cultas el más alto rendimiento y la responsabilidad mayor. Thunupa es la tesis unificante del gran mestizo, sobre todas las pretensiones disolventes de raza, de clase, y de facción. Thunupa invoca el espíritu de lucha y disciplina, contra un pasado de molicie y de anarquía. Thunupa es el "samiri" de los varones que hacen patria partiendo del hondón de la conciencia. Thunupa es la pasión de crear entre montañas. Thunupa es el deber.

No todos le comprenden. No todos escuchan su mensaje. Pero las almas jóvenes y osadas, las almas inconformes, las intrépidas almas que buscan la verdad entrañable del suelo y de la raza, recogen en sus horas de vigilia una voz ternísima que sube como la flecha del árbol siempre en tensión de altura:

—Yo soy Thunupa, el profeta abolido que combatió a los "thaliris" del antiguo poder sacerdotal. Yo soy Thunupa, el "mallku" resurrecto del tiempo nuevo. Y a vosotros digo, hombres de fe: haced vuestra tarea, yo haré también la mía. Amad esta patria dispersa, luchad por merecerla unida. Primero el gobierno de las almas, después la arquitectura del Estado. Por cien que desfallezcan, uno llegará. Si falta un adalid ¡hay que formarlo! Acaso la pasión de todo un pueblo, fabrique la grandeza de su guía. ¿Soñáis la patria grande? Grande será vuestra tarea, duro el camino. Cada cual tolerante con los demás, será inflexible para consigo mismo. Alzaos de la inercia y de la envidia. Mas no emprendáis la batalla contra el mundo, sin antes librar el combate solitario del espíritu, porque hacia dentro va el camino misterioso. Tan pura como la fe, la disciplina. Tan fuerte como el deseo, la obra. No hay patria perdurable sin ánimo esforzado; y puesto que las patrias son acciones y pasiones de las almas, dejad que el alma envíe al mundo la luz de su celeste disciplina. ¡Mirad en vosotros mismos: ésa es la Patria! Yo soy Thunupa, el Inconforme. El que salvó

la fe de los desastres, el que templó vuestras victorias, el que cargó con las miserias y los yerros, la estrella de los resurgimientos nacionales. Padre de Bolivia en su remoto origen, soy a un tiempo el Hijo de su infortunio y su estoicismo. Y la Paloma Mística que santifica en el tiempo la duranza de esta joven nación extraordinaria: tan pequeña, que todos se llevaron jirones de su túnica; tan grande, que nada pudo destruirla, ¡porque un designio altísimo buscó la pesadumbre de la cumbre, para esconder el corazón de un continente!

1947

SCHILLER: ARCÁNGEL DEL IDEAL

A todo pertenece lo que piensas;
solamente es tuyo lo que sientes.
Si debe ser tu propiedad, siente,
pues, el Dios que piensas.

SCHILLER

PRELUDIO

Se dice que la tragedia del artista es no poder realizar su ideal. Pero la verdadera tragedia que sigue los pasos de muchos artistas —firma Sthendal—es que lo realizan demasiado plenamente. Pues el ideal cumplido queda despojado de su misterio y maravilla, y se convierte, simplemente, en un nuevo punto de partida hacia otro ideal.

Es el caso de Schiller, el que quiso vivir lo eterno en lo fugaz. Siempre inconforme de la grandeza de sus sueños, satisfecho siempre por la elevación de su quehacer. Vida y obra cumplen en el gran alemán órbita análoga: van de ascenso en ascenso, rectas, llameantes, como espada de virtud. Si el hombre se educa bajo el sol de la perfección moral, el artista se baña en la luna trágica de la voluntad y del destino, maestros enmascarados de la vida. La fusión tan difícil, y por lo mismo tan extraña de hombre y artista, se realiza en él con naturalidad encantadora.

Es el poeta de la juventud. El revolucionario de las ideas. El tierno amigo de la naturaleza y de los corazones.

Podemos aspirar a escribir como Goethe, a mandar como Federico el Grande, a ver la historia con la visión mayestática de Mommsen; pero quisiéramos “ser” Schiller. Porque en el plano ético, en la escala de valores estéticos, no hay artista tan penetrado de su misión ennoblecedora ni alma tan consciente de su dignidad humana. Es el arquetipo del artista creador.

Más que un poeta alemán es un genio universal. Su vida corta y activísima es un mensaje de fe. Romántico, rebelde, generoso, pinta el mundo, idealiza el arte. Juventud y madurez no se cansan de aprender su lección: fue un maestro de sana varonía. Luchó sin tregua contra la injusticia y la ignorancia. Removió tantas ideas, sacudió tan hondo a los hombres, que uno de sus biógrafos pudo decir estas palabras, que podrían servirle de epitafio: “A Schiller lo sorprende y abate la muerte de pie. Así acabó sus días este hombre a quien, ni en energía, ni en valerosa voluntad, nadie ha llegado a superar”.

Esta voluntad es la virtud mayor del gran poeta: supo ver, supo conmover. Transcurrió el mundo con tal realismo y belleza, hirió las cuerdas del alma con tan fina pulsación, que todo aquel que ama su sueño y quiere dar sentido a su vida, se va, anhelante, detrás del visionario maravilloso. Enseña, subyuga, eleva y apacigua. Transmutó el dolor en alegría. Pintó la tempestad de las pasiones con genio grave, sombrío, pero supo cruzarla con rayos fulgurantes de amor y de belleza. Y nos entregó la clave de toda juventud en este verso inmortal:

¡Volad, volad con alas temerarias!

Hablemos, pues, de Schiller: Arcángel del Ideal.

PÓRTICO

Tamayo, nuestro Tamayo, cuya altura tanto debe a la “Alemania hiperbórea de los ojos azules”, tiene dos septetos homeopáticos en su *Scherzo sinfónico*, en los cuales define a dos de los mayores genios germanos:

Dice de Goethe:

*Su horóscopo sin dolo
Se trazó en rúbricas
Olímpicas y lúbricas
D' Hermes y Apolo
¡Hado sin nombre!
Si no era un dios por poco
Fue todo un hombre*

Dice de Beethoven:

*jamás dolor más noble
Vibro en la fibra!
¡Así insonoro vibra
El alto roble!
Era Beethoven
Dolor siempre sonoro
¡Y siempre joven!*

No ha compuesto Tamayo un septeto especial para Schiller. Pero en sus *Nuevos Rubayat* hay un cuarteto que podríamos aplicar a este poeta: y dice así:

*Tendida como un arco el alma tuve
Y un deseo como águila que sube.
Partió la flecha y se perdió en el aire.
Tendióse el ala y se escondió en la nube.*

¿Por qué he buscado la triple relación simbólica entre almas tan sublimes?

Beethoven es todo el arte, Goethe el mundo todo. Entre mundo y arte polariza Schiller su fuerza creadora. He aquí un pensamiento genial del autor de *Wallenstein*, que parece sintetizar la estética de los otros dos gigantes:

*Tan sólo por las claras puertas de la belleza
entrarás en el reino de la sabiduría.*

Toda la ciencia del dolor humano está en el solitario de Bonn. Toda la sapiencia de la persona, en el hombre de Weimar. Schiller, voluntarioso, idealista, transfigurador de la realidad, es el tercer hermano en la trinidad heroica de los semidioses alemanes. Sin la delirante sabiduría goethiana de la vida, sin el profundo “pathos” atormentado beethoveniano, no se comprende bien el genio dichoso y dolorido a un tiempo del creador del *Don Carlos*.

Beethoven: la voluntad. Goethe: la inteligencia. Schiller: el sentimiento. ¿Quién se alzó más alto y más lejos? Difícil decirlo. Yo quiero verlos así, no separados. Porque sólo en la aproximación de estas tres cimas augustas podemos comprender la grandeza y pesadumbre del genio tudesco, todo hecho de inteligencia, de voluntad, de sentimiento. *El Fausto*, *el Wallenstein*, *la Novena*, son los tres dramas representativos del espíritu moderno.

No hay genios solitarios. El grande es más grande todavía entre grandes. Así quiero ver a Schiller: resistiendo victoriosamente la presión de los dos titanes del siglo XVIII. Diurno, apolíneo el uno; nocturno, dionisiaco el otro. Dijérase las estatuas del Día y de la Noche, talladas por las garra de Miguel Ángel, para ornar el sepulcro de quien creía en la belleza divina del mundo, a pesar del sufrimiento y del dolor.

Algún día se hará el estudio comparado de los tres ilustres. Se comprenderá su eterna vigencia, su perenne modernidad. He buscado el amparo de las sombras protectoras de Goethe y de Beethoven para hablaros de Schiller, porque juntos fueron los tres mayores revolucionarios en la historia de la cultura europea. Y para los tres rige este pensamiento schilleriano:

Es poco probable que tenga tiempo de acabar en mí, la grande y total revolución de mi espíritu.

Veamos, ahora, la vida y la obra de Federico Schiller.

MARCO

¿De dónde viene Schiller? Viene de una edad de oro. Del siglo XVIII, siglo de las luces, acaso la centuria más dichosa que el hombre conoció, porque creyó pisar el umbral de la verdad. Es la época radiosa de la Ilustración. El hombre se siente hijo de la razón, padre del progreso. No existen trabas a su genio ni límites a su ambición. El ideal del bienestar universal se impone. Ética y conocimiento se dan la mano. Ciencia y literatura se miran cenitales. El imperio de la conciencia, la armonía de la sociedad, el perfeccionamiento del hombre, son metas accesibles. Humanismo y Reforma desembocan en la sobreestimación del intelecto. Es el tiempo de la cultura activa, de la ciencia ufana, de la filosofía trascendental. Nunca el hombre se sintió más seguro de sí y de su porvenir. Época armoniosa a la que parecen aludir estos versos de Schiller:



La Puerta del Sol, en Tiwanaku, clave del pasado mítico que el poeta atisba en versos relampagueantes.
(Foto Cordero)

El reino de los espíritus y la máquina del universo marchan hacia su meta movidos por una sola rueda.

Escribir no era, entonces, sólo misión de belleza o particular regocijo. Había que convertirse también en paladín de la humanidad, uno que aspira a elevarse y ayudar a elevarse a los demás. Los apasionados y rebeldes del “Sturm und Drang” son únicamente una expresión nacional de la conciencia europea, toda ella orientada a la mudanza. Vivir es pensar y luchar. Combate y pensamiento llevan a la felicidad. La Ilustración. ¡Qué panorama embriagador!

Y para coronar época tan hermosa, poetas, sabios, pensadores, tienen frente a sí al gran antagonista: el absolutismo declinante ya, pero todavía poderoso, que les dejará ejercitar sus energías creadoras en la batalla por un mundo mejor.

Shaftesbury, nacido en el siglo anterior, influye en el XVIII con su ética del hombre excepcional. La filosofía de Locke abre campo al liberalismo. Hume, escéptico moderado, estima que la verdad sólo se ha de encontrar en las matemáticas y en la experiencia. Diderot sistematiza el estudio de los conocimientos. Voltaire reduce la metafísica a moral: la conciencia es la verdad necesaria. Rousseau, filósofo sentimental y naturalista, influye en la joven Europa con sus ideas precursoras del socialismo teórico. Leibniz, llamado el “Padre de la Ilustración” por la amplitud y profundidad de su saber, plantea que habitemos el mejor de los mundos posible. El idealismo crítico de Kant da nueva fundamentación a los estudios filosóficos. Lessing y Winckelmann sientan las bases de la estética científica. Herder instaaura la filosofía de la historia en ciencia del espíritu. Y la sombra de Goethe, poderosa y magnánima, se proyecta como prototipo del saber y producir.

Esta revolución espiritual, sólo al finalizar el siglo conmueve la sociedad europea. La Revolución Francesa cierra una época y abre otra. Pero antes de ella el poeta puede cantar:

*Como el hijo maduro de los tiempos.
Libre por la razón y fuerte por la ley.*

En ese siglo de las Luces, llamado también el siglo de Federico; en esa centuria donde libran su mayor encuentro reacción y revolución; en ese paraíso de las ideas, que ha de engendrar la tormenta política y social del XIX, ha de actuar Federico Schiller, criatura de Alemania, hijo de Europa, ciudadano del mundo por la universalidad de su genio y el vuelo tempestuoso de su fantasía.

HOMBRE

Corta fue la vida de Schiller. Nace en 1759, en Marbach; muere en Weimar en 1805. Sólo alcanza a vivir 46 años.

Su niñez transcurre en Lorch; su juventud en Ludwisburg y en Mannheim; después reside en Leipzig y en Weimar. Delicado de salud, fuerte de espíritu, sobrelleva un destino adverso que sólo en la última época se torna favorable. Estudia milicia, leyes, medicina. Es amigo de Goethe y de Humboldt. Profesor de historia en Jena, se revela esteta es su revista *Las Horas*, y crítico mordaz en *Genios*. Wieland, Winckelmann, Herder, Goethe son sus maestros. Abraza la historia, la filosofía, la estética, el ensayo, con renovado vigor. Comienza poeta y termina dramaturgo. Polemista y reformador, se interesa en todos los problemas de su tiempo. Investigación y fantasía son los dos polos de esta mente lúcida; arte y estudio, sus metas memorables.

Alma idealista, desde la mocedad planta su pendón de lucha. Dice en su poema *Anhelo*:

*Has de tener fe y audacia
Que los dioses no dan eso.*

Luego en *La Canción de los Jinetes*, ágil, rítmica, saturada de belicosidad, expresa su concepción heroica de la vida:

*Tan sólo el que la muerte desafía
Solamente el soldado es hombre libre.*

Bondadoso en la vida privada, intransigente en la amistad; se torna rebelde e irrespetuoso en cuanto concierne al arte y a la sociedad. Era tan inquieto, tan extremadamente sensible, tan desarmónico de temperamento, que Goethe, a pesar de profesarle profundo afecto, confiesa: “Estaba en constante movimiento y no conseguía fijarse. Yo tenía que hacerme una fuerza enorme de resistencia para soportarlo”.

En 1790 casa con Carlota Lengefeld, compañera amante y comprensiva que lo hace dichoso. A los veintitrés años publica *Los Bandidos*, su primera obra dramática, que los malquista con la corte y los ricos. *El almanaque de las musas*, donde aparecen sus epigramas, y su revista teatral *Reinische Thalia*, le valen los primeros enemigos. Finalmente, ambas publicaciones fracasan. Schiller tenía —sostiene María Schmitt— en sentido trascendental, bíblico, de la justicia, unido a una rebeldía ingénita contra la imperfección ley humana. Vive pues, luchando con todo y contra todos, porque todo le parece mal.

Es el revolucionario del alma, como lo ve Prampolini. Su tono profético de maestro y apóstol, aunque a veces tendencioso, era siempre noble y elevado. Apasionado. Elegido ciudadano honorario de la Revolución Francesa, por la forma como cantó a la libertad, rompe con ella cuando del trance heroico pasa a la violencia corruptora.

“Si grande fue la intensidad de su pensamiento, acaso mayor el fuego de su espíritu”, afirma otro de sus biógrafos. Podemos imaginarlo a través de sus obras, como un atleta olímpico que quiere reducir el mundo a cenizas para reconstruir otro mejor sobre sus ruinas.

Su vida habla a la conciencia, su teatro al corazón. Idealista y moralista valen cuanto poeta y pensador. El hombre es tan grande como el artista. Schiller mismo se define en dos frases geniales.

Dice sosegadamente:

Amo la gracia tranquila de la obra de arte perfecta.

Luego se indigna para proferir:

*La oposición radical que alza todo mi ser
contra la época y contra todo lo mediocre.*

Es el escritor con mayor conciencia social de su tiempo. Demoledor, renovador, su pluma está al servicio de la humanidad. De aquí su permanente actualidad.

Dithey sintetiza magistralmente esta vida admirable: "Hay temperamentos que sólo saben marchar erguidos. Schiller es el hombre erguido, erecto, que se alza como una llama. Esta imperiosa majestad de su alma hace que sienta su potencia creadora. La impresión fundamental de su espíritu es la grandeza".

Esta vida transcurre en la gigantesca lucha del deber. Su trabajo activo y tenaz no decae un instante. Una dura firmeza embellece esta existencia consagrada al bien, a la verdad, a la belleza.

En su poema *Fiesta de Eleusis* el poeta define este magisterio de la conducta.

*Y solamente por sus nobles hábitos
podrá ser poderoso siendo libre.*

Y en los versos fulgurantes de *Don Carlos*, dice del Marqués de Posa, personaje que es la sublimación del hombre Schiller:

*Su corazón palpita por la humanidad entera,
por el mundo y las razas futuras.*

Así debemos recordar a Schiller: severo y bondadoso a un tiempo mismo. Tranquilo y profundo en sus sueños; vehemente, atormentado en sus luchas. Dulce para el amor y la amistad, riguroso en el estudio y en la crítica. Bañado en el oro de los días, recorriendo solitario bosques y colinas; o sumido en el ébano de la noche en pos de los enigmas de la incomprensible naturaleza. Como hombre digno, respetable. Como artista imponente, venerable. La substancia angélica de la poesía, en pugna con el arrebatado demonio del drama. Adalid del ideal, de la libertad, de la suprema dignidad del hombre. Irradia el heroísmo de la virtud cotidiana, que es el más difícil de los heroísmos.

Afirma un pensador que la forma de la vida de Goethe es el círculo, una línea cerrada, completa, que abraza todo su ser, una eterna vuelta a sí mismo. Yo diré que la forma de la vida de Schiller es la flecha, una línea que sube, siempre en tensión de altura, que alza el espíritu y lo remonta más allá de sí mismo. La partida infinita.

POETA

Schiller es uno de los mayores poetas de la lírica occidental. Señoreó las formas poéticas: balada, oda, ditirambo clásico, poema rimado. Majestuoso, elocuente en las descripciones, logra también el estilo ajustado y lapidario. Como cuando expresa:

¡También lo hermoso debe morir!

El vate alemán parte del naturalismo filosófico y va hacia el más alto idealismo-moral. Es —cosa difícil— un cantor didacta y un mago del sentimiento. Dijérase que música y matemática rigen sus versos. La idea noble y la forma bella son connaturales a su espíritu. Para unos su poesía filosófica supera a su línea amorosa. Para otros fue príncipe del poema descriptivo. ¿No es *El anillo de Polícrates* una joya de poesía narrativa? Sus baladas frescas, de ternura indecible, transcriben los tesoros del reino emocional. En su *Canción de la campana*, en la que ha querido ver una representación simbólica del suceso humano, tiene el poeta hallazgos expresivos. Dice así:

*¡Firme como la tierra está la casa
ante el poder de toda desventura!
.....
El adorno del ciudadano, es el trabajo.
.....
Que su boca solo se consagre
A las cosas eternas y elevadas.*

¿No se dijo que poesía es imagen, símbolo, metáfora? Oíd estos versos de Schiller:

*Y discurren los años como flechas.
.....
Y el suave oleaje de los trigos.
.....
Se desliza el verde juego de las centellas del río.*

Cierto que versos fragmentarios no dan idea de la armoniosa arquitectura de un poema. Pero el poeta alemán es tan concentrado de pensamiento, de forma tan depurado, que aún módigo y breve deja entrever la potencia conceptora de su inteligencia, el juego rítmico de las imágenes. A través del verso aislado, aristado, que se desprende del poema-madre, su imaginación brilla siempre joven, hermosa siempre.

Escuchémosle. Aún así, distante, apenas entrevisto, aminorado en la traducción, es el arquero divino de la belleza. Canta el *Paseo*:

*Salve, azul, lleno de calma, que te extiendes sin medida.
.....
Mientras la piedad eleva la piedra a vida más alta.
.....
Bajo los mismos azules y bajo los mismos verdes
Vagan juntas las remotas y las cercanas progenies,
Y mira, para nosotros, ¡también ríe el sol de Homero!*

En los *Dioses de Grecia* hace un elogio del mundo pagano tal vez no superado. Con frase alada nos hable de:

*Las bellas danzas donde se revela el espíritu.
.....
La multitud serena de los dioses antiguos.
.....
¡Oh magníficos seres del reino de la fábula!
.....
Maravillas extrañas y nunca comprendidas
que llegan a nosotros de aquellos viejos mundos.*

Dicen que oír a Schiller, recitado en alemán es comprender cómo Orfeo, el citaredo, detenía a los ríos y apaciguaba a las fieras. Tiene la poesía embrujos y delirios que alcanzan los remansos nocturnos de la música. Pero es en *Los artistas* donde el genio culmina. Su lectura, como apunta Humboldt, revela que Schiller estaba enlazado del modo más íntimo con el pensamiento en todas sus cumbres y profundidades. Es el canto de la vocación más noble y más hondo que ha escuchado el hombre. Este platónico que como el padre de la filosofía identifica el ideal con la belleza perfecta: este soñador, para quien la naturaleza misma es solamente una idea del espíritu que no cae jamás bajo los sentidos; este rebelde que con su *Himno a la alegría* dio a Beethoven el tema final para la más grandiosa de sus sinfonías, llega en *Los artistas* a perfecciones increíbles. Y aun así, truncado, en lengua extranjera, sometido al destello fugaz del fragmento, vibra otra vez el milagro que hizo la columna jónica. Canta Schiller:

*Vuela al aire ligero de la vida del hombre
suave, como se comban las más hermosas líneas.
.....
Y el pensamiento el grande y sublime extranjero.
.....
Que el hombre liberado piense ahora en sus deberes,
Que adore la cadena que sus pasos dirige.*

Toda su moral de hombre está en este verso:

Y el hermoso derecho de ser libres.

Todo su orgullo de artista en este otro:

Y en el canto se hicieron eternas las hazañas.

Schiller enciende todo lo que toca. La materia se vuelve espíritu al influjo de su lira. Nada de artificio ni rebuscas pirotécnicas. Todo sale puro, desnudo, de su pluma, como la creación del día primero. El motivo más humilde luce igual que el más elevado tema: sólo hay vibración gozosa en su canto. Poesía es, para él, divinidad. Por ello pudo afirmar —y perdonémosle la exageración en gracia a su sinceridad— que sólo el poeta es el hombre verdadero, y que el mejor de los filósofos a su lado, no es sino una caricatura.

Es el cantor de la verdad, del sentimiento. Su poesía durará lo que el mundo dure, porque resplandece como la naturaleza clara y sencilla, aunque, como ella, sea también honda y misteriosa, incomprensible en sus últimos designios. Esta inteligencia “caviladora y poderosa en pugna con el mundo”, cuyo tono grave brota de una concepción filosófica y a veces sombría de la existencia, cuando coge la fina ballesta de los versos se transforma: su natural melancólico y heroico, reconcentrado, se reconcilia con el destino. Estalla en jubiloso amor a la vida. Se dispara a la lejanía del ideal. Su voz es el canto del mundo, transmitido en himnos poderosos de belleza y de alegría.

Schiller, poeta, es la pasión intrépida sujetada por una voluntad gigante. El coro de mil voces que como en la polifonía de Bach cubre con su juego dialéctico las excelsitudes contrapuestas del arte y de la vida.

Es el milagro.

EDUCADOR

Se ha dicho que mientras Goethe atiende principalmente a la formación de su persona, Schiller se desinteresa de ella para sumergirse en las grandes ideas. Es el auténtico educador de los hombres: menos le interesa el mundo que el espíritu. Si Goethe parte siempre de la naturaleza, Schiller brota del orden moral. No aspira a dominar, sino a servir a la humanidad. Pudo decir de su oficio de artista:

No conozco vocación más elevada y grave que aquella que tiene por objeto regocijar a los hombres.

O estas otras, plenas de contenido religioso:

El cristianismo, en su forma más pura, no es otra cosa que la belleza moral, la encarnación de lo santo y lo sagrado en la naturaleza humana; esto es, la única religión verdaderamente estética.

Buscaba —como lo ha visto el análisis diltheyano— “el ideal de una humanidad en que se reconcilien lo sensible y lo espiritual, para lo cual predica la cooperación entre vida, arte y filosofía”. Quiere una “humanidad bella”. Y esto le hace manifestar que el mejor camino para convertir al hombre sensible racional, consiste en hacer de él, previamente un hombre estético.

Sus *Cartas sobre la educación estética del hombre* tienen vigencia todavía, por la agudeza de sus planteamientos. Influidor por el idealismo kantiano, sostiene que la belleza es un camino que lleva a la verdad, y que los artistas son los mejores educadores del género humano.

¡Poderoso y frágil Schiller, tan potente de pensamiento, tan delicado y tierno en la emoción interior!

Expresa un crítico que era el poeta de las ideas, “un espíritu plasmador que aspiraba a comprenderlo todo y organizarlo en formas armónicas”. Aunque idealismo y materialismo se destrozaban en su mente, pudo vencer del conflicto secular, del pesimismo heroico que no insufla el combate contra el destino, merced a su alma enérgica, que revertía a su propio centro.

Los artistas —irá en otro pasaje— se sienten violentamente replegados sobre sí mismos, y rechazaban los objetos que los rodean.

Por alta que vuele su imaginación, no pierde el sentido de lo concreto, esa pedagogía activa del mundo real que no suele ser patrimonio del soñador. Y el poeta Schiller, el cantor armonioso del alma y del paisaje, el dramaturgo inflamado por la libertad y la ambición, es también el magíster sosegado que nos recuerda que el hombre es, ante, una responsabilidad. Entonces afirma:

La causa responsable de la pérdida del héroe, es menos el destino que el hombre.

Este cuerpo vencido por la enfermedad y la extrema sensibilidad nerviosa, este espíritu azotado por la adversidad, no sucumben como Nietzsche o Schopenhauer al pesimismo radical. Schiller fue protagonista de una doble y trágica lucha: con el mundo que rechazaba sus ideales elevados, con la naturaleza que le impedía el pleno disfrute de la dicha de vivir. No obstante, él es un profesor de carácter, un maestro de idealismo. Jamás se rendirá.

Conoce profundamente a los hombres. Por boca del rey Felipe profiere estas palabras, que valen para siempre:

¿Hay algo que se olvide tan fácilmente como la gratitud?

Mas a poco trecho el idealista vence del escéptico con estas otras, que constituyen su credo moral:

La mayor felicidad: la fe en la virtud del corazón humano.

Hoy es fácil hablar de justicia social. Pero considérese la época en que actuó Schiller, precursor y airado reivindicador de los derechos del pueblo; la audacia con que desafió al absolutismo: el valeroso espíritu civil que opuso a clases poderosas, impávidas, que podían aniquilarlo. Su genio lo salvó. Luchador infatigable, tuvo la pasión de las buenas causas.

Fustiga, polemiza, hace política de gran estilo sin intervenir en militancias partidistas. No transige con la iniquidad ni con el vicio. Parece un profeta escapado del Antiguo Testamento, para imprecicar a una sociedad descompuesta ya en su estructura moral.

Como Sócrates, como Goethe, obedece a su “daimon”. Dice sibilamente:

Yo obedezco con pasividad a una fuerza que me es extraña.

Y la verdad es que en su vida toda, esa fuerza le manda distribuir energías entre los deberes del hombre y los anhelos del artista. Fue revolucionario y reconstructor; manejó la piqueta social con la misma eficacia que el puntero del maestro. Pudo demoler, pero supo también crear. Cuando los déspotas piensan que la ley es su capricho, el poeta los apostrofa:

El objeto y el fin del gobierno es el ciudadano.

Schiller fue un educador eminente: enseñó los ideales preclaros del espíritu. Si por su formación cultural es un clásico, por su imaginación romántica es un moderno. Le veremos, pues, siempre como epígono de un mundo que se derrumba y como profeta de otro que nace.

Pensador, filósofo, crítico, moralista, reformador, esteta, cultivó tantas disciplinas, que su obra, en conjunto, es una brújula. Poseídos por un “phatos” ético, quería rehacer el mundo sobre bases mejores. “Todos sus dramas y poesías —nota Klabund—obedecen a una necesidad moral. Fue un soldado de la verdad. Un defensor de la conciencia jurídica de los pueblos. El campeón de su libertad política, sin aspirar al poder”.



Los “Palla-palla”, célebres danzarines regionales del departamento de La paz.
(Foto Cordero)

Pedagogo del intelecto, educó con la pluma y con propia conducta. Diré, pues, que fue un griego del tiempo heroico y un eminente del siglo de las Luces.

DRAMATURGO

Abarcar el teatro de Schiller sería materia de un libro, más que de una conferencia. Tal es su amplitud y grandiosidad. Me limitaré a rozar el tema.

Hay quienes piensan que el poeta alemán no tuvo experiencia de la escena; que sus personajes son desmedidos, los monólogos excesivos; que el lenguaje exagerado degenera en una “retórica schilleriana” perniciosa; que las ideas se inflaman al calor de las pasiones y tornan tendencioso lo que pudo ser libre y natural. No estoy con ellos.

Es posible que el hombre de hoy, en cierto modo deshumanizado, frío, cruel, morboso, ahito de sensaciones más que de sentimientos, no guste de los dramas de Schiller. Es posible. También lo es que Esquilo y Shakespeare no son representables en la mayoría de sus obras, lo que no impide que sigan siendo los mayores trágicos de la humanidad. Y es que al artista —en este caso del dramaturgo— debe ser medido en su circunstancia y en su medio.

Creo que el romanticismo europeo no ha dado teatro de mayor proyección filosófica, de más hondo contenido humano que el de Schiller.

El drama schilleriano —apunta un crítico— “descubre la pugna de los caracteres heroicos a través de la historia. Convierte la lírica en símbolo y expresión del más alto contenido ideológico de su tiempo, y crea un lenguaje imperecedero de imágenes para la filosofía trascendental”. Es que el gran alemán quiso llevar el drama a la más alta representación de la vida humana. Abarcó no sólo el

retrato de grandes personajes, la pugna de pasiones, sino también el flujo de las fuerzas históricas, la tensión encontrada de épocas e ideas. De aquí que a pesar de ser el cantor de la individualidad heroica, sea asimismo un poeta del pueblo, un intérprete de las masas.

Schiller —expresa Dilthey— nos hace comprender el mundo histórico por medio de grandes y tajantes relaciones antitéticas. “Es cruel, como la naturaleza misma, en sus dramas histórico-idealistas. La vida no es el supremo bien para él, sino el sacrificio voluntario por una idea moral. Es un poeta trágico que aporta un nuevo modo de valorar la vida: el modo heroico, guerrero, movido por la conciencia de la propia fuerza del hombre, de la necesidad interna de libertad frente al mundo”.

¿Pero no es Schiller, por ventura, el genuino dramaturgo?

La peripecia humana no tuvo mejor intérprete. Nadie analizó con más penetración los conflictos desgarradores de la conciencia; la lucha del hombre con el mundo y con los hombres. Sus obras son vastos frescos de vida que exploran zonas ocultas al historiador y al crítico. Maestro en el juego escénico y en el desenvolvimiento de la acción, da la sensación de un novelista moderno ansioso de suscitar expectativa. Sabe narrar, sabe despertar las fibras íntimas del alma. Su lenguaje, a veces declamatorio, sus monólogos extendidos, no reflejan solamente la retórica romántica; si bien se mira, los hombres de hoy seguimos siendo analistas y grandilocuentes cuando las pasiones nos acosan. Schiller quiere explicar la vida y el destino, a través de la riqueza y complejidad del hecho humano: de aquí la extensión y profundidad de sus parlamentos. Es persuasivo, elocuente, reiterativo, porque no busca sólo deleitar, sino enseñar y prevenir.

Piensan algunos que sus caracteres son entidades metafísicas, encarnación de ideas abstractas. *Wallenstein* sería el poder; *Fiesco* la Ambición; *Guillermo Tell* la libertad; *Don Carlos* el amor a la humanidad. Otros creen que sus protagonistas y antagonistas son personajes reales, verdaderos y nada más. Claro está que la historia no los conoció tan deslumbrantes; pero ese es el hechizo del poeta; elevar tema y sujeto, embellecer el relato, dan aliento y vibración simpática a la arcilla creadora.

El drama schilleriano es drama para el tiempo. Brota de profundidades del corazón, se desenvuelve en la vastedad multiplana del mundo, y regresa siempre al reino del sentimiento, allí donde hombre y destino resuelven su pelea.

Una fuerza moral. Un magisterio de la inteligencia. Un sacerdocio de belleza. ¿No se diría la augusta herencia de Sófocles? Oigamos al poeta alemán:

*En vano piensa el hombre realizar actos libres;
al obrar, es siempre el juguete de fuerzas ciegas.*

.....
El artista queda pagado con la gloria.

.....
Breve es el dolor, eterna la gloria.

.....
Un alma grande sufre en silencio.

¿Qué tratan los dramas de Schiller, qué dicen al hombre? En *Los Bandidos* estalla la protesta encendida contra el absolutismo. *Don Carlos* glorifica el sacrificio por un gran ideal. *La conjuración de Fiesco* es el conflicto entre libertad y ambición. *Cábalas y amor* denuncia los vicios de la nobleza corrompida. *La Doncella de Orleáns*, tragedia romántica, sublima el milagro de la fe. *Guillermo Tell*, drama épico, de masas, retoma el poderoso tema de la libertad. *La novia de Messina* revive la tragedia griega: la fatalidad cruza sus aires. *En María Estuardo* la política y la rivalidad femenina conducen al derrumbe final. La trilogía de *Wallenstein* es la tragedia de la ambición y de la lucha por el poder, el triunfo y la caída del héroe. *Demetrio*, drama inacabado, reitera el conflicto de una conciencia: el luchador heroico se enfrenta al impostor.

No son muchas obras, pero son todas significantes. Un drama schilleriano no se olvida nunca. Es un trozo ardiente de vida. La energía interior de sus personajes deslumbra; la belleza de su estilo cautiva. Sus protagonistas son amigos ideales. Veamos uno: el Marqués de Posa en el *Don*

Carlos, prototipo del buen amigo, idealista sublime que inmola su vida por la redención de Flandes. Símbolo del reformador social, así su fortaleza moral:

La virtud lleva su precio en sí misma.

Y antes de morir recomienda al Infante de España:

Que cuando llegue a hombre, respete los sueños de su juventud.

Veamos otro: Fiesco, el conspirador contra los Doria. Primero soñador, generoso; luego ambicioso. Quiere extirpar la tiranía, y de pronto se siente ganado por “el sol deslumbrante del poder”. El monólogo de la II escena del III acto, de corte y grandezas hamletianas, dice así:

Obedecer, reinar, monstruoso abismo que da vértigo. Quién pudiera medir, sin sentir vértigo, la distancia que separa del infinito al último serafín; sólo éste mediría la profundidad de esa cima... ¡Oh, ser Príncipe un instante! Toda la esencia de la vida se halla concentrada; que no vale ésta por lo que dura, cuanto por lo que contiene.

Pero, sin duda, el personaje cumbre es Wallenstein, carácter tan complejo y elevado como Fausto. Pensaba Schiller que sólo una gran tema es capaz de remover el fondo profundo de la humanidad. A través de la figura enigmática del caudillo de la Guerra de los 30 años aborda el problema del hombre y su destino en su máximo esplendor. Aquí están ambición y castigo, ascenso y caída, la lucha con el mundo y con la propia conciencia, la guerra y la política, el amor, la amistad, la traición, el interés, la intriga. Un ensayista lo retrata así: “Era Wallenstein una voluntad, un alma dominadora. Sólo era feliz viviendo y obrando en la conciencia de poder. Se rodeaba, como todo carácter mayestático, de soledad y de silencio. Jamás necesitó de consejo; toma sus decisiones por sí solo. Gran organizador de ejércitos, sabe siempre cómo obrar y cómo dirigir”.

Hay en el Wallenstein versos que destinados al caudillo germano, anticipan proféticamente la proeza napoleónica. Son éstos:

Soy el hombre del destino.

.....
*A todos los conduce con una sola rienda.
es él , dentro de muchos millares de hombres.*

.....
*Ha unido su destino a las estrellas
y se asemeja también a ellas en su camino,
prodigioso, misterioso, eternamente incomprensible.*

La eterna juventud del genio schilleriano se remozca sin descanso. Cada nuevo drama es una nueva forma de plantear y resolver el asunto. Si la verdad teatral consiste en crear personajes, no los hay más humanos ni más veraces. Si radica en describir conflictos de ideas y pasiones, nunca corazón y conciencia lidiaron en palenque más sublime. El poeta abarca historia, sociedad, costumbres, con ojo penetrante. Añádase aún la apropiación de lenguaje, la elevación moral de pensamiento, el tono lírico que clarifica los pasajes trágicos, los nítidos contrastes psicológicos, la verdad del diálogo, la naturalidad de los caracteres, y se comprenderá por qué Schiller es el dramaturgo del alma y del mundo.

Quiso el gran poeta formar al pueblo alemán por medio de la escena. Basta recordar su famoso ensayo *Del teatro como institución moral*. Por eso hará del protagonista un símbolo, del símbolo una lección trascendente de humanidad. Vislumbra en las vidas una relación profundísima entre la libertad y destino; tan pronto se inclina por la una como por el otro. La presencia de este terrible misterio en el acontecer humano, lo obsesiona. Sabe que somos criaturas del semidiós que nos labra por dentro. Adivina lo angélico del pensar, lo demoníaco de la acción. Es un revelador del espíritu.

Recordemos todavía al cantor de la vida doméstica, de las cosas sencillas, de la gracia femenina. Tuvo culto caballeresco por la mujer; la evocó con ternura y encendida admiración. Si

debe pintar también caracteres malignos, se complace con mayor frecuencia en describir mujeres superiores: fuertes como las pide la Biblia, honestas como lo manda el deber, nobles y abnegadas, como las exige el hogar. ¿A cuál elegir? ¡Son tantas, tan hermosas y ejemplares! Acaso ninguna iguale a la virtuosa y tierna Leonor, la bella esposa del conjurado Fiesco, que se empeña vanamente en arrancarlo de la política para conservarlo como soberano de su hogar. En boca de Leonor pone el poeta estas palabras sutiles, que repetirán las mujeres felices:

Sécase bien pronto en las agitadas regiones del poder la flor delicada del amor. El corazón del hombre es estrecho para contener las dos divinidades poderosas que se aborrecen mutuamente.

Goethe, venturoso y poderoso, fue un removedor de ideas. Schiller, desdichado y exaltado, lo es de las pasiones. Este hombre que ilumina la historia y subyuga el teatro con su genio idealista, puede ser llamado, con justicia, el primer dramaturgo de la época moderna.

ALLEGRO

¿Cómo debemos ver a Schiller, poeta de la rebeldía y el entusiasmo? ¿Cómo imaginar al humanista que preconizaba una cultura basada en la moral y la belleza? ¿Cómo comprender al hombre, al artista, al luchador?

La grandeza heroica del visionario alemán fluye de la totalidad de su vida y de su obra; no se puede percibir por aspectos aislados.

Imaginad una hermosa cabeza desafiante, en actitud de águila joven. La frente remontada. Ojos grandes, penetrantes, bajo el severo marco de las cejas que se pliegan allí donde nace la nariz altanera. Cabello, alborotado, cae en graciosos bucles sobre los hombros. La camisa entreabierta insinúa el pecho libre. Toda ella respira un aire de energía y libertad, de osadía y altivez. En esta fisonomía, inteligencia e imaginación libran batalla permanente. Es el guerrero del destino, siempre erguido contra el mundo, replegado en sí mismo. No se detiene en lo presente y circundante, porque su mirar alado se dispara a horizontes lejanos: el centelleo del ánfora griega bajo el cobalto de las islas ilustres, o la llamarada de los amaneceres en un tiempo que nadie conoce todavía.

Esta voluntad augusta se encamina a grandes cosas. Es un espíritu que vive conmovido. Es un meditar tenso que abarca la vida toda. Una imaginación voraz, insaciable, sometida a múltiples tensiones. Se trata de una fuerza impetuosa que pretende dominar la materia, transmutarla en arte fuerte y activo. El rostro varonil, modelado en líneas nerviosas, habla de un enérgico plasmador de ideas, de un soñador apasionado y trémulo.

Un Prometeo retador arde en sus ojos. Un serafín caído duerme en su pecho.

Goethe pudo ser más inteligente, pero Schiller era más noble. Y muchas veces la intuición de éste cubría en un relámpago los largos aprendizajes de aquél. Si en el primero buscamos al maestro, para el segundo reservamos el doble laurel del amigo y del artista; el que hace sentir la belleza radiante de la vida a través del tenso y doloroso camino del pensar.

Federico Schiller, sí: el Poeta de la Conciencia, el Cantor del Ideal. Apolíneo, gozoso, como flecha que sube en el mar de la juventud. Nocturno, misterioso siempre si se lo ve caer en las colinas de la madurez.

No es únicamente el vate melodioso que propone la meta soñada:

*Tender las alas de oro
hacia donde se dirige la sonora alegría,
donde la silenciosa tristeza se recoja,
donde la pensativa meditación habite,
para abarcar en un callado triunfo
el imperio sin límite que el espíritu tiene.*

Yo lo veo cruzar con planta dura y ágil el sendero del tiempo. No es sólo de Alemania: al mundo pertenece. Hijo de las musas, sangró su corazón en límpidos rubíes para ennoblecer el mundo de los hombres. Amó, soñó, luchó, padeció con raptó de héroe. Y sus alas de arcángel proyectan una sombra en la memoria de las generaciones, porque fueron hechas con la fibra olorosa en que se tallaron los dioses antiguos, y con el lino impoluto que anuncia las razas futuras.

¡Salve, Germania inmortal! El genio de Schiller te redime de tus yerros y caídas. Que la trompa bélica enmudezca para siempre. Y que tus escuelas vuelvan a enseñar lo que predicaron tus pensadores y tus artistas: Paz, Justicia, Libertad!

1955

EL DESPERTAR DE LA CULTURA AMERICANA

Existen tres hechos evidentes: pertenecemos a la cultura occidental; de España nos vienen lengua, religión, formas jurídicas; y los Estados Unidos gravitan fuertemente en nuestro desarrollo económico y social. Pero aun reconociendo esas tres influencias fluviales podemos decir: no somos Europa, no somos España, no somos exclusivamente herederos de la civilización industrial. Aquello de pan, ibero, latino o indoamericano supone vasallaje a un propósito determinado. Somos, sencillamente, americanos del sur, del centro o del norte. Si el asiático alega por orientalismo ancestral: el europeo por su razón matemática dinámica; nosotros debemos llamarnos “americanos”, los que nacen con sopro virgen al área universal.

Cierto que en el Continente las naciones atlánticas miran más el acontecer occidental, en tanto que las tierras interiores resisten el impacto del cosmopolitismo. Se mueven en “tempo indio”, de raigal comunión con suelo y raza. Más ello no supone conflicto, sino diferencias simbióticas, tarea integradora, porque de opuestas verdades surge la unidad. Un sentir crítico ajustado, podría afirmar que aunque con grados distintos de intensidad, lo occidental brota de dos polos culturales: Europa y América.

¿No se siente la noche que cae, el día que despierta sucesivamente? Y junto al paso tardo del hombre crepuscular del Viejo Mundo ¿no se oye la marcha rápida del hombre matinal del Nuevo?

Porque son cosa nueva y alma joven las que brotan del Continente olvidado.

Grande respeto guardo por los seis mil años de historia que se vierten del bóreas impetuoso y de la cuenca mediterránea. Hay un contenido europeo en todo cuanto se piensa o se hace en París, en Nueva York, en México o en Lima; eso no supone sometimiento ni absorción. Nadie quiere ser colono en América: ni en política, ni en economía, ni el campo cultural. Un orgulloso sentimiento de confianza en sí mismo dicta al novimundo que si el canón clásico, la técnica científica, la novedad del uso o de la moda seguirán bajando aun de Occidente, es hora ya de pensar con seriedad en estas muchedumbres continentales que manejan los instrumentos de la civilización-madre, pero quieren ser creadores de su propio destino.

¿Existe una cultura americana? Acaso en el sentido decisivo del pensador, no. Existen, sí, las circunstancias, las irradiaciones convergentes que conducen al fenómeno cultural unitario; algo así como un principio de cultura. No es que se trate de volver al ciclo indígena: absurdo. Tampoco de tributar exclusivamente el mensaje transatlántico: esnobismo. Entonces ¿hacia dónde van nuestras multitudes?

Yo diría que los americanos parten al encuentro de sí mismos. Comienzan a tomar conciencia de sus naturales limitaciones y de su propio valer. Se buscan, ávidos, en el temblor de sus vasos de greda, en la música dolorida de sus zampoñas ternurosas, en los ritos agrarios, en las danzas pánicas, en sus mitos inmemoriales. Lo indio. Se buscan en la tensión desbordante de sus masas trabajadoras, ansiosas de superación. Lo mestizo. Se buscan también en la tormenta de sociedades que se transforman, en el vértigo industrial y mercantil, en la marea refluyente del pensamiento crítico exasperado. Lo occidental. Y del encuentro de las fuerzas-madres nace el varón continental. No el mestizo despectivo, sino el hombre nuevo de América, hechura de dos que son

uno. Del nativo, el sentimiento telúrico; del europeo la técnica expresiva. Y al cabo el genio americano, con garra hercúlea y presentista, hará del choque de dos mundos la esencia y la presencia de un tercero.

¿No será que a la sandalia vernácula le han brotado alas fabulosas, y acaso un día ciña el globo con la huella de su paso volandero?

De occidente nos viene la ambición fáustica, el vertiginoso quehacer. Del ancestro el modo profundo y moroso que anuncia: sólo de largas paciencias surgen edificaciones consistentes. Allí espíritu de dominio, racionalismo utilitario, la vida sometida al misterio de la técnica. Aquí lo ético y religioso frenan la voluntad rapaz; un despertar de aurora contra el retraso y el desorden de las multitudes; lo emocional contrapesando las duras avideces de la inteligencia.

¿Se ha visto lo que significa el varón del Nuevo Mundo, limpio todavía de morbos de codicias y de estrechez, en medio a la general confusión del mundo técnico y científico?

La razón organizada señorea el Occidente y parte del Oriente. Mas el espíritu en cuanto supone libertad, virginidad, rozando tal vez los confines de nueva religiosidad, sopla desde las llanuras americanas por una humanidad mejor. Es el Humanismo de la Necesidad que concilia la dignidad del individuo con las premuras de una sociedad planificada.

Continente de paz somos, de amor, y de justicia. Frente a la barbarie desatada en la mitad del planeta, seguimos creyendo en la ley de Jesucristo, en el arbitraje, en la solidaridad de hombres y de pueblos. La tolerancia es nuestra estrella fraternal. No es lo más importante que tengamos vastas áreas despobladas, ingentes materias primas, riqueza por descubrir y explotar en forma sistemática. Lo esencial es el hombre nuevo de América, en pos de una moral internacional que se oponga al poderío destructor de la era atómica: la igualdad jurídica, la libertad política, la interdependencia económica de los Estados. El que ama la democracia viva, norma y conducta a la vez.

En nuestros pueblos hay estabilidad, intimidad, idealidad, las tres espuelas de la vida espiritual. Superando la clásica antinomia del hombre de espíritu y el varón de ocupaciones materiales, el continente devuelve un arquetipo compuesto: el idealista-práctico, soñador y dinámico al mismo tiempo. El que hace de sus sueños una edificación exterior, de la empresa utilitaria un riesgo espiritual. Por eso diría yo que el "uomo universale" de que hablara Burckhardt, no ha de brotar ya de las antiguas villas italianas, sino de las pampas y los altiplanos de una América resurgente.

Saber y técnicas, virtud y sentimiento florecen ricos de sentido en este general irrumpir de fuerzas jóvenes. Letras, artes, ciencias toman personería: la americanidad es un hecho vivo, irradiante, en proceso de ascensión. Somos tierra de libertad, admitimos la autodeterminación de hombres y naciones, concebimos la historia como una teodicea creadora; y aun en medio a los mayores delirios para organizar la materia, sabemos que cuanto más profunda la inteligencia ha de acercarse con más humildad al abismo en que aletea el designio del Señor.

Ciertamente: no podemos, todavía, competir con el progreso técnico y científico del Viejo Mundo; pero gérmenes hay aquí; tradiciones, usos y costumbres; pozos tan entrañables de humanidad y belleza comunicativa, que no los cambiaríamos por toda la sapiencia sistemática de Occidente.

El período europeo de la historia humana está por cerrarse si no se ha clausurado ya. El drama histórico predominante se avizora en una cordillera de cinco cimas altaneras: Estados Unidos, Rusia, India, China y la llamada América Latina. Tenemos pues gravitación próxima y peso inmediato en la historia universal.

Cuando existan centros de sabiduría práctica y de estética confraternal en nuestros países; cuando un Instituto Interamericano de Cultura agrupe a nuestras veintiuna repúblicas en un haz resplandeciente de inteligencia y de hermosura, podremos decir como el quéchua del ancestro:

“Ainoka”: he aquí la piedra fundamental. Somos libres, podemos aspirar a una cultura propia, porque las cosas del espíritu tienen su lugar aun en medio al estruendo de las armas y las fábricas.

Creo que nuestras naciones de América tienen destino de montaña. Crecieron en lentitud y persistencia. Van de la oscuridad hacia la luz. Irradian. ¡Grandeza y pesadumbre de cumbre! Cuanto más nos empujamos por sobrevolar al horizonte, unas raíces trémulas nos sujetan al árbol primordial. ¡Sé tú mismo, uno con tu comarca y su habitante! Alzate en la verdad de tu suelo y de tu raza. Busca la melodía de tu propia expresión. Prefiere la sencillez que indaga a la falsa grandeza que imita. Porque hacia dentro miran los caminos celestes del entendimiento verdadero. Nada quitas a los otros para ceñir tu corona de laurel. Podría ser que la flauta india guarde sonidos que no escuchó el violín occidental. Podría ser. Hombre culto es el que sabe de dónde viene y a dónde va. Gentes nuevas, volvamos al oráculo sagrado: “Nosce te Ipsum”.

Y sólo cuando haya comenzado a verse, a comprenderse en el espejo de su morada habitual, de sus propias creaciones, podría sentir el hombre Nuevo el roce delicado con que se abren los pétalos de una rosa de amor y de misterio: el nacimiento de la cultura americana.

FANTASIA A LA MEMORIA DE MI PADRE

"Quién sabe; puede que la vida sea la muerte,
y la muerte, la vida".

Eurípides

Cuando se ha visto la lenta desintegración, el declinar espiritual del ser amado, la materia aparenta la sola maestra eterna de la vida.

Más allá, nada. “Sólo el hombre oye al hombre —murmura el poeta— no hay puentes ni senderos sobre el piélago azul”.

Viene la Separadora de los Amigos, cumple su obra inexorable, y recién comprendemos la trágica grandeza de existir.

Los primeros días después de su partida, el mundo aparecía yerto. ¿Qué sentido tenía la vida sin Él?

Para el teólogo, para el filósofo, para el intelecto frío, es justo que así sea. Se admite la caducidad del ser.

Para el hombre que sufre, para el hijo, no. Tiene la muerte enigma que nunca llegamos a entender.

Es absurdo pensar que el fenómeno físico de la persona no tenga fin, pero más lógico parece, al angustiado, que haya cesado de latir el corazón paterno.

Del padre que resume toda sabiduría en el ciclo biológico. Porque es aire vital para la criatura, fuego deslumbrante para el niño, mar insondable para el joven, tierra firme y misericordiosa para el varón duro.

¿Dónde está la noble cabeza de rasgos seductores? ¿Cómo se apagó su inteligencia lucidísima? ¿Por qué cesó el hechizo de esa sensibilidad siempre despierta, hecha al deslumbramiento de las horas?

Hay un instante en que la razón vacila. Y piensa:

— No fue el ardiente predicador de Hipona quien dijo la verdad. Es el solitario de Nishapur: goza el día presente, lo demás no existe.

Queremos creer, pero la experiencia cercana lo impide. El que se aleja puede destruir la fe de los que quedan. Nada permanecerá. Todo se va, perece. Si el mundo, afuera, nos parece yerto, el alma, adentro, se recoge en sombras. Sólo aguarda el abismo.

No hay misterio más hondo que la disolución del ser vivo. Dígalo el desconsolado que sufre su carga de relámpago.

Pero pasan los días, cede la angustia. El tiempo con maravilloso poder de plasticidad, sacude el espíritu y la piedad cristiana nos devuelve al buen camino. Hay otra existencia, resucitarán los cuerpos, volveremos a vernos. Un bello sueño de esperanza nos redimirá del dolor que agobia. Hay vida futura.

No temas, no desesperes. Porque el fin del Nacimiento es Muerte, el fin de la Muerte es Nacimiento. Tal es la ley.

1

Mi padre no se fue. Está en nosotros, más fuerte en el recuerdo que en su cálida existencia.

Cierto que no pudimos acordar en la marcha diaria, porque nos forjaron en cuños diferentes. Pero nadie lo quiso ni comprendió mejor, precisamente por la polaridad de caracteres. Fui hijo, amigo, antagonista. Por encima de las desinteligencias transitorias, su más leal admirador.

El era un sol para mí. Quemante a veces, heridor, mas siempre sabio y perfecto. Varón de claridades.

Ahora mismo, mientras escribo estas páginas en la soledad de mi estudio, siento sus pasos tranquilos; lo veo entrar animoso, risueño, con su clavel jaspeado en el ojal; con esos ojos verdes chispeantes de vida; desflorando una sonrisa bajo el bigote cano, mientras la voz amada resuena cordial:

—¡Joven, trabajando un poco!

Y lo encuentro también a cada instante, en todas partes, en el café, en la calle, a la puerta de los clubs donde reinaba con señorío indiscutible; al pasar por bancos y ministerios; en los sitios habituales donde se erguía su silueta inconfundible.

Hablo con El en los momentos de duda. Sé su respuesta aunque no la escuche. Tal vez hasta nos entendemos mejor porque cuanto el amor propio esconde en el diálogo de las ideas, brilla puro y sencillo a través del monólogo del afecto.

Y soy fabulosamente rico, pues tengo el amigo inextinguible. El primero que doró mi infancia, el último que sostendrá mi vejez.

2

“El modo cómo el espíritu se ensalza con el cuerpo, es profundamente admirable e incomprensible para el hombre; y ese enlace es el hombre mismo” —dice San Agustín.

Fue mi padre varón armonioso, si por armonía se entiende la salud corporal, la buena presencia, combinadas con el ánimo jovial que encierra todas las virtudes del carácter. Inteligencia y simpatía fueron sus rasgos dominantes. Alto, no. Bien plantado, tampoco. Mas una elegancia innata de porte que daba relieve a su figura. Para compensar la baja estatura, un rostro noble, varonil, que irradiaba seducciones. Ignoro, todavía, qué era lo más seductor en El: los ojos verdes, vivaces de alegría; la sonrisa florecida de bondad; la voz bien timbrada, cálida de comprensiones. O era mas bien el conjunto de los rasgos físicos, bajo una frente alta, espaciosa, que sombreaban las cejas rotundas. Era la suya una cara sagaz. Recuerdo esa mirada inteligente que se adelantaba a la palabra. El modo de ver, de apreciar, de enfocar los problemas. La manera sutil de alegrar a los demás. Su firmeza para la discusión, sin ofender al interlocutor. Su habilidad para aproximar puntos

contrarios. Había un juego plástico tan convincente entre la voz persuasiva, la sonrisa insinuante, y los ojos entrecerrados fugazmente, que nadie pudo escapar a la suave influencia de su palabra.

Era el perfecto hombre de mundo y el amigo perfecto.

No sé por qué extraña conjunción de dones físicos con inmateriales cualidades, su presencia irradiaba confianza y alegría. Tuvo algo mejor que el talento: la virtud de ganar corazones para siempre.

Mejor ciudadano no lo hubo, caballero más gallardo tampoco. Fue príncipe del bien decir, monarca de la palabra escrita. Serio y travieso alternativamente, tejió deberes y placeres con gracia inimitable.

Era un encantador.

Y en Madrid o en París, en Washington o en Buenos Aires, en Santiago, en Lima o en La Paz, no son pocos los que recordándole pensarán:

—¡Don Eduardo! Como hombre productivo, impar. Como administrador de vida, sin igual.

3

“Si lo pusieran en el desierto, sólo, sin recursos, a los diez minutos estaría enseñando a los árabes el arte de pasar agradablemente el tiempo” —decía un amigo.

Esa extrema sociabilidad hacía de su figura centro y nervio de toda reunión. Sabía inquietar a las mujeres y apaciguar a los hombres. Gran conocedor de la naturaleza humana, utilizaba el registro preciso para manejar a cada cual. Supo la ciencia de discutir sin encenderse. Su voz dominaba por gama variadísima de inflexiones. En las recepciones diplomáticas, en los centros sociales, en la intimidad del hogar, fue rey de la palabra. Era una delicia oírle y aprender de sus labios esa ciencia profunda del vivir que sólo fluye de una gran y rica experiencia.

Fue el “homo mundanus” en su máximo esplendor. Sabía el valor de un billete y la oportunidad de una sonrisa. Hacía las cosas tan finamente que desarmaba voluntades. Y ese innato señorío de mando se manifestaba por una precisión veloz de la idea, por una vibración musical en el lenguaje.

Habla exquisita la suya, como llave de oro que abre las puertas del mundo.

4

Sostiene Platón que ninguna cosa humana es digna de una gran premura.

Mi padre, varón egregio, llevó la suya con ritmo señorial. Activo, emprendedor, infatigable diversificó y extendió su quehacer como pocos. Más todo lo hacía sosegadamente, sin precipitaciones inútiles.

Impusóse una férrea disciplina que sujetaba su temperamento versátil. Tuvo un método de vida y otro de trabajo que le permitieron conciliar los goces de la existencia con los deberes de productividad. Un orden admirable presidía su gabinete: papeles, cuentas, objetos. Los cuadros debían estar siempre rectos, las cosas en su lugar. Nadie llevó mejor el inventario de su vida. Su archivo epistolar y su vasta colección de recortes periodísticos no tienen paralelo.

Tuvo varias casas, muchas oficinas. Todas recibieron la impronta de su genio organizador. Limpieza, orden y buen gusto le acompañaban.

La sabia distribución de las horas, el trabajo meticuloso, una tenacidad ejemplar para terminar lo empezado, fueron sus maestros.

Esa excelente administración de sus energías, ese dominio de la economía vital, le permitieron llegar joven a la vejez. Y a los 74 años de edad soñaba con ser senador, con un viaje a España, o con aceptar la responsabilidad de cualquiera empresa comercial que se le presentara.

Nunca rehuyó tarea ni deber por arduos que fueran. Si el hombre se mide por su capacidad para vencer obstáculos. El fue mariscal para el riesgo y almirante de rendimiento.

5

Mi padre hallaba el mundo siempre rico, interesante, ennoblecedor.

Aun en trances penosos jamás perdió la confianza en Dios ni en sus propias fuerzas. Un viril optimismo movía sus pasos. Ni enfermedad, ni contrastes morales, ni penurias económicas quebrantaron su espíritu.

Esta fue su virtud esencial, la flor de su carácter: Saber transmitir calma y confianza a los demás.

¿Enemigos? No los tuvo. Émulos muchos. El nunca supo de odios ni venganzas. Fue bueno en el sentido profundo del término. Altivo en el infortunio, suave y sagaz en bienandanza, demasiado inteligente para sumirse en el rencor.

Aceptó las pruebas a que lo sometió la Providencia, sin proferir queja. Mi mayor admiración fue verlo pasar de la cumbre al filo del abismo, con el paso sereno, con la sonrisa confiada del hombre noble.

Dormía ocho, nueve horas diarias, aun a edad avanzada. ¿No era señal de conciencia en paz, de confianza en el Hacedor y en la vida?

Cada día era para El una aventura, cada hora una experiencia inédita. Tuvo de artista y de cachivachero; un acierto increíble para descubrir la joya, el objeto, el disparate primorosos. Las prendas más humildes ganaban a través suyo prestancia y esplendor. Entusiasta y animoso, no fue esclavo del destino sino su señor natural.



El paseo "El Prado", arteria de hoteles modernos e intenso tráfico en la capital andina. (Foto Jiménez)

Y a veces espoleaba sus corceles peligrosamente, porque no satisfecho con las excelencias del hombre equilibrado, quería saborear también los vinos péfidos del varón de temeridades.

6

Amó a la juventud porque sentíase integrado en ella. No conoció abrigo, vitaminas ni específicos. Pudo trasnochar con hijos y nietos de sus amigos de infancia.

Filósofo a la manera de Khayyam, no le importaba el día que se fue ni el que vendrá; sólo se ocupaba del día presente.

La frescura de su alma corría pareja con su vigor somático. Detestó la palabra “viejo” porque todo El era una afirmación de juventud.

Un fulgor de aurora en la mirada, un aura matinal en el ingenio. Comió, bailó y se enamoró hasta los 74 con avidez de cachorro. Ni penas ni triunfos le quitaron el sueño.

Y demostró que la palabra “joven” es un estado de ánimo.

7

Saber ganar, saber perder ¿no son el instrumento para medir la temperatura moral del hombre?

Encumbrado, nunca se le vió engreído. Olvidado, no perdió su orgullo de gran señor. El triunfo —y tuvo muchos— no lo perdió; los contrastes —y no fueron pocos— tampoco. Sabía conservar su buen sentido, su natural dignidad aun en los trances más apurados.

Mi padre supo vencer, supo perder. Ganó la prueba decisiva del carácter: acertar o errar con alma templada.

Los hados le fueron por lo general propicios, a no ser en las mesas de juego, donde invariablemente la fortuna le volteaba espaldas.

Guerrero sin descanso, todo lo ganaba con su esfuerzo, lo perdía todo por un deseo o un capricho.

8

No suelen darse en una sola persona el hombre productivo y el que sabe gozar de la vida. Mi padre fue la excepción.

Varón de tanto rendimiento no conocí, ni tampoco sensibilidad más alerta al buen vivir.

Su obra vasta, rica y diversa es ignorada. Periodista desde la adolescencia, fundó diarios y revistas: EL ESTUDIANTE, LA TARDE, EL COMERCIO, EL DIARIO. Escribió miles de versos y de crónicas en periódicos y semanarios del país, de Europa, de las tres Américas. Las dos mejores revistas que tuvo Bolivia fueron creación suya: LITERARIA Y ARTE y ATLANTIDA. Desterrado en la Argentina, a los 65 años, editó y mantuvo PAN-AMERICA, revista de asuntos internacionales. Treinta libros publicó: 10 de poesía, 12 de cuestiones internacionales, 2 de prosa literaria, 4 didácticos, 1 de polémica y otro de memorias.

Fue excelente funcionario público, diplomático y estadista. Sin contar los cargos subalternos, llegó a ser oficial mayor, alcalde, prefecto, subsecretario, asesor, plenipotenciario, ministro de estado, embajador y cinco veces canciller de la república.

Representó con brillo y eficacia al país en Inglaterra, Francia, España, Estados Unidos, Cuba, México, Argentina, Chile, Uruguay, Perú, Paraguay. Terminó los pleitos de límites de la nación, hizo la paz del Chaco. Suscribió diez tratados internacionales. Creó la doctrina de Neutralidad Marítima que lleva su nombre. La mitad de sus obras defienden los derechos de Bolivia y su reintegración marítima. Su “opus magna” EL PROBLEMA CONTINENTAL sirvió de alegato ante la Liga de Naciones. Educó a varias generaciones de diplomáticos y políticos, con su propio ejemplo de jefe recto y laborioso. Fue buen catedrático. Miembro de muchas sociedades científicas y culturales del país y del exterior, poseía 16 grandes cruces y otras condecoraciones que atestiguan su valía intelectual.

Septuagenario ya, traduce un libro de versos del francés, compone la historia de EL DIARIO, colabora en la Enciclopedia Británica y escribe DE UN SIGLO AL OTRO, memorias de un hombre público, que es la auto-escultura del ciudadano y del artista.

Luís Fernando Guachalla es quien mejor ha visto su fuerte personalidad patricia, a través de este juicio perspicaz:

“Para Eduardo la patria era todo. La patria boliviana estaba en su mente, estaba en su corazón, estaba en su sangre. La sirvió con honor y con esta medida propia de su inteligencia tan equilibrada que tornaba tan sencillo para él cualquier sacrificio que para otros, hubiese resultado penoso o imposible. Yo estuve a su lado en más de una labor de Cancillería y puedo atestiguar que nadie le superaba en talento, en sagacidad y en disciplina en el manejo de nuestras cuestiones internacionales”.

Un detalle significativo: sin formación universitaria pues no llegó a terminar sus estudios de abogado, sólo a base de investigación y meditación personales, El llegó a convertirse en uno de los primeros jurisconsultos del continente.

9

¿Cómo pudo subsistir en el escrupuloso oficinista, en el gran trabajador, el poeta fino e inspirado?

Internacionalista, diplomático y literato su inteligencia actuaba simultáneamente por las tres venas.

Su estro lírico, sentimental, fluye con soltura. Fue insigne traductor de Mallarmé, Verlaine, Kipling, Bilac, Correa, Gerald. Su versión del TOI ET MOI es exquisita, la del IF impecable.

Cantó la patria, el hogar, el paisaje natal con inspirado acento. Ensayó el poema épico con éxito. Su “MALLKU-KAPAJ” es pieza de alto valor. Supo amar, sentir y evocar el pasado con finura emotiva. Habrá poetas mayores en Bolivia, pero pocos le superan en delicadeza de expresión y en el manejo alado del idioma.

En sus POESIAS ESCOGIDAS hay joyas de antología.

Y es que el bardo en El, artista por temperamento, subyacía oprimido pero no callado por las urgencias del estadista y del mundano.

10

Si para el sentimiento y su expresión tuvo primores de acuarelista, para el concierto humano fue maestro de taller.

En tierra donde todos se sienten luchadores enconados, mi padre buscaba la pacificación. Pasó por la política predicando unión y tolerancia. Sagaz acertador de voluntades. Amigo y consejero de varios presidentes.

Alma culta en el sentido profundo del vocablo, buscaba el bienestar general, la armonía de los espíritus.

Recuerdo una de sus más bellas frases: “Los enemigos se destruyen solos”.

Al escribir la historia de EL DIARIO, teniendo en sus manos de juzgador 50 años de vida nacional, fue justo con amigos y adversarios.

Concebía el arte de convivir no con las estridencias de los epígonos de Wagner, sino a la manera dócil y tranquila de un preludio de Bach.

11

Supo ganar dinero como pocos y disiparlo como nadie. Varias fortunas se le fueron de las manos.

Tuvo casas, joyas, obras de arte. Recuerdo el billar barroco, la mejor pianola de su época, una cuadra de caballos de raza, su pasión por los automóviles de lujo, su biblioteca histórica y jurídica. Todo adquirido a plazos.

Estoy viendo un hermoso óleo, un casto desnudo de mujer que coronaba la biblioteca, adquirida en libras de oro. El famoso reloj de fantasía, primer premio en París, que dejaba estupefactos a los amigos. Sus cigarreras esmaltadas. Tantas cosas bellas, raras, que El ponía en circulación con refinamiento de “connoisseur”.

Hizo del crédito fuente inextinguible de bienestar. Fue el mejor cliente de los Bancos donde sentaba cátedra de puntualidad. Pagaba lentamente, pero pagaba siempre, abriendo nuevas cavidades para cerrar viejos agujeros. Y éste es el secreto por qué era el gran mago de los pagarés y las libranzas: cumplía aunque fuera poco a poco.

Otro se habría sentido prisionero de sus deudas. El no. Tomaba el dinero con elegancia y desprendimiento señoriales. Cuando había que gastar, a gastar; cuando no había, también. Sólo avaros y tontos guardan sus caudales.

Una época de bonanza, cuando yo le aconsejaba pagar sus créditos, me contestó con gracia:

—Hombre, si no me ocupo de mis deudas ¿de qué me voy a ocupar?

12

“Vamos a preguntarle a don Eduardo” —era una frase habitual. Y don Eduardo resolvía problemas propios y ajenos con inteligencia clarísima y experiencia consumada.

Alma altruista, hizo culto de ayuda al prójimo. Caritativo aún en medio de reveses financieros, tuvo rasgos admirables de generosidad.

Cuando tuvo, repartió. Pasando apuros, se las compuso sólo. Y a despecho de ingraticudes y decepciones, siguió sembrado el bien por el bien mismo.

Era el hombre fino, de las altas culturas, que pone razón, justicia y entendimiento como centros inductores de conducta humana.

13

Pero bondad natural no significa falta de carácter. Fue mi padre hombre resuelto, valeroso.

En el cumplimiento de su deber, intransigente. Como jefe comprensivo y exigente al mismo tiempo. Cierta vez buscó un ofensor para castigarle con un chicote, cosa que no hizo al verle acobardado. Se batió a duelo en defensa de su honra. En la diplomacia, aunque representaba a nación pequeña y débil, tuvo rasgos de entereza en que se jugó entero. Como aquella vez que desafió al marqués de Rojas por haberse expresado despectivamente de Bolivia. Aquella otra en que se negó a recibir una nota que pretendía devolverle un altanero canciller argentino amenazándolo con la ruptura de relaciones. Una tercera en que anunció “la rotura de los diques”, en plena conferencia panamericana, si no se escuchaba la demanda portuaria del país andino. Más aún: su hábil y firme conducción de las negociaciones de paz en la cuestión chaqueña, primero con los neutrales en La Paz, luego en la Conferencia Continental en Buenos Aires, donde tuvo que acudir al peligroso recurso de anunciar el retiro de Bolivia y el consiguiente escándalo para vencer la intransigencia paraguaya y las reticencias de los Neutrales.

En política, en diplomacia, en periodismo, supo demostrar coraje sin llegar a la violencia. Tenía valor civil.

14

Su vida transcurrió en viajes constantes, Habitó el viejo y el nuevo continente. Pero sabía el secreto de viajar con su patria y con su tienda: las llevaba dentro.

Tan pronto como llegaba a una ciudad buscaba cómoda vivienda; la mejor pieza tenía que ser su escritorio. Ordenaba libros y papeles, la decoraba con buen gusto, e instantáneamente se ponía a trabajar.

Esa misma noche, aunque la jornada hubiese sido fatigante, se iba al mejor cabaret. Gustaba del gran espectáculo, de las mujeres lindas, de las buenas mesas, de la expansión jubilosa con amigos, sin rebasar los límites del propio decoro. Nunca se cansó de bailar ni de alternar con gentes simpáticas.

¿Cómo pudo soportar cincuenta años esa doble vida de trabajo y diversión?

Por su resistencia y vigor excepcional, porque ponía límites al rendimiento profesional y a las horas amables. Este dominio interno, rara vez trasgredido, lo salvó de terminar en tarambana o calavera. Era, simplemente, un hombre que sabía vivir.

Fue el nómada de dos maletas. En una llevaba sus deberes, en otra sus aficiones.

Por eso le compararon con Metternich y con el príncipe de Broglie, estadistas y mundanos en simbiosis admirable.

15

Cristiano por su rectitud moral, tuvo desvíos de pagano en sus reacciones sensibles. Tomóse libertades que familia y sociedad nunca aceptaron. Mas tenía un buen fondo concienzual que siempre lo volvía al buen camino.

No quiero hablar de sus defectos, porque pienso que sus virtudes los disolvían.

Un corazón ardiente, una voluntad entusiasta ¿cómo podrían ser perfectos?

La gloria de mi padre es que conoció el sentido de proporción, supo medirse y al cabo el balance final dice: un gran señor.

No fue esclavo de pasiones ni de cosas. Si aquellas las dejó estallar, sabía también reprimirlas; a éstas las reunió y aventó con espléndida prodigalidad.

Porque la fortuna no consiste en acumular billetes y vivir como pobre, sino en pasar como rico aunque falten los billetes.

Y en éste punto El era maestro de bien vivir.

Culto y atildado pasó por la vida como flor de civilización. Amó la patria el hogar, los amigos. Gustó buenos vinos y manjares, lindas mujeres, el juego y las apuestas. Surgió en el trabajo, brilló en la conversación. Compartió estudio y diversión. Urbanizó, contribuyó al progreso nacional y cultural. Gran hombre público y varón de amenidades, prestigió oficinas y salones. Por la aristocracia de su espíritu, por la selección de su ingenio, por su saber práctico en modos de conducta, fue profesor de sociabilidad y consejero irremplazable.

16

Descontado su impulso renovador en la administración pública, es en Sopocachi donde extrema sus afanes de progreso.

Abrió calles y avenidas; trajo el agua potable, el alumbrado, los tranvías; embelleció sus jardines. Nuestra casa era un alarde de limpieza, de orden, de buen gusto.

Creo que en Sopocachi vivió sus días más felices.

Fue padre amoroso, digno jefe de familia. Por eso es difícil recordarle sin que las lágrimas acudan a los ojos.

Le veo echando su mano de “Sapolín” a los bancos del parque, o a puertas o ventanas comidas por el sol. Después del almuerzo, bajo la fragancia de un rico habano, el famoso “colorado claro” que constituía su delicia cotidiana, fumaba y meditaba, acompañado por mi madre, al aire libre, rodeado por el trino de los pájaros y el aroma de las flores. Buen jinete y mejor ciclista utilizaba ambos medios con destreza. Tocaba la pianola con un gusto especial, que hacía olvidar su calidad mecánica. Era un espectáculo verlo jugar billas. A veces, después de la cena, en las noches lunadas, nos llevaba a dar vueltas al parquecito. Contaba cuentos fascinadores, chistes entretenidos. Un carnaval nos sorprendió con el doble regalo de un arcoiris fantástico y un bombardeo de cartuchos de harina. Regalos y juguetes suyos los tuvimos, tal vez no muchos, pero siempre de los mejores.

Tenía una hermosa guitarra en la cual tocaba al oído sólo dos o tres piezas, con tanta emoción, que siempre parecían nuevas: un “wayño” indio, el “Terremoto de Sipesipe” y algo más. En sus últimos años, un organillo reemplazó la guitarra de días pasados.

¡Y sus cuentos y recitaciones: inolvidables! Como aquel soneto de Chocano que en sus labios fulgía como diamante; o sea graciosísima historia de Cupicho, el perro “kala”, que paseó triunfalmente por diez naciones, ganando más admiradores que un “crack” de futbol.

Fue severo sin ser majadero, tolerante sin debilidad. Nos educó tan hábilmente, que ahora comprendo que esa pedagogía intuitiva, templada, es la mejor herencia que nos legó.

Lo veo salir de la Capilla, después de haber oído misa con devoción. O partir cada mañana a la oficina, alegre y elegante, para volver al anochecer siempre animado y jovial.

Sí. En Sopocachi vivió sus horas más dichosas, en la recogida intimidad de un hogar incomparable.

17

Dice Hesse que en cada hombre no hay un solo ser, ni dos, sino varios, tal vez ciento. La multiplicidad anímica es la característica del yo. Y aunque no llegue a desarrollar en plenitud sus posibilidades cada hombre es, en realidad, un hiperpersonaje.

Algo de esto ocurría con mi padre.

No fui testigo de sus veladas sobre el tapete verde, de modo que no puedo imaginar cómo sería el jugador. Pero sí sé que sus mejores amigos, lo que más le apreciaban y respetaban, fueron precisamente jugadores. En el hogar fue uno, otro en la oficina. Diplomático, nadie lo superaba. Tuvo algo de comerciante y otro poco de financista e industrial. Poeta y bohemio coexistían con el varón práctico. Para el estudio desarrolló un método, para el dominio organizado del vivir otro. Deportista, político de gabinete, polemista, empresario, ligado a imprentas, diarios, teatros y revistas, tenía pasta de líder, de animador, de propulsor de actividades.

Fue, positivamente, muchos hombres en uno. Alma plural. Pocos disfrutaron el regalo de su genio múltiple y ondeante.

Era un compendio de humanidad.

Aunque su existencia no estuvo orientada a la ciencia ni a las artes, sino más bien al mundo, a la diplomacia y a las letras, evoca el recuerdo de aquel maravilloso caballero Leone Battista Alberti, ingenio enciclopédico que llenó el Milquinientos con la fama de sus talentos y su varia personalidad.

Esa es una las claves para entenderlo: admitir que fue un alma de almas, una suma de sabidurías.

Y así como Sócrates supo la técnica sublime de encadenar a sus preguntas a filósofos y razonadores, mi padre ejerció el ministerio alado de la mundanidad sin rivales a la vista.

Tanta experiencia, tanta gracia para enseñar deleitando, daban la impresión de un ágora ingeniosa de cien maestros.

Fue único y fue muchos.

18

Adoraba las carreras de caballos, esos centros de refinamiento donde el ser civilizado agota sensaciones.

Los hipódromos de París, de Nueva York, de Buenos Aires, de Lima y de Santiago, le vieron de levita, de jaquet, o de saco azul, con los prismáticos en una mano y en la otra el programa de carreras.

Sábados y domingos eran días mágicos. Para El no había delicia mayor que irse temprano al hipódromo, sumergirse en esa onda de frescura del escenario natural: grandes espacios abiertos, manchas de verde, el sol de oro en el cielo azul, el aire lúcido, la multitud multicolor. Luego el desfile de finos y nerviosos animales. Los hombres elegantes, las mujeres deslumbrantes. Terminado el almuerzo, con buenos vinos y un habano voluptuoso, se aprestaba a lo mejor de la jornada: la tensión de las apuestas, el transcurso excitante de las carreras, donde su alma de jugador ardía de entusiasmo.

Escucho, todavía, su gozosa exclamación en el hipódromo de Maroñas, en Montevideo:

—¡Don Tomás, no más!

Don Tomás era un espléndido alazán, uno de los pocos animales que le hizo ganar, entre las mil yeguas pérfidas que se llevaron su dinero.

Gran carrerista fue mi padre. Y creo que nadie le superó en conocimientos del hipismo ni en goce emocional del espectáculo.

19

No era el macho violento y posesivo con las mujeres, sino varón distinguido que conquista con inteligencia y delicadeza. Conocía todas las sutilezas del carácter femenino. Sabía tratarlas. Y más que a buena suerte —que le sobró— atribuyo a su fino temperamento de artista el éxito extraordinario de su acontecer amoroso.



La Plaza Franz Tamayo y el moderno rascacielo de la Universidad Mayor de San Andrés. (Foto Cordero)

De joven y hombre maduro tuvo lances sonados. En edad avanzada seguía subyugándolas con asombro de mocitos y donjuanes.

Dos botones, entre las mil flores que ornaron su jardín amatorio. A los 24 años, ganó el corazón de Gaby Deslys, famosa artista francesa, amada por príncipes y rajáes. A los 64 años,

encantaba a Florence Marly, también francesa, joven y bella artista de cine que despertó polvareda de entusiasmo por La Paz.

Muchas pupilas femeninas debieron empañarse de lágrimas sinceras, en distintos puntos del globo, cuando se divulgó la noticia de su muerte.

Y es justo consignar aquí que su mejor conquista, su amor más duradero, su compañera abnegada y fidelísima, fue doña Etelvina Guachalla, esposa y madre incomparable, la del soneto de Interlaken, que supo comprender y tolerar sus flaquezas como mujer alguna lo habría hecho, y a quien El amó con afecto profundo.

Poco antes de que ella le cerrara los ojos, mi padre reconoció esa deuda de amor y de bondad a su admirable compañera.

20

Era un encantador, capaz de transvertirlo todo. Tuvo el don de mando y la facultad de creación: todo salía bien organizado de sus manos.

Insuperable en el diálogo, preciso en el consejo, refinado en el matiz. Tuvo la suerte de ser alegre y saber alegrar a los demás. ¡Jamás piloto alguno gobernó su nave más seguro en la tormenta del vivir!

El mundo se tornaba más sencillo junto a El

Oigo la voz amada resonar en mis oídos:

—“Todo se puede arreglar”.

O en los momentos de angustia:

—“Calma, calma; con calma se ven mejor las cosas”.

O en las horas de apuro:

—“Dios vela por sus animalitos. Ya saldremos de esto”.

Balzac, con todo su genio, no conoció un ser así ni habría podido dibujarlo en la total complejidad de su psicología.

Esa combinación increíble de oficinista y de bohemio, de padre de familia y de clubman, de político y de poeta, de luchador y diplomático, de escritor y hombre de negocios, de estadista y de mundano, de artista y de empresario, de sibarita y de pionero.

Fué el más grande de los Díez de Medina. Otros podrán aventajarle en virtudes menores; nadie en equilibrio biológico, en plenitud de vida, en acción creadora, en señorío de la persona y del pasar humano.

Si no fuera hipérbole, podría afirmarse que con El se fue el último gran señor.

21

¡Don Eduardo! ¡Qué mundo de ternura, de esperanza, de confiada alegría, en estas dos palabras que condensaban la seguridad y el encantamiento del vivir!

Pienso que si a mi madre y a nosotros sus hijos, nos fuera dado elegir guía y compañero, todos volveríamos a escogerlo a El. Y éste es su mejor elogio.

Porque mi padre se elevó tan alto sobre los demás, que su dicha y su recuerdo lucen como una estrella. Y le veo como guardián del pórtico a lejanos mundos superiores.

Si me dijeran cómo podrían juntarse talento y rectitud, bondad y dinamismo, nobleza y simpatía, aunando la firme voluntad con la más exquisita alma sensible, contestaré que sólo una vez conocí este milagro psicológico en planta humana:

—¡Mi padre!

Y si a sus amigos, a quienes lo conocieron íntimamente se les pregunta:

—¿Quién era ese Don Eduardo, cuyo recuerdo hace latir apresuradamente los corazones?

Presiento que ellos responderían:

—Fue el Gran Encantador. Un hombre como un mundo. Tuvo un corazón tan noble que desbordaba la cárcel de lo cotidiano. Llevaba en los labios la sonrisa de la vida en flor. Fue maestro y camarada, basculando siempre entre la temeridad juvenil y la madura sabiduría. Su estilo armonioso de vida y pensamiento no se podría imitar. Hombre solar, inolvidable espíritu.

Yo le compararía con el colibrí, misterioso mensajero, inquieto siempre, siempre fulgurante, cuyas alas vibrátiles son un canto de felicidad a la naturaleza.

Porque mi padre fue sembrador de dicha, alado portador de júbilos.

No. El no se ha ido. Está con nosotros, nos acompaña y nos anima en el transcurso de las horas.

A veces viene a mi estudio y conversamos largamente, en una charla muda que me abre puertas desconocidas de comprensión. Lo encuentro en la calle y avanzamos juntos. Se sienta a mi lado en el café. Brota su recuerdo del paisaje, de la música, de los libros. Y así alguien me ve cruzar absorto por el Prado, sin contestar saludos, es porque estoy paseando con mi Padre, y nada me parece mejor que marchar con El, oír su voz amada, sentir que la vida es grata al influjo de la dulce ternura familiar.

Y pienso que el mejor homenaje al varón insigne que nos legó su nombre, consiste en aplicarle los versos inmortales del "IF" de Kipling, que por designio inescrutable don Eduardo Díez de Medina supo traducir con suprema elegancia de conocedor del mundo y artífice del verso:

Si. . .

*Si conservas el juicio cuando otros lo han perdido
mientras te juzguen ellos por tu cordura loco;
si sólo en ti confías cuando estás perseguido,
dejando que la duda se vaya poco a poco;
si esperas resignado, sin cansarte en la espera;
si calumniado nunca devuelves las injurias
porque no sientes cólera y encuentras la manera
sin mostrarte violento, de soportar sus furias;*

*Si a soñar has llegado, sin ser tu solo sueño
soñar; si pensar puedes sin que tu pensamiento
sea el único norte de tu acción y tu empeño;
si una verdad que has dicho te la devuelve el viento
por labios de villano desvirtuada o torcida;
si no te inmuta el odio de los hombres falaces;
si cuando ves quebrarse la ilusión de tu vida,
con fuerzas, ya gastadas, de nuevo lo rehaces;*

*Si en un montón reúnes ganancias y riqueza,
y arriesgas todo de golpe en una suerte
y ante la misma pérdida, con igual fortaleza,
trabajas olvidando, lo que pudo perderte;
si puedes a tus músculos, tu corazón, tus fibras,
obligarles, gastados, de nuevo a sostenerte;*

*si luchas, sin desmayo, cuando y apenas vibras
porque es tu voluntad, más que tus huesos, fuerte.*

*Si hablando a multitudes conservas el buen juicio
y andando con monarcas no caes en jactancia;
si amigos ni adversarios te arrastran hacia el vicio
mientras los compadeces, sereno y a distancia;
si vives en el vértigo y al girar de la tierra
corres con los minutos, sin que nada te asombre,
¡tuyo ha de ser el mundo, con todo lo que encierra
tuyo al fin, hijo amado, porque serás un hombre!*

Rudyard Kipling

Traducción de Don Eduardo Díez de Medina

Fernando Díez de Medina 1956

I.- EL IMPERIO RUBIO

El avión de la "Braniff" que me lleva al norte, hará un excelente vuelo: 21 horas de La Paz a Nueva York, con regularidad matemática. Las sorpresas del viaje innumerable, la atención al pasajero impecable. Todo rápido y seguro, como cuadra a los viajeros de la era atómica.

A los cinco minutos de vuelo, comprendo que Norteamérica empieza donde terminan las alas de sus pájaros metálicos. Hombres altos, muchachas rubias, diarios y revistas en inglés, comida comprimida y poco sabrosa. Todo bien organizado, correcto, limpio como gusta al mundo anglosajón. En Limatambo, en Guayaquil, en Tucumán, en Miami, es igual; la eficiencia del servicio a favor del pasajero; el predominio del inglés en las revistas y en los altoparlantes. Las cosas y los hechos llevan el sello de un poderío incontrastable. Los que se niegan a soportarlo, se quedan atrás, pobres y olvidados. Hay que reconocer la eficacia organizada de los norteamericanos, que hace más pequeño el mundo y más grande al hombre.

Trasvolamos el lago Titikaka, un mar interior, un mar de sueño, cuyas aguas azules reverberan bajo el sol de octubre. Es una superficie especular, de finísimas escamas doradas. Sus islas brotan como gibas de bisonte. Al fondo la cordillera enarca sus torres de nieve. Espectáculo impar: la maravilla lacustre avizorada a 6.000 metros de altura. Cruzamos la frontera, pasamos sobre la sierra peruana tan semejante a la boliviana. Nevados, páramos, orografías imponentes. De pronto el Misti, como un atleta orgulloso, eleva su musculatura formidable. Imanta el alma, se mete por los ojos. Pero los antiguos dioses fueron abolidos. Los 2.500 caballos de fuerza de uno solo de los motores del DC-6, humillan la grandeza del titán geológico.

Después la bruma, que obliga a remontar el vuelo. Entramos a la zona húmeda, neblinosa, de la costa peruana. El avión cabecea, rasga las nubes sombrías, recupera su horizontalidad. Si fallara el altímetro, sería la catástrofe; lo ha sido a veces. Por eso en la meseta andina sólo se vuela de día, no de noche. Porque los viejos colosos extáticos suelen jugar malas pasadas a las águilas de acero. Y de tiempo en tiempo algunos pierden la vida en la nieve o en la roca, mientras sus cuerpos y sus almas volaban a 300 kilómetros por hora.

Bruscamente el avión abandona la tierra que giraba debajo de sus alas, y en un viraje impresionante se coloca sobre el mar. El viejo Pacífico no tiene el color zafíreo ni la seducción fabulosa del Titikaka: es más bien sucio, verde pálido.

Aterrizamos en el aeropuerto de Limatambo, a la hora del crepúsculo. Monumental, suntuoso, bien equipado Limatambo es un alarde de arquitectura moderna de técnica de transportes. ¿Pero estamos en Lima o estamos en los Estados Unidos? El oficial, peruano, que se acerca a nuestros pilotos, les habla en inglés. En el gran hall del aeropuerto, abundan hombres fornidos, altos y muchachas rubias. La disposición de vitrinas y puestos de venta, el predominio de revistas yanquis, la sobria elegancia de las oficinas, todo habla de una influencia exterior. La Lima que conocí 25 años atrás, por mar, no es la Lima que se atisba o se adivina desde el aeropuerto. Aquí, desde

Limatambo, la veo menos sudamericana, algo sajonizada. Y es admirable cómo nosotros, los mestizos de Bolivia o del Perú, asimilamos la civilización mecánica del norte.

Este imperialismo de las cosas, de la organización del mundo exterior, no se hace con violencia, sino por la presión irresistible del progreso. Manda la máquina, mandan el avión, la radio, el cine, las tiras de colores, el "chiclet", el cigarrillo rubio... La conciencia latina, el amado y orgulloso personalismo hispano, la reserva india pueden protestar; pero el hombre, si quiere proseguir su viaje, se ha de someter.

El imperio rubio tiene el color del oro y la eficacia del dólar.

Para su vida vertiginosa, nunca en reposo, los norteamericanos han abolido la noche. El avión vuela en tinieblas con idéntica seguridad que a la luz del día. De cuando en cuando el foco de alarma anuncia: "¡cinturones!" y nos sujetamos al asiento para evitar las sacudidas al impacto con las nubes. Pero las nubes pasan y el avión también. Y la travesía sigue sin otra novedad.

A las 11 de la noche en Guayaquil. Otro clima, otras gentes, otro escenario físico. Los guayaquileños de tez bronceada y andar indolente nos recuerdan, todavía, el amor a la América morena. El dólar, sin embargo, cuenta más que el "sucre" su moneda nacional. Y cuando tengan un gran aeropuerto como Limatambo, sin duda él les dará esa fisonomía yanqui-cosmopolita de todos los aeropuertos del continente.

Pasadas las 2 de la mañana, en Tocúmen. El famoso aeródromo de Panamá no es tan monumental ni tan suntuoso como el peruano, pero arquitectónicamente su distribución parece más racional. Aquí la influencia del norte es más acentuada: modos vitales, gestos, matices. ¡Curiosa mezcla del trópico caliente y el bóreas septentrional! Noche cerrada. Bajamos del avión. Junto a las grandes palmeras, bajo el esplendor de las estrellas, en medio de luces y sombras, el paisaje invita a la meditación fantástica. ¿Qué poeta, qué soñador oriental imaginó la estupenda maravilla del moderno? La alfombra mágica es un poroto al lado de estas máquinas volantes que nos llevan de un hemisferio a otro en menos tiempo que la tierra da vuelta al sol. Pienso en mi patria remota, en mis gentes de la América del Sur, durmiendo a estas horas, felices y tranquilas. Pienso en el hogar lejano y querido... Y es esta Panamá de calidez nocturna, que es como la antesala de los Estados Unidos, sin dejar de ser, también, el último eslabón aéreo de nuestro Sur. Es increíble ver cómo el afán del hombre vence de la oscuridad. Y más sorprendente que la velocidad con que los aviones despegan o aterrizan, es ver a los corceles de aluminio en reposo: inmensos, con sus luces encendidas, mensajeros de lo ignoto.

Aquí soñó Bolívar la grande idea del interamericanismo puro: ¡todos iguales, los grandes y los chicos! Pero el istmo resiste todas las presiones. Y si la idealidad viene del Sur, el Norte responde que el imperio es objetivo, concreto, dominante. El que tenga más cosas —y aquí cabe la teoría del "cositerismo" del argentino Helvio Botana— recibirá más y más progresará.

En el puente panameño es donde podemos medir mejor nuestras diferencias. Ahora que la oteo desde el aire, después de haberla conocido antes por el mar, advierto que Panamá es una enseñanza y una advertencia. Dichosos los que puedan comprenderlas.

Sigue la noche, sigue el viaje. Ahora volamos sobre el Caribe tempestuoso, rumbo a Miami. Es difícil dormir ¿y quién no siente temor en su travesía nocturna por el aire? A las cinco de la madrugada en Miami. Por la ventanilla del avión se mira una profusión de luces en la lejanía, que parecen alzarse a la misma altura de la máquina. ¡Están tan distantes! ¿Por qué he saltado el aterrizaje en la Habana? Acaso porque es muy semejante en cuanto acontece en Guayaquil y en Panamá. La Habana es más ciudad ciertamente. Es seguro que, tratado en intimidad, el cubano tiene también personalidad rica y vigorosa. Pero a la ojeada rápida, superficial del viajero por aire, también en el aeropuerto de La Habana se produce esa "norteamericanización" del escenario y del empleado. Hay un modo de hacer las cosas y de tratar a las gentes que nada tiene que ver con nuestra tradicional cortesía hispanoamericana.

Rectifico: a las cinco de la mañana en La Habana. Después de la ocho en Miami.

Dejamos Miami y volamos sobre la península de La Florida. A pesar de la velocidad de la máquina, pasan millas, millas y millas de tierras con apretadas construcciones. Miami, desde arriba, tiene magia, con su hermosa costa festoneada de rascacielos. Lo que sigue luego es igualmente seductor, alternando el tapiz de los campos con la perfección simétrica de las urbes interminables.

Tres horas de vuelo sobre un mar de nubes. El cielo se ha disuelto en un gris indeciso. Se escamoteó el océano. Es fabuloso cruzar junto a estas formas indescriptibles, a estos volúmenes blancos que harían la delicia de Ruskin. Media hora después manteniendo gran altura, el zócalo nuboso se abre y nos deja entrever pedazos soleados de tierra. Es poca la tierra que se ve y mucho el espacio urbano. Ciudades, ciudades, ciudades... Primera dimensión del infinito norteamericano. Vengo del sur, allí donde la tierra sobra y el hombre escasea. Miro al norte, donde el hombre sobra y la tierra falta. Desde arriba, desde muy lejos, no se comprende bien cómo el hombre eligió estas tierras que parecen islas para concentrar el mayor poderío urbano, fabril y económico que conoce su historia.

Conocí Nueva York hace 25 años. No ha cambiado, ciertamente, mucho. Sigue siendo la primera metrópoli del mundo. Omito la descripción de sus grandezas materiales, sin desconocer que el Centro Rockefeller, el Empire State, el puente George Washington, o la visión de la isla de Manhattan en el despliegue horizontal de su lengua de tierra edificada son espectáculos verdaderamente impresionantes. Aquí está todo: miseria y fealdad en las calles adyacentes a los muelles; belleza y poderío en las anchas avenidas. Los túneles bajo el Hudson con sus filas de automóviles que nunca detienen su marcha, dan la medida de la urbe vertiginosa. En el plano arquitectónico y urbanístico, Nueva York ha derrotado a París, a Londres, a Roma. Habrá en ellas mayor hermosura, más acervo cultural; pero el corazón del mundo moderno es Nueva York, síntesis monstruosa de la fuerza y del vértigo de la era atómica.

Quién no puso el pie en Manhattan no tiene idea de lo que es la civilización capitalista.

Tantos hablaron de la nueva Babilonia. Tantos la visitan, la pueblan y conocen tantos, que sería necedad interior la descripción. Nueva York es una síntesis de mundos. Aquí está todo.



"Illampu", majestuoso nevado del cordillera Real que se avizora desde el altiplano de La Paz.
(Foto Linares)

La primera impresión, es, ciertamente, de grandeza. Ofusca. Aquí está el titán en todo su esplendor. Levantando, derribando edificios. De sus calles, de sus muelles, de sus bancos, de sus fábricas irradia la civilización. 13.000.000 de seres se apiñan en sus cinco islas. ¿Y cómo son estos hombres que vienen de todas las razas, de todas las culturas? En otro artículo hablaré de las gentes neoyorquinas.

Estamos en el corazón del imperio. Y el imperio es nórdico, boreal, brutal y celestial al mismo tiempo. Y nos han reunido para que en medio de tamaña energía, nos ocuparemos de la Libertad Responsable. Porque los norteamericanos tienen también espíritu, como nosotros, los del

Sur. Y la Universidad de Columbia, templo del saber, quiere demostrar que el Norte tiene un alma, aspira a una cultura.

¿Un hombre vale más que un rascacielo, o el rascacielo vale por diez mil hombres que construyen sus materiales y los elevan en el aire?

No se ha dilucidado el caso. Y el imperio rubio adora la fuerza, la fuerza en movimiento, el vértigo de la velocidad, el “record”. Y desde aquí se mira tan pequeñas, tan distantes las Américas del Centro y del Sur, que sus periódicos apenas si dedican — si dedican — pocas líneas a comentar la vida en el otro hemisferio.

Y en la gran metrópoli vamos a conocer y escuchar a los “grandes” de América.

II.- ¡QUE PEQUEÑOS SON LOS HOMBRES!

Una advertencia preliminar: cuando hablo de escritores e intelectuales, por descontado que me incluyo entre ellos. Posiblemente yo tenga menos virtudes y mayores defectos que las personas a quienes me refiero. ¿Que el juzgador es menor que los juzgados? Puede ser. Pero nunca se dijo que la crítica sea cuestión de estatura. Y a título de sinceridad diré lo que vi y sentí, más inclinado a sostener la verdad que a ganar amigos.

Los norteamericanos saben tratar a sus huéspedes. Nos alojaron en buenos hoteles. El “Centro Internacional”, donde se realizaron las sesiones, es un edificio de estructura funcional: bien distribuido, con mucha luz, espacios sabiamente aprovechados, decoración sobria y moderna. Hogar acogedor.

Pero desde el primer momento, la Conferencia empezó cojeando. El presidente de Columbia, Grayson Kirk, nos saludó con un discurso académico. Recuerdo su cabeza arrogante y su aire desdeñoso. Richard Powell, director del Bi-Centenario, nos despidió con un discurso más profundo, rico en calidades humanas. Durante las seis sesiones, Columbia hizo notar su presencia sólo por medio de Alberto Lleras Camargo, su representante oficial. Lleras dijo pocas palabras al comenzar e intervino discretamente para impedir que se llegara a conclusiones. Es el tipo de orador internacional: culto, muy fino, orador de medios tonos. Lo dice todo... y no dice nada. Representa admirablemente el bizantinismo decadente de estas asambleas, donde todos son inteligentes, todas bellísimas personas.

¿Pero qué hacemos con los hombres inteligentes y las bellísimas personas, cuando falta la lección magistral de una conducta humana?

Faltó, pues, una conducción. Faltó el mando previsor y responsable, capaz de dar unidad a las deliberaciones y orientarlas a finalidades constructivas. De los seis directores —uno para cada día— sólo dos estuvieron felices: Santos y Lima. Tannembaum, arbitrario y torpe. Hanke, voluntarioso. Benitez, afectado, Schearer, discreto. Discursos y discusiones se produjeron con cierto desorden. Hubo desigualdad de trato; unos intervenían demasiado y otros muy poco. Así la erudición pudo imponerse sobre la sabiduría. La vanidad personal sobre el interés de conjunto. ¿Somos, los escritores, peores que los políticos y diplomáticos, o es que las conferencias internacionales no sirven para nada? Se dirá que de las reuniones académicas no puede salir otra cosa que el contacto entre hombres, la aproximación mental. ¿Pero no salió de la Academia Platónica toda la luz del mundo antiguo?

Lo negativo de la conferencia: la tremenda presión del poderío norteamericano en las almas; flotaba en el ambiente una sensación de vasallaje al poderoso anfitrión. Las gentes temían comprometerse. Se negaba el aplauso a los audaces —que eran muy pocos—, y se prodigaba los apretones de mano... fuera de la sala. La falta de valor civil era visible. Y había, sin embargo cinco ex —presidentes de América, tres premios Nobel, numerosos embajadores, escritores de alto renombre. Debates, verdaderas discusiones no los hubo. Apenas sí ligeros diálogos, observaciones marginales; más incidentes que de fondo. Se habló de todo, para no llegar a nada. Un solo delegado denunció la

intervención norteamericana en Guatemala: silencio en la sala y abrazos en los pasillos. Dos pidieron que la conferencia concretara en una “Declaración”, su posición frente al problema de la Libertad Responsable. Vacío en la sala y felicitaciones afuera. Pero ¿es que saben muchos de los grandes de América qué es libertad y qué es responsabilidad? Si lo saben no lo demostraron.

El orador de mejor éxito era el que hacía mejores chistes. De espaldas al drama de sus pueblos, los delegados se ocupaban más de una alegre convivencia. La madeja de los intereses creados, de que hablara Benavente, tejía sus finas hebras sutiles: éste aspira a una embajada, aquél hará un buen negocio, ése dictará conferencias bien pagadas. Se anunció que la Universidad de Puerto Rico acogería la segunda conferencia en 1955... Y muchos rodeaban al rector Benítez, hombre altanero, engreído, que no gozaba, minutos antes, de muchas simpatías.

Salvando las naturales excepciones, no encontré muchos amigos de la verdad en la Conferencia. Pesaban más las futuras invitaciones, el ansia de quedar bien, acaso el complejo de inferioridad criollo, contra el cual reaccionó gallardamente Picón Salas, pidiendo menos gimoteos y más realizaciones prácticas. Hubo brillantes oradores, notables pensadores, conversadores exquisitos. Hombres verdaderos muy pocos.

Lo positivo: entera libertad de opinión. Si intelectualmente el equipo sudamericano era de mayor peso, los norteamericanos demostraron excelente preparación, buen juicio, perfecta cortesía. Había un acuerdo táctico, entre ellos, para tolerar las vehemencias nuestras. El contacto humano, los seis días de convivencia con hombres representativos, enseñan mucho. Por los hombres se conocen mejor los pueblos. Pero cuando uno busca la América de los Bolívar, de los Martí, de los Sarmiento... no los encuentra. En lo crítico y pedagógico, las conferencias fueron buenas; las discusiones movidas. La disparidad de puntos de enfoque, la pluralidad de posiciones, me hicieron comprender por qué somos un continente desunido. Las almas vivamente inquietas. Las voluntades más cerca del cálculo que de la hazaña espiritual.

Yo me preguntaba: ¿dónde está el viejo espíritu socrático, algo que siquiera de lejos se parezca a la moral enhiesta de Unamuno o de Martí? A veces, las personas, parecían cosas: amablemente adaptadas al ambiente. Un aura de entendimiento táctico, descontadas las pullas fugaces, flotaba en el medio. Más que “sentidores” del alma drama humano, aparentan ser “gozadores de vida”. Cenáculo de eruditos y charlistas. Nadie se pregunta de dónde viene ni a dónde va. Basta el bien pasar.

En un balance rápido, queda un saldo favorable. Por ejemplo, Eduardo Santos, estadista y orador excepcional. Dice lo que debe decir: habla de libertarnos del temor, critica que nos den armas en vez de herramientas de trabajo, defiende a la América criolla. Discurso magistral. Todas sus intervenciones son justas, ejemplares. Carlos Dávila, habla poco, sobrio, dominador de su tema: la prensa y las relaciones interamericanas. Alma de la mejor cepa chilena, gana en el trato, entiende a los sudamericanos, adivina sus problemas, quiere ayudarlos. Estos dos ex—Presidentes son, acaso, los que mejor comprenden la desinteligencia actual y luchan contra ella. Mariano Picón Salas, elegante orador, defiende con brillo la libertad del creador artístico contra las presiones de la sociedad capitalista; lleva el debate con altura y con firmeza. Convince. Jorge Mañach, librepensador, hizo un análisis agudo de la posición del catolicismo en el desarrollo republicano. Muy aplaudido. Bowers, de EE.UU., se adentró en las peculiaridades del espíritu latino urgiendo la necesidad de afianzar la libertad por el conocimiento mutuo. Max Henríquez Ureña, como profesor, magnífico. Lo mismo Arturo Torres Rioseco, sagaz y discreto. Fernando Ortiz, coqueteando con su vejez, muy sabroso en la charla. Ricardo Alfaro y Galo Plaza, expositores sin mácula. El profesor Jorge Basadre, certero en el tema histórico. Otilio Ulate, ex —mandatario y periodista, muy culto, muy cabal. Justo Pastor Benítez, dominando el plano pedagógico, algo remolón para las definiciones. Bernardo Houssay, gloria de la ciencia americana, defendió con éxito la libertad de investigación científica en el continente. Muy académico, muy impersonal, le faltaba el vuelo de un Einstein, de un Schweitzer para sostener su verdad. Rafael Heliodoro Valle, expuso hábilmente lo que es la prensa latinoamericana. Los dos brasileños hablaron muy bien: Gilberto Freyre, más profundo; Amoroso Lima, más fino. Ambos un poco ensimismados, sin querer comprometerse mucho.

De los norteamericanos, me gustaron las actuaciones de los profesores Whetten, Wagley, Holland, Leavitt, Hilton, aunque éste no estaba muy bien documentado en su tema.

¿Lo que estuvo mal? Que Galo Plaza, del Ecuador, pronuncie su discurso de fondo en inglés. Que Gabriela Mistral, en plena decadencia, enferma, hubiera actuado con mengua de su justísimo renombre. Los grandes valores, como los buenos artistas, deben saber retirarse a tiempo. La charlatanería de José Arce, embajador argentino, que hizo una airada defensa de la cultura francesa! La oratoria teatral de Víctor Andrés Belaunde, que hizo pareja con la furia acometiva del padre Benjamín Núñez, rebatiendo las críticas de un pobre profesor yanqui —creo que Stokes— que se soltó la lengua contra el catolicismo. Las vaguedades de Jorge García Granados, que defendía y no defendía al régimen del dictador Castillo Armas, de Guatemala. Las veleidades de Ross, chileno que se atrevió a loar a otro dictador: a Trujillo. Benítez de Puerto Rico, pretendiendo pasar como exponente de una generación revolucionaria... la que determinó la anexión a los EE.UU.! Silvio Zavala y Eduardo Jiménez de Aréchaga, demasiado profesores: los quemaba el tema político. Excepción hecha de Santos, los restantes ex –presidentes no aportaron ideas constructivas a la Conferencia. Pero en una comida que dio el ex–mandatario colombiano a los sudamericanos, los ex–presidentes actuaron mejor. Podían hablar sin comprometerse.

La política era “tabú”. Todos la eludían. A los que se escapaban del tácito acuerdo para evitarla, se les llamaba al orden recordándoles el tiempo, interrumpiéndolos. Aplicándoles la campana neumática.

Cuando se propuso un voto contra las dictaduras, los heroicos delegados, mudos. La libertad de expresión, por ir emparejada con la libertad de investigación, al canasto. La humanización de la política interna defendiendo la dignidad de la persona, cero. El repudio al militarismo, silencio. Combatir el analfabetismo y elevar los niveles de vida. “¡pero hombre, no nos echen a perder la digestión!” La lucha contra el comunismo, para los gobiernos. La represión ideológica, no nos concierne.

Yo me preguntaba, estupefacto: ¿para qué nos hemos reunido? Pero me sentí un poco la oveja negra en el rebaño, pues todas las caras lucían felices y sonrientes.

Seis días de discursos y debates más ingeniosos que profundos. En resumen: nada. Nos regalaron una hermosa “plaqueta” de recuerdo. Después una gran comida en el “Waldorf”. Asisten la Reina Madre de Inglaterra y 3.000 invitados. Otra vez discursos soporíferos, maravillosos, que dicen todo y no se comprometen a nada. Luego, una Convocación en la Catedral de San Juan el Divino. Un apretón de manos... y hasta luego.

Nos iremos abrumados por la grandeza del anfitrión y la pequeñez de sus invitados.

En un sentido general, las conferencias internacionales, políticas o académicas, no sirven para nada. Y salvando las excepciones —¡siempre las inevitables excepciones!— es mejor admirar as las eminencias desde lejos. De cerca se aminoran y se opacan. El mundo está en crisis, por la ausencia de valor moral de sus pensadores.

Recuerdo las charlas en los corrillos, antes de cada sesión. En ellas se aprende la técnica interna de actuar en estas asambleas. Esto se puede decir y aquello no. No se cierre usted muchas puertas a la vez. No sea imprudente. ¿Acaso vamos a componer el mundo? Es una reunión muy heterogénea: huelgan declaraciones. ¡Muy bien, muy bien! Pero deje usted que mis canas le den un buen consejo: no se haga mala sangre. Coma bien, diviértase mucho y vuélvase tranquilo a su tierra. Aquí no ha pasado nada, ni nunca pasará. Es un error tomar seriamente las cosas en estos tiempos críticos. Las asambleas internacionales son para aliviar la tensión de pueblos y hombres, no para agravarla. Un buen chiste es mejor que un buen discurso.

Llegué de aprendiz y me iré profesor de convivencia internacional. Tengo, entre otras, una de las claves del abismo entre el Norte y el Sur: allí el dinamismo y la decisión personal cada minuto; aquí la retórica y la indiferencia permanentes.

Una noche, en al Casa Hispánica de “Columbia”, gentilmente atendidos por el profesor Ángel del Río, tan español, tan latino, tan simpático, nos devuelve al hogar. España es, ciertamente, aun en

Nueva York, a través de los españoles, arca de unión, casa de amistad. Aquí los sudamericanos nos movemos fraternalmente: hablamos con franqueza mayor aunque discutamos más.

Regreso. Es de noche. No tengo sueño. Camino por la 5ª avenida. Frente al Atlas del Centro Rockefeller, símbolo del nuevo titán que aspira a sostener el mundo, pienso en nuestra América tan subyugada ya por el Norte osado y avasallador. ¿Es que el grande hombre es planta exótica entre nosotros? ¿Es la proximidad de los rascacielos o la intensa movilidad de trenes y automóviles?

No lo sé bien. Pero seis días de experiencia viva me han demostrado que nos faltan pensadores responsables, conductores de verdad. Porque la civilización materialista se nos ha metido en los huesos. Muchos venden el alma para que disfrute el cuerpo.

Primera y última vez que asisto a una conferencia internacional. Ni amargado ni resentido; simplemente: desolado.

Deber cumplido a medias, no es deber. Virtud cautelosa, engaña. Faltaba la pasión, la entrega desinteresada a un ideal de vida. Y porque la pasión —cosa interior— es la fuerza que sacude a los pueblos del Sur, aquí quiero estampar, que aunque me duela América —la del Centro, la del Sur— ; aunque haya visto aminorados a sus conductores, creo todavía en la nueva aurora. La que mire del Austro al Septentrión. La que hará más productivos a los pueblos y a los hombres menos regalados.

III.- LIBERTAD SIN RESPONSABILIDAD

Soy demócrata. He combatido y seguiré combatiendo al comunismo, por sus métodos de violencia, aunque le reconozco el derecho de exponer su doctrina. Me considero amigo de los EE.UU. Pero como escritor me reservo el derecho a la inconformidad y a la crítica, que es como la raíz ética del que esgrime pluma.

Negar la grandeza de los EE.UU. sería estúpido. Y no sólo grandeza material: hay también espíritu en esa civilización prodigiosa, a pesar de los peligros de la industrialización en gran escala, de la mecanización de la vida en las ciudades, de la incultura del hombre común.

En cierto sentido, Norteamérica absorbe; en otro impulsa. De aquí brotaron las dos fuerzas creadoras de la civilización moderna: la libertad democrática y la producción en masa. Si por ésta estamos sometidos a un organismo social que nos regula como abejas en el panal, por aquélla recuperamos el libre juego de la individualidad, el más caro atributo humano. El país de las fábricas y de las máquinas, es también el bastión de la libertad. Basta evocar a Jefferson, a Lincoln, al segundo Roosevelt para comprender que los Estados Unidos son constructores del futuro; y que la lucha de su pueblo es justamente por hallar un equilibrio racional entre el abuso de poder de sus pioneros industriales, y el ansia de justicia y convivencia recta que alienta en sus pensadores y en sus artistas.

En la Conferencia de Libertad Responsable, muchos profesores norteamericanos compartían los puntos de vista y aceptaban las críticas de los sudamericanos. Pero no podían decirlo públicamente.

Y éste es uno de los puntos angustiosos. ¿Está en peligro, ha de zozobrar la libertad en la tierra que la consagró como puntal de su arquitectura colectiva?

Los EE.UU. hicieron declarar loco y tienen preso hace cinco años al gran poeta Ezra Pound, por haberse negado a seguir el nacionalismo agresivo de los círculos dirigentes. "Investigan" a sus hombres de ciencia. Han aislado a Oppenheimer, uno de los primeros sabios del mundo, por haberse negado a intervenir en la construcción de la bomba de hidrógeno. Ignoran a Waldo Frank, gran escritor, estupendo artista, profundo analista de las fallas y defectos de la "selva americana". En la ciencia, en el arte, en la política, en la industria, se advierte un exceso de electricidad, una carga psicológica excesiva. Las gentes andan nerviosas, los periódicos ven fantasmas. Trátase de una hipertrofia, más que de la visión, del sentir emocional.

¿Pero es que los norteamericanos, el pueblo más poderoso del mundo, pueden temerle a alguien?

Sí: los norteamericanos tienen miedo al miedo. Por eso habló el Dr. Santos de la necesidad de libertarnos del temor.

Que hay derecho a defenderse del quintacolumnismo bolchevique es evidente. Los EE.UU. deben y pueden hacerlo. Lo que se censura es que esa tarea represiva llegue a constituirse en fiebre social; que la publicidad, de mano con la fantasía altere el buen sentido tradicional de este pueblo y lo ponga al borde de una histeria colectiva. Claro está que, de otra parte, el mismo sistema democrático permite a los yanquis hallar el remedio a sus males: la caída del “macartismo”, el reciente triunfo de los demócratas demuestran nítidamente que ellos saben encontrar el punto justo para corregir sus errores y volver a la normalidad.

¿Hasta qué punto ese libre juego de expansión psíquica y autocensura ha de seguir?

Esto es lo que nadie puede profetizar. Hablé con muchos que piensan: nuestro sistema democrático es muy elástico. Salimos de asuntos más difíciles. Esta ola de pánico y recelos pasará. Otros, a la inversa, desconfían y creen ver que un nacionalismo naciente, una especie de neofascismo amenaza toda la estructura institucional.

Sí, refiriéndome a la Conferencia dije que allí hubo libertad sin responsabilidad, porque todos quedamos en el marco declamatorio sin arriesgarnos a una definición de conducta; diré también que la prensa norteamericana, con sus métodos sensacionalistas contribuye a deformar la realidad. Muchas veces da lo excitante, lo novedoso, no lo verdadero. Resalta una arista del problema, ignora su fondo; así resulta que en vez de formar el espíritu público en una escuela de veracidad y serenidad, contribuye más bien a desorientarlo. La publicidad impresa o visual, rompe los nervios con esa dirección tendenciosa. Y si el norteamericano vive hoy acechado por temores y zozobra, se debe en buena parte a sus propios mecanismos de propagación de noticias. Verdad que ni el gobierno de los EE. UU. ni la prensa seria del país son manejados por el gran capital como piensan muchos; pero no es menos cierto que gobierno y prensa son influidos, a veces en grado inmoderado, por el interés plutocrático, empeñado siempre en deformar la verdad política, económica y social a la medida de sus propios intereses. Y ésta es, también, una forma de irresponsabilidad.

La negación de la democracia: los menos contra los más.

En un ascensor del Hotel Weylin escuché este diálogo:

—¡Lo felicito, colega — dijo un delegado a la Conferencia— por su ponencia de esta mañana; todos estamos de acuerdo con ella.

—¡Cómo! —contestó el aludido con viva sorpresa—. ¿Pero si nadie la apoyó? Mi ponencia ha sido rechazada.

—¡De ninguna manera! En estas asambleas, todo lo que no se rechaza expresamente, queda aprobado. Nadie censuró su ponencia. Nos callamos. Entonces, tácitamente, lo que usted propuso fue aprobado.

—Bien. ¿Y por qué nade me acompañó a firmar el proyecto?

—Colega, colega —insistió el primer delegado afectuosamente— ese es ya otro problema que sería muy largo de explicar. Pero yo le repito mis congratulaciones: tácitamente usted tuvo una victoria.

Esto nos pasaba a nosotros, los latinos, los hispanoamericanos, los americanos del Sur, como se quiera llamarnos.

Y a los rubios del Norte ¿qué les sucede? Algo por el estilo aunque en plano diferente. ¿No le gusta a nuestra vida mecanizada, vertiginosa, estrepitosa? ¿No le agradan los rascacielos, el cinemascopio, el “New York Time” dominical? ¿No le gusta comer en la “Drug-Store”, meterse en los trenes subterráneos, ni el baseball? Entonces no es usted amigo de la democracia y tácitamente es usted un comunista. Y por este sencillo silogismo ha nacido la ley del garrote.

Aquella famosa frase del pensador: “no comparto la idea del señor, pero daría mi vida para que él tenga el derecho de expresarla”, está por pasar a la historia. Cuando el norteamericano ve amenazada o cree ver amenazada la fortaleza del sistema capitalista, se olvida de la democracia. Su liberalismo económico se viste de rojo: se enfurece. Hace 25 años, cuando visitaba por primera vez los Estados Unidos, eran muchos los hombres que discutían tranquilamente y muy pocos los que gritaban. Ahora son muchos los que gritan y a los hombres serenos hay que buscarlos como al trébol de cuatro hojas...

El yanqui sabe que, dentro de una sociedad libre, no puede impedirse a nadie que exprese libremente sus ideas. Este es el principio. La realidad, por muy anti-democrática que sea, consiste en que todo disidente de la democracia industrial (no hay que separar las dos palabras) es, potencialmente, un enemigo de los EE.UU.

¿Esto se llama responsabilidad?

Dos grandes líneas, violentamente separados, caracterizan la política nacional en los Estados Unidos: la autocrática y la democrática. En la primera descuellan figuras como Hamilton, Jackson, el primer Roosevelt. En la segunda, Jefferson, Lincoln, Wilson; y no menciono al segundo Roosevelt grandes de verdad, porque su figura desborda el marco nacional: pertenece al mundo.

Enfrentemos a los representantes típicos de ambas fuerzas de opinión en el arte de gobernar. Hamilton y Jefferson. El primero es aristócrata, se apoya en el interés y el egoísmo humanos, cree que solamente los ricos y poderosos, deben mandar. Jefferson, al contrario, pone su esperanza en las masas, en la igualdad de oportunidad, en la ley que nivela sin oprimir. Cuando Maurois nos recuerda que para Hamilton el pueblo “es una gran bestia” y para Jefferson “un cuerpo que piensa”, ha definido magistralmente ambas tendencias. Todo está dicho.

Ahora ya podemos entender la diferencia que va de la democracia dirigida por banqueros e industriales, a la democracia que brota libremente del consentimiento general: campesinos, obreros, empleados, técnicos, intelectuales.

Hamilton, el doctrinario, está en la raíz de todos los brotes dictatoriales del Norte. Jefferson, el político, alienta todas las empresas de vigencia colectiva. ¿Pero quién recuerda, hoy, las palabras memorables de Washington en su mensaje de despedida a los norteamericanos, cuando les pedía guardarse contra los efectos funestos del espíritu de partido?

Esto es lo que, en cierto modo, aunque no todavía con características definitivas, viene ocurriendo en Norte América: los yanquis se están olvidando de ser buenos demócratas, porque se van convirtiendo en duros nacionalistas. Hay un provincialismo increíble, larvado en las almas, que no permite ver más allá de las propias narices. El espíritu de partido, el espíritu de nación en su peor sentido —el exclusivismo, la soberbia, la rapacidad imperialista— están minando la gran democracia norteamericana. Hace 25 años los yanquis recibían. Absorbían críticas con tolerancia reveladora de fortaleza. Ahora su debilidad moral se traduce en la irritabilidad con que se revuelven contra toda censura. Quieren halagos, sumisión. No rebeldías.

¿Qué interesa más a los EE.UU. el hombre o la materia prima del Sur? La economía sigue a una filosofía política. Si es el hombre ¿por qué arman a nuestros pueblos sosteniendo dictadores, en vez de levantar los niveles de vida de las muchedumbres retrasadas? Si son las materias primas ¿por qué imponen precios en los mercados de consumo y simultáneamente nos oprimen con sus productos exportables a precios exorbitantes? ¿De qué fraternidad internacional, de qué convivencia democrática podemos hablar, si el Norte ha convertido la unidad continental en un negocio de tomo más pero doy menos? Y no se me conteste el argumento de su actual ayuda económica a Bolivia, mi

patria, iniciada recién a partir de 1953, porque después de cuarenta años de aprovechamiento sistemático de nuestras materias primas —estaño, cobre, zinc, goma, wólfram.— etc. Esa ayuda es sólo una pequeña compensación por los daños que nos causaron en el pasado.

Jefferson no podría vivir en la Norteamérica de 1954. Ese grande espíritu que había jurado enemistad eterna a toda forma de tiranía que oprima el alma del hombre ¿qué habría dicho frente a la deformación democrática que se opera hoy en el Norte por obra de una plutocracia insaciable?

Libertad, coerción. He aquí los puntos extremos de la conciencia política. Claro está que la gran mayoría de los norteamericanos son gente sana, bondadosa de espíritu, aunque la vida mecanizada los haga rudos de apariencia. Pero el mal está en las minorías cultas y poderosas que manejan las finanzas, la política, la industria, los medios de publicidad que forman la opinión. El rápido crecimiento de la televisión, con sus programas pervertidores de la moral doméstica e infantil, demuestra el poco caso que hacen los conductores de opinión de la responsabilidad moral que obliga a toda sociedad organizada. Por el principio de la libertad se da todo; por la coerción plutocrática, la moral se subordina al negocio. Y es este afán de lucro el que corroe toda la estructura social de Norteamérica.

Lo que pasa, en el fondo, es que los norteamericanos están creciendo tan rápidamente, que no les queda tiempo para cuidar por sus almas.

Por eso es que la Libertad, que antes fue para los fundadores un deber primordial, una norma de conducta, va cada vez desligándose más de su función subsecuente; responder por el derecho de vivir sin coerción. La democracia, que era conciliación de contrarios, tolerancia entre desiguales, adopta ahora la forma brusca y rígida de un nuevo imperialismo: amedrentar los espíritus para imponer el principio de consigna. Vivirás como se te mande o no vivirás.

Dios quiera que me equivoque. Pero si las cosas siguen como están produciéndose en el Norte, no pasarán muchos años sin que la Casa Blanca termine pareciéndose al Kremlin...

Es posible que haya sido injusto, desmedido en mis apreciaciones. Así las siento. Para mí todo esto se traduce sencillamente en pocas palabras: Libertad sin Responsabilidad. Eso es lo que he visto en Nueva York. Dentro de la Conferencia y fuera de ella. El enemigo de la gran democracia norteamericana no está afuera: está dentro de los EE.UU. Es el espíritu de partido, es la intolerancia, es el pánico inmotivado, es la presión de los negocios sobre la moral social. No es la riqueza lo que hay que exaltar en Norteamérica; es el Espíritu. Si vamos a salvar la democracia en el continente, comencemos por pedir a los más fuertes que luchen por sí mismos.

1954

EDUCACIÓN Y DEMOCRACIA

Sean mis primeras palabras de saludo: a la ilustre Universidad de Columbia cuyo bicentenario celebramos, y a los distinguidos colegas que ella ha invitado para discutir el magno asunto de la Libertad Responsable. Espero que nuestras deliberaciones se realicen en un clima de amplitud y tolerancia, teniendo la verdad por guía y la justicia de acicate: porque en buena cuenta "*libertad*" es "*responsabilidad*". Y sólo es digno de la libertad y de la vida —como enseña Goethe— aquel que sabe conquistarlas cada día con su esfuerzo.

Pensemos, pues, como almas libres, y obremos como varones justos, sin buscar otra recompensa que la del deber cumplido. Ese será el mejor homenaje a esta Casa de Cultura, que al reunir a representantes de las tres Américas, ha querido auscultar el pensamiento, la conciencia moral del continente.

Venimos de la libertad, vamos a la cooperación responsable. El respeto a la dignidad del ser humano es el blasón continental; la educación para la democracia su norma primordial. Queremos combatir la ignorancia, los bajos niveles de vida, porqué éstos son los enemigos de la convivencia democrática. Pero al fijar el punto de partida en la formación del hombre americano, aceptamos que analfabetismo, educación y democracia son tres etapas del mismo proceso.

Los índices de alfabetización en las tres Américas son muy desiguales. Basta un ejemplo: en 1950 Estados Unidos, tenía un 97% de alfabetizados, mientras Guatemala solo contaba con un 13%. Esta desigualdad de instrucciones popular es el mayor obstáculo para la plenitud democrática de las Américas. Tenemos 70.000.000 de gentes que no saben leer ni escribir, 20.000.000 de niños que carecen de escuelas. En la primera cifra hay que incluir 16.000.000 de indígenas que solo hablan sus lenguas nativas, muchas y muy variadas, lo que complica la enseñanza.

Instrucción, educación, cultura, las tres etapas de la formación humana, se dan en formas y grados diferentes en el Norte, Centro y Sur del continente. Y no podremos hablar de unidad política y social del Nuevo Mundo, en tanto no tengamos niveles de vida aproximados ya que no iguales. La desigualdad de crecimiento y de progreso, es el factor mayor de división entre naciones.



Intersección de las avenidas Mariscal Santa Cruz y Camacho, en La Paz, con el obelisco a la Bandera. (Foto Cordero)

Alfabetizar no es sólo un hecho cultural, sino un proceso socio-económico que perturba el desarrollo orgánico de nuestros pueblos. Lógicamente, será también el deber primero para la formación del hombre americano y para la creación de un alma continental. Nadie puede ser libre — recuerda Tagore— sin antes haber aprendido a libertar a los demás.

Instruir no es solamente enseñar a leer y escribir. Hay que proporcionar a las gentes nuevas técnicas de trabajo y capacitación para la acción económica; mejorar sus formas de convivencia y dotarlas de estímulos culturales; inculcarles principios elementales de educación primaria como preparación para el ejercicio posterior de la actividad ciudadana; recordarle que la adopción de buenos hábitos respecto a vivienda, alimentación, higiene, o prácticas cívicas, morales y sociales es tan importante como asimilar nociones pedagógicas.

Tocante a las poblaciones indígenas, dado su rico potencial de asimilación, hay que incorporarlas a la democracia viva de América, consultando, respetando la situación y la condición del indio mismo, como aconseja un estudioso.

Para combatir el analfabetismo muchas de nuestras naciones carecen de recursos técnicos y económicos. Corresponde a los Estados Unidos intensificar los programas de ayuda técnica para este fin. Porque no se explica que este gran país haya invertido más de 2.000 millones de dólares en la sola defensa de Corea, en tanto que la ayuda financiera a todos los países de la comunidad americana no llega ni a mitad de esa suma. Y aquí cabe preguntar: ¿es más urgente poner una valla momentánea al comunismo en el Asia lejana, o dar educación y conciencia verdaderamente libre a nuestro continente?

Mientras las inmensas reservas humanas de indios, mestizos y analfabetos no sean movilizadas al servicio de un ideal democrático, en la política, en la economía, y en la técnica, no podemos hablar de unidad americana. La batalla contra la ignorancia será pues el primer paso en la lucha por la libertad responsable.

Existe un peligro comunista latente. Mientras muchos demócratas del Centro y del Sur se contentan con la propaganda idealista de su doctrina, los rojos se valen, se aprovechan del indio, del mestizo, del analfabeto incautos, para inocularles su prédica de odios. ¿Qué ocurrirá el día que esa prédica tenaz y sistemática rinda sus frutos? Que habrá 70.000.000 de comunistas potenciales. Esa fina red de acción proselitista, no por callada menos peligrosa, crece lenta pero seguramente. Ya se sabe que el tiempo es el mejor aliado de los extremistas. Y si no se la corta y se la vence a tiempo, con otra más fuerte y más enérgica de substancia democrática, América tendrá el enemigo de la libertad dentro de su propia casa.

Con la experiencia que recogí al presidir los estudios de la Reforma Educacional en Bolivia, mi patria, quiero precisar que no basta alfabetizar; hay que completar la tarea redentora con una educación vigorosa, sostenida, inquebrantable para la Democracia. Disputar y vencer a los rojos en su propio campo: la dialéctica, la propaganda, la divulgación sistemática de ideas y doctrinas sociales.

Necesitamos una democracia de norma y de conducta, que no tenga miedo de mostrar la cara, capaz de arriesgar la rotura de huesos en defensa de su ideal de vida. Una nueva moral de idealistas conscientes, de luchadores intrépidos, en vez de la consigna de comerciantes y banqueros, que nos hacen astutos, inteligentes, codiciosos, pero incapaces de afrontar los cambios decisivos de la era atómica.

Si queremos salvar nuestra filosofía continental de libertad y responsabilidad, que concilia la dignidad del ser humano con la moral social, debemos demostrar a nuestros pueblos que somos demócratas de esencia y de experiencia. Que no está el hombre al servicio de la economía, sino la economía al servicio del hombre. Frente al peligro comunista la fórmula salvadora es sencilla pero difícil: elevar los niveles de vida de las mayorías, impartir educación elemental, conceder a todos el derecho a bien vivir. No olvidemos las frases preclaras de Jefferson: “Educar e ilustrar a toda la masa del pueblo, es la única garantía segura de la preservación de nuestra libertad”. O estas otras del sabio y prudente don Sancho de Castilla: “Justicia es dar a cada uno lo suyo”.

Si hacemos justicia en el plano económico, si sabemos educar en el campo pedagógico, las Américas no caerán nunca en las garras del comunismo disolvente. Mas esto no depende tanto de la fuerza de infiltración del adversario, cuanto de nuestra propia capacidad para defender los ideales cristianos de nuestras sociedades jóvenes.

¿Por qué no es igual el grado de libertad en el continente? Por que fue diferente el desarrollo de los pueblos. Muchos de ellos arrastran todavía la pesada herencia de miseria, de retraso y confusión que les dejó el siglo XX. Antes que del acceso a la libertad del conocimiento, será justo ocuparse de la libertad de la necesidad; que cada cual pueda decir lo suyo y exigir el mínimo de vida compatible con la dignidad del ser civilizado. El derecho de bien vivir, es más importante que el derecho de expresarse libremente. “Para mejorar al hombre — tiene dicho el presidente Paz Estenssoro — hay que mejorar al pueblo”.

¿Que a veces los diarios no pueden decirlo todo, se suspenden, y los partidos no llegan a desenvolverse libremente? Esto ocurre y seguirá ocurriendo en las Américas porque padecemos una crisis de crecimiento, vivimos tiempos de mudanza y excepción; porque los pueblos no alcanzaron el desarrollo institucional, la madurez política ni la perfecta organización económica que exige la sana vida democrática. No se puede medir con la lente de los grandes las imperfecciones de los chicos.

Hay una América aquí, en el Norte, poderosa y avanzada en toda forma de civilización: otra América nocturna al Sur y al Centro, despoblada, retrasada en lo material, pero cargada de espiritualidad. ¿Cómo salvar el abismo? Los Estados Unidos quieren hacerlo mediante la ayuda técnica a las zonas retrasadas; y esta es realmente la primera línea en la defensa continental. Pero esta ayuda del más fuerte debe basarse, siempre, en la igualdad jurídica, en el respeto a la autodeterminación de los pueblos, en la interdependencia económica, para que la unidad democrática no surja del temor ni de la fuerza como sucede en el área del dominio moscovita.

He aquí por qué diré, en nombre de los hombres libres de América y ante estas conciencias responsables que me escuchan, que muchos americanos del Centro y del Sur hemos visto con profunda pena la intervención norteamericana en Guatemala, no por encubierta menos real. ¿Que en Guatemala había comunismo? Era cuestión que debían resolver los propios guatemaltecos. Lo inadmisibles es que después de una campaña preséptica y revisteril que debió costar mucho dinero se ha echado por tierra la reforma agraria, las conquistas sociales de Arévalo y de Arbenz, para sostener el monopolio económico de la United Fruit que está sorbiendo la sangre del pueblo guatemalteco.

Y esto, señores, no es democracia ni es Buena vecindad.

¿Habrá una norma común de derecho para todos los pueblos y naciones, o harán los fuertes lo que quieren y los débiles sufrirán sin remedio? — preguntaba hace 35 años el gran presidente Wilson.

Quiso el segundo Roosevelt — no el cazador de leones de malaventurada memoria — practicar la sabia política de buena vecindad, reconociendo que la grandeza y la riqueza de las naciones suponen más deberes que derechos. Ese fue uno que sintió América en hermandad de sacrificio y de destino.

Evocando los manes de Jefferson, de Lincoln, de Roosevelt, que hicieron más por la grandeza de los Estados Unidos que todos sus banqueros e inversionistas norteamericanos. ¿Pero saben los Estados Unidos en qué condiciones ingresaron esos capitales a tierras del Sur y del Centro de América? ¿Si el capital humano de estos países desorganizados recibe trato digno? ¿Si esos inversionistas intervienen en política interna, tumban o encaraman gobiernos, controlan periódicos, aplastan las economías nacionales con el peso de sus monopolios de compra en el mercado de materias primas? ¿Podrían sostener que la utilidad comercial de algunos centenares de ciudadanos norteamericanos, es más importante que el derecho a bien vivir de millones de sud y centro-americanos?

Esta es la nuez del asunto: si hablamos de libertad responsable, deben existir también una política, una economía, una moral internacional asimismo responsables, que defiendan la igualdad de trato democrático para propios y extraños. Basta ya de hegemonías brutales de la riqueza sobre el derecho, cuando el mundo nuevo pide convivencia en plano de igualdad y de equidad.

Porque la libertad no es una abstracción, no es la entelequia del filósofo. Es el hecho vivo, la razón de ser, el problema candente que obliga a meditar y obrar sin vacilaciones. Con ella, dueños de nosotros mismo, sin ella, esclavos!

O la Democracia es el sistema general de vida de las Naciones Americanas, o habrá que buscar otro sistema de convivencia que asegure la armonía y el progreso para todos. Las Américas del Centro y del Sur no deben ser miradas ya como un simple campo de explotación industrial, sino como la reserva humana del continente. Ganar a favor de la unidad continental 150.000.000 de almas, será más útil, más sensato, que dispersar energías en Europa y en el Asia renaciente.

El humanismo americano que brota de la polaridad LIBERTAD – JUSTICIA, se basa en una filosofía de paz, de orden, de derecho. Para que reine en plenitud, es preciso que todos nuestros pueblos reciban los beneficios del saber y de la técnica modernos. Si nos hablan de una comunidad de destino, contestaremos que somos también comunidad en la política y en la economía. En este plano de verdad, y de lealtad, los Estados Unidos pueden recuperar el campo perdido.

Formar demócratas de pensamiento y de conducta, es decir hombres libres por su moral individual y responsables por su quehacer social, es tarea que obliga a todos los gobiernos y naciones del continente.

Esto es lo que se debe entender por Libertad Responsable. La obligación de saber la verdad, el deber de afrontar los problemas que nos acosan. Conocer qué son y cómo viven nuestros pueblos, para poder remediar sus males. Redimir a los 70.000.000 de analfabetos que constituyen la

vergüenza de la democracia americana. Dar a nuestras patrias los recursos, los medios técnicos para que puedan levantarse a la madurez política y social, sin la cual ninguna edificación colectiva es duradera.

Una nueva sociedad, fundada en la moral privada y en la moral internacional, que mire por encima del espíritu de lucro, es la única fuerza capaz de salvarnos del sombrío futuro abierto por el hendimiento nuclear. Ahora que debemos defendernos también de la ciencia, de los progresos técnicos, solo el sentimiento religioso y la conciencia moral pueden devolvernos el perdido equilibrio. La civilización utilitaria debe pensar que el espíritu es la suprema finalidad del ser humano.

Y volviendo a nuestro tema: sólo el día que 300.000.000 de americanos de Norte, del Centro, y del Sur hablen un mismo lenguaje de progreso material y elevación espiritual, podremos decir que existe un continente libre, unido, democrático y feliz.

1954

PARA SER BUENOS DEMÓCRATAS

Soy un demócrata de convicción. Soy amigo de los EE.UU. Pero hay una amistad que vive de rodillas y otra que se manifiesta de pie: confieso estar por la segunda. Y me interesa más decir la verdad que ganar amigos. He aquí, aun a riesgo de molestar a mis colegas, volveré a decir lo que pienso reconociendo que este es, verdaderamente, el país de la libertad, porque todos podemos decir lo que pensamos sin temor a represalias.

No estoy conforme con las palabras iniciales del Sr. Lleras Camargo al abrir esta Conferencia, quien nos decía que se trataba de una reunión académica y que no se llegaría en ella a ninguna conclusión. ¿Por qué? Si se trataba sólo de un cambio de idea, pudimos cambiar correspondencia sin movernos de nuestros lugares de residencia. Pero es que no podemos, no debemos volver a nuestras patrias con las manos vacías: los pueblos americanos esperan algo más de sus hombres de pensamiento.

Nada valdría los grandes discursos pronunciados en esta Asamblea, nada la honradez de nuestros propósitos, si no tenemos el valor de respaldarlos con una actitud categórica, con un pronunciamiento definido que saliendo del marco declamatorio proclame y reafirme los derechos del hombre a la libertad.

Porqué ésta es la falla fundamental de la democracia: se contenta con ser puramente verbal y fachadista, mientras otras ideologías arriesgan la vida humana en defensa de sus ideales.

Aquella necesidad de libertarnos del temor al miedo, de que habló el Dr. Santos en su magistral discurso, debe comenzar por nosotros mismos. El valor civil es más importante, más ejemplar que el coraje militar. Si los hombres de pensamiento no tenemos la entereza de pronunciarnos con decisión en la pugna de las ideas, en la crítica política, en el debate de las cuestiones sociales y económicas, entonces no tendríamos derecho de intervenir en el proceso de evolución de la sociedad humana. Debemos, pues salir del campo puramente teórico y especulativo, para entrar en ese humanismo práctico, beligerante y constructivo de que hablara el filósofo.

Si tenemos miedo de decir la verdad, no somos buenos demócratas; si tenemos miedo de cumplir nuestros deberes, no somos hombres libres; si tenemos miedo de tomar una decisión, no somos dignos de llamarnos conciencias responsables. “Se enseña con el propio ejemplo” —decía Varona— y éste es el más alto magisterio.

Es probable que en las conferencias internacionales de carácter político y diplomático, por su misma naturaleza delicada, no se puedan decir muchas cosas. Pero aquí, reunidos bajo la tutela de la Universidad de Columbia, casa insigne de libertad y de saber, estamos obligados a tomar nuestra responsabilidad de conductores de opinión. Porque estamos obligados a ser “hacedores de la palabra, y no solamente oidores” como enseña Santiago. El pensador es también un combatiente. Salgamos pues de la academia, bajemos a la calle, para confundirnos con el hombre común y sostener con valentía nuestra posición de gentes libres. Cumplamos nuestro deber por encima de

consignas y compromisos de salón. Seamos hombres en el sentido profundo de la palabra, si por hombría se entiende el culto a la verdad y a la justicia, la necesidad imperiosa de servir las buenas causas sin medir la intensidad del propio sacrificio.

Propongo, pues, que esta Conferencia, integrada por almas libres y responsables, resuma sus actividades especulativas y fije una línea orientadora del pensamiento continental en torno a los problemas debatidos, de acuerdo a los siguientes puntos por medio de una DECLARACION que diga:

- 1) Libertad es, también, responsabilidad. La libertad de cátedra y la libertad de investigación, son la única garantía para llegar a una ciencia responsable.
- 2) La conciencia civil de las naciones americanas, repudia toda forma de totalitarismo, la ingerencia del militarismo en la administración pública, y los brotes de neo-fascismo que amenaza la convivencia pacífica de los hombres de este continente.
- 3) La libertad de expresión es tan necesaria como la libertad de la necesidad. Son pues aconsejables la no intervención de los gobiernos en la actividad periodística, la alfabetización en gran escala y la tendencia a mejorar los niveles de vida de las mayorías.
- 4) Se recomienda humanizar la lucha política interna, manteniendo el respeto a la dignidad de la persona.
- 5) La defensa contra el comunismo, aceptable cuando la ejercen los propios gobiernos interesados en el caso, no justifica el intervencionismo armado o financiero de otras naciones, ni la represión ideológica condenada por la democracia.
- 6) Todo pensamiento obliga a una militancia concienzuda. El buen demócrata lo será de norma y de conducta, y sabrá defender con valentía los ideales de vida que sustenta.
- 7) Por grandes que sea las ventajas técnicas que la sociedad humana viene alcanzando en la Era Atómica, los hombres de pensamiento de América queremos recordar que el espíritu es la suprema finalidad del ser humano.
- 8) La Conferencia de Libertad Responsable rinde homenaje a la ilustre Universidad de Columbia, en su segundo Bi-centenario, y por haber promovido esta asamblea donde se han debatido libremente muchos de los problemas contemporáneos.

Creo en la Democracia. Creo en la Libertad Responsable. Espero poder creer, también, en el valor civil de los pensadores de nuestra América. No basta pensar rectamente. No basta hablar bien. Es necesario obrar con prontitud y sin vacilaciones, cuando se trata de salvar el sistema democrático. Pido pues que esta asamblea no se disuelva sin antes haber aprobado una DECLARACION que resuma nuestras labores y signifique una lección de dignidad humana, de responsabilidad social, frente a los peligros que acechan al mundo en crisis.

1954

RAFAEL MAYA



Una visión panorámica de La Paz, en un día de nevada. (Foto Jiménez)

Tengo una deuda con los colombianos —aparte de la otra, la de Bolívars y Santanderes que riega la linfa americana— a la que siempre le fui buscando cauce reparador: rendirles homenaje, en uno de sus hijos, por el vigor de río con que la Madre Colombia bañó mi juventud.

Tierra de espinosos gramáticos. De prosistas substanciosos. De grandes poetas. Sobre todo de grandes y finísimos poetas. ¿No fue Caro un cantor civil; Silva todo el romanticismo; Valencia el modernismo triunfante; Rivera el lapidario del soneto; Barba-Jacob el dolor hecho armonía?

Si recordara la prosa colombiana, teñida de fuerza y de color, habría para rato. No se puede abarcar en pocas líneas el gran arco que va desde el lírico discurrir de Isaacs hasta el análisis severo de Sanín Cano. Colombia desborda en sus ensayistas y poetas nuevos, que son tantos y tan ricos de perfección, como no los hay seguramente en región alguna del hemisferio. No bastaría ciertamente, un breve artículo, para dar el perímetro de tan vasto territorio. Me reduciré a perfilar la imagen de uno de sus más preclaros ingenios, el poeta Rafael Maya.

Veinticinco años atrás, cuando las trompas briosas de Chocano, de Darío, de Lugones —y aquí en el Ande las zampoñas tempestuosas de Tamayo— difundían los sonos postrimeros del modernismo declinante; junto al estallido de las corrientes “ísmicas” y las piruetas metafóricas; en medio a la pompa barroca de los unos y el alarde evasivo de los otros, surgió el verso terso, nítido, perfecto de un poeta colombiano. Posiblemente en su patria lo conocían ya; pero aquí, en estas montañas, Rafael Maya se difunde en las dos últimas décadas.

Para la generación que salía de la primera guerra mundial y de la vanguardia literaria, esto fue novedad y clasicismo a un tiempo mismo. Novedad en la voz exenta de grandilocuencias, clásico el perfil de columna dórica del verso. Por entonces aprendíamos filosofía y profetismo en Unamuno; erotismo de raíces cósmicas en Neruda; lirismo doliente y melodioso en los Machado. Y todo mezclado con la tempestad poética, que para todo adolescente puede ir desde el preciosismo alquitarado de Herrera y Reissig hasta la imprecación desesperada de Maiakovski.

De Rafael Maya no llegaron libros a Bolivia. Por desgracia. Pero sí llegaban, de tarde en tarde, breves poemas que esparcían sus sonos vibrantes de campana. ¡Maya! Del nombre musical, alado, brotaba ya una sugestión de poesía. Y cuando queríamos descansar del denso y pitagórico Valéry, del embrujo valleinclanescos, de Stephan George simbolista y oscuro, volvíamos al cofre encantado de los poemas de Maya: pocos, pero puros, radiantes, imagen fiel de la más noble poesía.

Leer, escuchar en otros labios el verso dulce y flexible del colombiano, era como contemplar el cielo que azulan las distancias. Yo no sé por qué prodigio de incidencia estética o de pasmo intuitivo, la primera vez que sentí el temblor sagrado del milagro helénico, no fue leyendo a Platón ni petrificado en el asombro de la tragedia de Esquilo, entonces esquivos a la mocedad ansiosa de entender. Fue escuchando estos versos de ática elegancia, que descorrían en velo de jónicas pericias:

*Creo en vosotros, claras
Musas, de veste púdica, de sandalia ligera
Y de manos preclaras,
Creo en vosotras, Musas
Perfectas, caras Musas de mi valle materno,
Sonoro de floridas cornamusas,
Rico de estío eterno.*

Rafael Maya se nos aparecía, en aquel tiempo, como un griego del siglo V, no envuelto en el fuego bronco de la tragedia, sino como un hermano menor de Teócrito y Tirteo, que en épocas distintas dieron la línea más sosegada de una poesía descriptiva.

Y amamos en su verso armonioso el seguro goce de una juventud alta y sentida. Maya era una lira.

¿Qué es poesía? Juicios penetrantes y definiciones disparatadas se cruzan por igual. Y acaso nadie caló tan hondo como Hebbel cuando dice: poesía es revelación. Abrirle puertas al misterio, en una suerte de didascalia prodigiosa que toca la entraña de las cosas sin mengua de su poderío sugestivo. Más sugestión que encuadre definitorio. Lírico antes que razonador. Al buen poeta, al poeta de verdad, le llama el pensador: un “sentidor”. Y esto es, precisamente, el

colombiano, un sentidor del mundo y de la vida que capta en vibraciones mágicas la armonía recóndita del cosmos.

Después de muchos años, cae a mis manos un libro: *Obras Poéticas* de Rafael Maya. Es un conjunto de sus varios tomos de labor lírica. No es mucha pero lo que pierde en extensión gana en pureza y calidad. Tampoco diré que todos sus versos sean de igual jerarquía estética. Los hay magníficos y otros de menor vuelo. Pero lo que nadie negará es que Maya el artista fluye espontáneo, aristocrático, con un sentido tan noble del oficio de escritor, que casi todo lo que sale de su pluma se enciende de nobleza y de hermosura.

La poesía mayana sugiere, como los lienzos de Poussin, el perfecto equilibrio del arte clásico, esa unidad absolutamente homogénea de forma y contenido. Aplicando el cuadro general de Schubart, Rafael Maya pertenece al prototipo eónico de la cultura y la mentalidad armónicas. Si el mundo es perfecto, medida clara, perfecta será también la transcripción que de sus rasgos haga el poeta. Y esta es la virtud mayor del bardo colombiano: mientras muchos confunden poesía con pensamiento filosófico, con anécdota histórica, con arabescos expresivos, Maya es sólo un instrumentista depurado: en sus poemas, sentimiento y belleza brotan con natural elegancia. Expresa las emociones tan elevadamente, que tiene el recato del músico célico; recuerda, por analogía simbólica, pasajes de Mozart y Vivaldi. Su estilo es tan diáfano, tan alado, que revela la lucha interna del escultor: la forma se domina a fuerza de eliminar lo superfluo.

Hay una diferencia de grados entre la primera y la segunda mitad de su obra poética. En ésta vence el pensador; en aquélla triunfa el numen inspirado. Confieso que prefiero la primera.

Pero, ¿qué es la poesía de Rafael Maya?; ¿por qué no desmontar la admirable ingeniería de sus poemas?

Porque la poesía de Maya es, simplemente, eso: poesía. Vida sentida con profundidad de taumaturgo, arte logrado con sutileza de oficiante mayor. “El arte está ahí para ser mirado”, decía el viejo hechicero de Weimar. Y la receta es de ayer y de siempre. No es el análisis de los investigadores el que puede acercarse mejor a la creación artística. La poesía está ahí, para ser sentida. Leamos, escuchemos un poema de Rafael Maya, y una epifanía de luces nos descubrirá los secretos del mundo. Su lírica es algo profundo y espejeante como el ensueño, misterioso y perfecto como el cristal según la frase de Baudelaire. No podemos pedirle más, porque todo está contenido en su extática belleza.

Este colombiano rechaza el intelectualismo poético, porque es, precisamente, lo contrario: el gran emotivo, el que parte siempre del corazón para dispararse al contorno. Paisajista al estilo de Machado, descriptor del alma a la manera del Juan Ramón de la primera época, entronca y emula con los neorrománticos de la Península. Es, sin disputa, uno de los primeros líricos de habla hispana.

Un griego del siglo XX, pero en el mejor sentido. No el que repite o imita, sino el que partiendo de los cánones antiguos vuelca la gracia pentélica en ánforas de greda americana. Porque Maya es eso: un americano raigalmente sujeto a su tierra, a su pueblo, a su espiritualidad de raza vieja y joven al mismo tiempo. En su verso se conjugan los problemas del ser con los sentires del creador; y a poco que se ahonde, se siente surgir por su cordaje lírico al hombre matinal de América, transido de melancolía, bañado en ansias de belleza, urgido de ganar la batalla del orden y la armonía en el continente mestizo.

Este romanticismo del noble pensar, esta suprema jerarquía del bien decir, son sus más altos timbres. Saludemos, en este poeta de Colombia, a uno de los más preclaros vates del continente. Y busquemos su alta y fina poesía no ciertamente en el ágora, sino en el refugio de la academia donde Platón enseñaba que la belleza es don divino, y el arte de conmover a los hombres, destino de elegidos.

1955

[Portada y galería de fotografías de la primera edición](#)

La primera edición del libro Thunupa se publicó el año 1947; Imprenta López, Buenos Aires, Argentina. La segunda edición se publica el 1956, nueve años después y contiene 12 ensayos nuevos, según el autor, casi un nuevo libro, con las fotografías que se presentaron en las páginas anteriores; Editorial Don Bosco, La Paz, Bolivia. A continuación ofrecemos las fotografías, en blanco y negro, que se presentan en Thunupa, edición 1947.

Textos Fernando Díez de Medina, fotografías
cortesía del Excmo. Sr. T..I. Rees, Ministro de S. M. Británica en Bolivia



COPACABANA

Ayer "mirador de la piedra preciosa", adoratorio donde el "kolla" Rindió culto totémico al jaguar. Ayer escenario del martirio de Thunupa, el cristo andino. Hoy santuario cristiano, abolengo de Fé, consagrado a la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Copacabana.



ILLIMANI

El cerro tutelar emerge solitaria en la impetuosa cordillera. Empinado sobre un encrepamiento de montañas, dicta su religión telúrica al aimára "Illimani" el resplandeciente— dice la leyenda. Y en el monte arcangélico duerme su sueño de nieve la teogonía andina.



QUIMSA CRUZ

Roca. Nieve. Cielos y Montañas. Por el talud inverosímil descuelga el nevado su túnica armoniosa. Ásperos filos, crestas desafiantes, nubes que anuncian la tormenta. Y el vértigo del paisaje brota una revelación: los Dioses telúricos nacen de la tempestad.



ILLAMPU

La cumbre más excelsa de Bolivia: 7.000 metros. Su nombre significa "el centelleante", pero los indios le llama también Ancumani, "el viejo encanecido por los años". Entre las dos moles insignes —Illampu, Illimani— discurre todo el misterio de la gesta andina.



TIWANAKU

La "Puerta del Sol" en Tiwanaku, la Troya americana que espera su Schliemann. Poco es el escombros yacente; lo mejor está sepultado bajo tierra. Aquí la piedra canta. La arquitectura es pura matemática. Y el hombre y piedra conciertan en maravillosa geometría lo fuerte y lo sutil.



POTOSÍ

La portada de San Lorenzo, reliquia del plateresco alto-peruano. Por el encaje pétreo discurren la voluntad enérgica y dramática del español, la voluntad ingenua y simétrica del indio, la voluntad crispada y desconcertante del mestizo. Hacer de tres que se resuelve en uno.



NINA COLLO

Un británico ha redescubierto para el arte fotográfico la mole majestuosa del Nina Collo: 5.600 metros sobre el nivel del mar. Es una cima soberbia en la imponente cordillera de Quimsa Cruz, y aunque reina entre reinas, pocas le aventajan en poderío y hermosura.



TITIKAKA

El Lago Sagrado de los Incas, cuna de imperios y religiones. ¿Mayor hermosura en el paisaje, mayor hondura en el mito, mayor ternura en el ojo que mira? Sólo quien vió desde un peñón la extática belleza del Titikaka, puede imaginar el sortilegio de esta mar interior.



HUAYNA POTOSÍ

Esta hermosa montaña es una de las catedrales de nieve de los Andes. Toda ella penetrada de fuerza y majestad. "Wayna Potosí" — el joven bramador— recuerda el mito, porque el titán habló con voz de trueno en la edad inmemorial de los volcanes coléricos.



AZERUNI

El Ande es fuerte, rudo; su belleza áspera, esquiliana. No hay que buscar en él primores. Mas entre sus riscos desolados, entre la pesadumbre de las cumbres, suelen acechar remansos de paz, como esta poética visión del lago Azeruni, situado en la cordillera de Quimsa Cruz.



LA CUMBRE

Antes de iniciar un descenso de 2.000 metros para cambiar el clima frígido de La Paz por el ardiente y húmedo de Yungas, los viajeros paran en La Cumbre, punto de transición entre la montaña y el bosque tropical. Un templo natural de salvaje arquitectura.



SORATA

La ciudad edénica, al pie del "Illampu", donde estuvo el paraíso bíblico según Villamil de Rada. Arriba la cordillera enarca sus titanes de nieve; pero en el valle discurren huertos, jardines, frutos y deliquios florales. Sorata es un hechizo de lo pintoresco en lo titánico.



ALTO DE LAS ÁNIMAS

En los alrededores de La Paz surge intempestivo este capricho gótico esta erosión lunar, esta tempestad petrificada de la tierra. LY en este escenario fantasmagórico el indio labra su heredad con una técnica rudimentaria, que evoca el Egipto milenario.



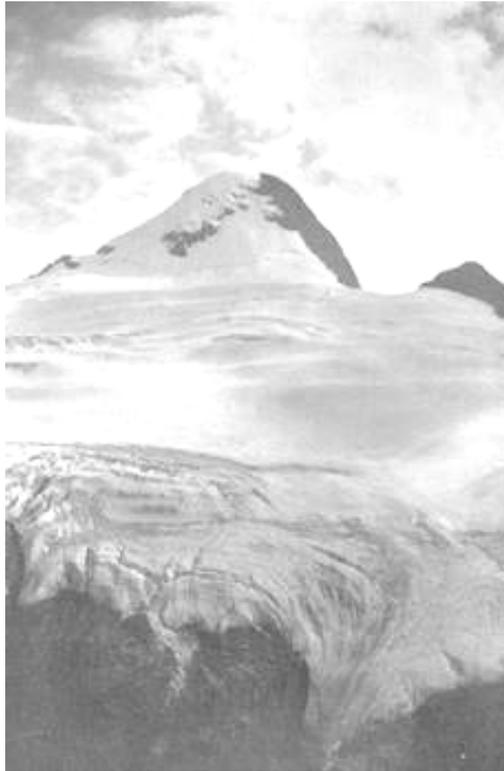
ILLIMANI

Junto a la montaña portentosa, un grupo de llamas. El Illimani trasciende fortaleza, la llama fragilidad. Con estos pequeños camélidos, edificaron aimáras y quéchuas sus imperios seculares. La llama es pues tradición factor de vida, botón estético en la yerma altiplanicie.



ALTIPLANO

Tiene profundidad de mar. Se hunde la vista en tamaña inmensidad. Arriba: un cielo de cobalto. Abajo: la meseta yerma, dilatada. Al medio: el festón centelleante de la cordillera. Una soledad que da pavora... Y el paisaje elemental parece arrancado a una página del Génesis.



NINA COLLO

Cada montaña es un mito, un símbolo, un trozo vivo de historia geológica y poética. Nina Collo —el cerro de fuego— habla todavía con su cono altanero de hazañas extinguidas. ¿Qué dicen los nevados con lengua de luz y de misterio? Que el tiempo mítico baja de las cumbres.



LA PAZ

Los genios geológicos, traviesos y fecundos, levantaron a 4.000 metros una ciudad fantástica. Al oeste de La Paz se yerguen estos farellones como castillos almenados. Pero en cuanto el abismo y la roca le conceden tregua, el indio labra con perseverancia la tierra madre.



MIGUILLA

La cordillera abrume. Aquí está la cabecera del valle de Miguilla, al que se desciende por un camino serpenteante. ¡Qué hondura, qué aridez, qué abruptas serranías! La hormiga humana se pierde por estos vacíos espantables, abiertos en el flanco de rocas salvajes y bravías.



ACHOCKALLA

Al noreste de La Paz, un paisaje convulsionado se desprende de la meseta. Afirma la leyenda que en el siglo XVIII, la tierra se hundió 300 metros debajo del altiplano; y un sobreviviente instauró culto a la Virgen de Sopocachi, para recordar la peripecia geológica.



BOLSA NEGRA

A espaldas del Illimani, la roca sombría de una mina de estaño contrasta con la gran masa nevada. ¿Qué no se puede vivir a 4.000 metros) Los mineros bolivianos habitan a 5.000. Y el abismo vertiginoso, desmedido, refiere cosmogonías que la mente apenas avizora.

Un Nuevo Libro y un Libro Viejo
FERNANDO DIEZ DE MEDINA
(Gran Premio Nacional de Literatura 1950)

THUNUPA

(2º Edición muy ampliada)

Diez y siete ensayos y trabajos literarios de pensar elevado y enérgica belleza, que conjugan el saber del humanista con las inquietudes del patriota.

CONTIENE

De la primera edición:

THUNUPA o la Estética de la Esperanza - Ensayos
PARA NUNCA - Polémica con Franz Tamayo
EL PINTOR DEL ANDE: Cecilio Guzmán de Rojas.
INSURGENCIA DE LA JUVENTUD - Crítica del arguedismo.
UN NOVELISTA KOLLA: Raúl Botelho Gozávez.

Ensayos y trabajos Nuevos:

SCHILLER, ARCANGEL DEL IDEAL - Ensayo
EL DESPERTAR DE LA CULTURA AMERICANA - Estudio crítico.
FANTASIA A LA MEMORIA DE MI PADRE: Eduardo Diez de Medina.

Notas de un viaje a los Estados Unidos:

EL IMPERIO RUBIO.
¡QUE PEQUEÑOS SON LOS GRANDES HOMBRES!
LIBERTAD SIN RESPONSABILIDAD.

Ensayos presentados a la Conferencia de Libertad Responsable en Nueva York.

EDUCACION Y DEMOCRACIA.
PARA SER BUENOS DEMOCRATAS.
COCHABAMBA, LA TURQUESA DEL VALLE - Elogio lírico.
RAFAEL MAYA - Un Poeta de Colombia.
EL ENEMIGO ESTA DENTRO DE LA CASA - Conferencia cívica.
SUCRE, MORADA DE ALEGRÍA - Elogio lírico.

[Inicio](#)